

PEDRO JUAN GUTIÉRREZ

Estoico y frugal



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
Estoico y frugal
Créditos

Advertencia del autor: Esta novela es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas o situaciones reales es pura casualidad.

DOMINGO POR LA NOCHE

Utiliza las cosas que te rodean.
Esta ligera lluvia
del otro lado de la ventana, por ejemplo.
Este cigarrillo entre los dedos,
estos pies en el sofá.
El débil sonido del rock-and-roll,
el Ferrari rojo del interior de mi cabeza.
La mujer que anda a trompicones
borracha por la cocina...
Coge todo eso,
utilízalo.

RAYMOND CARVER

Hacía muchos años que mi vida se había convertido en un juego de ruleta rusa. Alcohol, mujeres de las que solo quería sexo, fumar como un loco, desorden total en mi cabeza y en mi corazón y una miseria que nunca podía dejar atrás y que, desde 1991, se había convertido en mi compañera más persistente. Ya había superado un enfisema pulmonar terrible, que por poco me mata. Ahora, con cuarenta y ocho años, las cosas empezaban a cambiar lentamente. Al menos esa era mi impresión. Viviría unos meses en Madrid. Había mucho frío. Se acercaba la Navidad de 1998 y mi compañía preferida era el silencio, una botella de Jack Daniel's (una cada día), un casete de Bruce Springsteen (*The Ghost of Tom Joad*) y unos tabacos que me había traído de Cuba. Y Carolina. En realidad se llama Carolina y no quiero cambiarle el nombre porque me suena muy bien. Diez años más joven que yo, un culo bellísimo y firme, madrileña dura, de barrio, medio loca. Quería dejar atrás una relación amorosa fracasada y vivía un poco confundida. Lo nuestro no era amor. El amor siempre implica cierto grado de responsabilidad. Teníamos las cuentas claras. Solo sexo y amistad. Como para equilibrar nuestras soledades. Pero ella no lubricaba bien, y le dolía. Yo, impaciente, le hacía un poco de sexo oral y en pocos minutos quería penetrarla. Su vagina protestaba con una resequedad perfecta. Un hombre desesperado siempre hace mal las cosas. Ella, amable y paciente, sonreía, pero yo le veía la cara de susto. A veces, cuando me exasperaba demasiado, la hacía acostarse de espaldas y le metía unos cuantos cintarazos por las nalgas. Sin un sadismo excesivo. Solo un poquito. Era un juego. Y nada. Seguía seca y asustada. La parte amistosa sí funcionaba bien. Varias veces a la semana nos veíamos, ya tarde, para un par de copas. Y cada uno iba a acostarse para su casa. Otras veces salíamos a cenar. Un pequeño grupo, con los amigos de Carol. Yo no tenía amigos en Madrid. Solo algunos cubanos que recién había conocido. Todos con trabajos precarios: músicos y repartidores de pizzas. Tenían horarios difíciles e historias complejas en Cuba. Historias que querían y necesitaban olvidar para poder seguir adelante. Pero nadie puede cortar en pedazos su vida como quien descuartiza un cadáver. No es así. Todo va con nosotros. Y nos machaca. Vivían al borde

del abismo, mucho más atormentados que yo porque eran jóvenes y ambiciosos. Se planteaban grandes metas. Querían ser ricos y famosos. Dar conciertos gigantescos en estadios abarrotados y vender millones de discos. Querían tener yates particulares y helicópteros. Se metían dos rayas y soñaban con toda esa mierda. Creían con fervor en el capitalismo y la modernidad. Yo vivía al garete, no tenía una meta adonde llegar y ya no creía en nada. El capitalismo es una mierda y el socialismo es peor. Ellos sí mantenían sus creencias. Eran jóvenes y sonreían y hacían fiestas y se metían coca y alcohol como locos y se anesthesiaban, sin quejarse, para seguir adelante. Es decir, enfrentaban el sentimiento de pérdida, extrañamiento y vacío que desde siempre experimentan los emigrantes. Avanzaban, sin saberlo, por un camino que los metía más y más en la soledad. En la soledad interior y profunda, quiero decir. Aunque después tuvieran hijos y familia, y quizás hasta un poquito de fama y dinero, esa sutil melancolía interior no la podrían borrar nunca. Al final pocos se salvarían de ese destino. Ellos creían que triunfarían en la nueva tierra y que dejarían atrás las carencias, el hambre, la falta de libertad y todo lo negativo de su patria de origen. Y sí. Vivirían mejor y al menos no pasarían hambre. Pero en realidad muy pocos serían «triunfadores». Yo no quería ser uno más en aquel grupo de emigrantes esquizofrénicos. Siempre he rechazado las logias, grupos, partidos, clubes, asociaciones y todo lo que implique cierta coherencia y disciplina organizativa. A pesar de todo, me dejaba arrastrar continuamente por aquella pandilla de jóvenes vertiginosos, desenfrenados y caóticos. No paraban. Devoraban la vida con gula y frenesí permanentes. Yo había viajado por algunos países en los que me había encontrado con muchos compatriotas emigrantes y sabía bien que no podría vivir alejado de mi país y de mi gente. Si algo tenía muy claro es que no quería ser un emigrante más. No quería dar la espalda a los problemas y arrancar de cero en otra tierra. Lo cual puede parecer una actitud valiente pero en realidad no tiene nada que ver con valor o cobardía, es un problema de temperamento: tengo vocación para vivir como una ostra dentro de mi cascarón. Años después de todo esto una médica homeópata me mandó a tomar una medicina (Calcárea carbónica ostreorum, 200 ch) que fabrican a partir de polvo de la superficie interior de la concha de ostra, precisamente para combatir esta tendencia mía a enclaustrarme en la soledad y el silencio. Mis recuerdos más inmediatos de Cuba, el último día que estuve allí, eran intrascendentes. En la playa de Guanabo. Di una larga

caminata de una hora por el borde del mar. Un día gris, ventoso, con rachas de lluvia y con oleaje fuerte. Las sucesivas tormentas del norte, a partir de octubre, arruinaban la playa. Sucedió cada año en esa época, la playa perdía arena y se convertía en un páramo de piedras, fango y cimientos de antiguas construcciones. Con las tormentas quedaban a la vista. También había troncos de madera curados por el agua salada. Infinidad de troncos de árboles, pulidos, clavados en el fondo. Todo un testimonio de tiempos anteriores. Resurgía hasta una carretera bien asfaltada, tendida a lo largo de la playa a escasos cuatro metros del agua. Era una carretera estrecha, de unos tres o cuatro metros de ancho. Al parecer la construyeron con las mejores intenciones en las décadas de 1940 o 1950 (en esa época, obvio, no se sabía nada sobre el cuidado de las playas, el mantenimiento de las dunas y todo eso), cuando esta zona al este de La Habana registró un sorpresivo auge inmobiliario. Todos los que estaban en el ajo se prepararon para hacerse multimillonarios en pocos años, pero en 1959 llegó el Comandante y mandó a parar. De repente todo eso de casas en las playas, hoteles, propiedades privadas, vacaciones, casinos y juego era un lujo burgués inadmisibles en una sociedad socialista y marxista-leninista que se dedicaba con ahínco a destruir todo sistemáticamente para no dejar piedra sobre piedra y crear una sociedad enteramente nueva, diferente e igualitaria, sin corrupción, sin privilegios ni privilegiados ni propiedad privada. Una sociedad nueva, con el hombre nuevo. En esa época me aprendí de memoria *El socialismo y el hombre en Cuba*, un librito que se puso de moda. Utopía espléndida a la que nos dedicamos en cuerpo y alma. Aquella zona de playa cayó en el olvido, la desidia, el abandono. Y se convirtió más bien en un simple pueblito de campo y en buena medida también en un refugio de gente marginal de todo tipo. Yo, ese día, después de la caminata me fui a una cafetería a tomar una cerveza. Me senté a una mesa. En otra mesa justo a dos pasos de mí, una india oriental, de Guantánamo tal vez, joven y bellísima, de piel canela, se sacó una teta chorreando leche, literalmente, y le pegó el pezón a su hijo, ya grande, de dos años tal vez. A ella le sobraba leche. La producía en cantidades industriales en aquellos dos aparatos tan hermosos. Miré la escena asombrado y desvié mi atención educadamente. En otra mesa, al frente, un viejo italiano jubilado, al que antes había visto caminando también por la playa, se tragó en dos minutos una taza de café con leche y dos panes dulces mientras miraba fijamente y ansioso los pechos de la india y aquellos pezones oscuros y

deliciosos, sin experimentar vergüenza o escrúpulos cristianos, como angelicalmente había experimentado yo. Era un viejo perverso. Terminé mi cerveza y me fui. Un día gris y lluvioso, como dije antes. Se acercaba una tormenta tropical desde el sur, lo cual siempre trae calor pegajoso y mosquitos abundantes. Me fui a mi casa a beber ron. Cada tarde me bebía una botella de ron, a veces más. Me gusta beber solo, mientras escucho un disco de Bach, o Beethoven, o Mozart, algo así. Mantuve esa rutina durante años. Ahora, en Madrid, recordaba todo esto con nitidez y con cierta melancolía nostálgica. Es imposible escapar, como dije antes. Es fácil trasladarse físicamente a otro lugar. Pero uno no puede escapar. Ahí está siempre la memoria, jugando sucio con nosotros. Uno implora un poco de mala memoria. Y lo más que logra es que todo se esconda en el subconsciente, y entonces empiezas a tener pesadillas agobiantes y despiertas gritando como un loco en medio de la noche. Es apabullante. En Madrid lo mejor era estar con Carol. Para mí era comfortable. Supongo que también para ella, porque me dedicaba tiempo. Era una amistad cálida. Tenía dos trabajos y poco tiempo libre. Hacía de secretaria todo el día y por las noches trabajaba hasta las doce o la una en un estudio de dibujos animados. Añadía música, efectos sonoros y diálogos para fabricar la banda sonora. Y ya de madrugada, varias veces a la semana, aquellas sesiones de sexo frustrado conmigo. Ella tenía la piel muy blanca y el pubis rasurado, lo cual me descontrolaba. Siempre he preferido las mujeres peludas. Eso de afeitarse es una aberración más de la modernidad. O quizás ni eso. Se debe solo al ingenio mercantil de algún dueño de salón de belleza o de compañías de cosmética, que más allá del afeitado inventaron la depilación. ¡Qué horror! Hombres y mujeres. Todos depilados hasta el culo. Y si no lo haces eres un sucio y un retrasado. Eso es lo que le meten en la cabeza a la gente. Es solo un negocio brutal. Y nada más. Fueron las norteamericanas las primeras del mundo en afeitar las piernas y las axilas, lo cual, decían, era un signo de higiene y pulcritud en las mujeres decentes. También en USA, tan pragmáticos y mercantiles, inventaron, o al menos desarrollaron comercialmente y a gran escala, muchos productos de higiene personal: el desodorante, la crema dental y la de afeitar, las cuchillas de afeitar, el cepillo de dientes y hasta el líquido de enjuagues bucales y la gomina para el pelo, además de los detergentes en polvo y todos los productos desinfectantes de limpieza. Cuando yo era niño en Cuba, país muy imitador de las costumbres y hábitos yanquis, solo las mujeres más educadas

y urbanas y con mejor situación económica se rasuraban las axilas y las piernas. Es solo un dato antropológico relativo a los años cincuenta. En Europa, en los años sesenta ni las actrices de cine más famosas se rasuraban las axilas. Es fácil verlo en las fotos de entonces. Ahí están las italianas y las francesas, muy sexys, con su pendejera en los sobacos. Siempre me ha inquietado el tema porque de adolescente mi despertar sexual se produjo con dos mujeres de mi entorno que tenían abundante vello en las axilas y solo con ese detalle descontrolaban y despertaban mi entusiasmo masturbatorio. Una, Mercedes, era tres años mayor que yo cuando asistíamos a una academia de mecanografía y taquigrafía. Ella tenía apenas dieciséis años y mucho pelo negro en las axilas. Pero muchísimo. Era algo exagerado. Me alteraba y me desconcentraba en las clases. Creo que ella percibía mi inquietud pero le daba igual, para ella yo era solo un niño de trece años, tímido y silencioso, que la observaba de reojo continuamente. Además, estoy seguro de que ella no le daba importancia a su pelambrea maravillosa. Creo que lo veía como algo natural y nada más. Yo era el adolescente morboso, con mi mente traumática. Estudiábamos mecanografía al tacto, así que escribía mecánicamente mientras le miraba los sobacos. Es una imagen imborrable porque se marcó profundamente en mi psiquis. Deliciosamente imborrable, inspiradora. Siempre me he preguntado si realmente Mercedes era inocente o conocía perfectamente la carga erótica de aquella pelambre axilar tan copiosa. La otra era una vecina que se llamaba Adelaida. Debía tener entre veinte y veinticinco años, había parido unos jimaguas y tenía siempre sus grandes pechos chorreando leche. Y mucho pelo negro en las axilas. Vestida apenas con una bata blanca, se veía su cuerpo a través de la tela. Su marido siempre en el trabajo, y yo desde mi patio la observaba mientras tendía pañales recién lavados. Lógico: alzaba los brazos y ahí estaba yo mirando sus axilas peludas y sus pechos chorreantes, ella despreocupada y yo excitado, masturbándome entre los crotos, como un potro salvaje. Un trauma. Sin dudas. Un trauma infantil profundo e incurable. Un psicoanalista se daría gusto diseccionando todo esto. Todavía hoy me es grato recordar a esas dos mujeres solo por ese detalle capilar. Mercedes y Adelaida. Dos mitos perfectos en mi vida. De algún modo fueron mis primeras amantes, ¿no? Aunque ellas no lo supieran. Somos muy complejos los seres humanos. Pero supongo que lo importante es ver la poesía en cada recuerdo, en cada momento. Cuando terminé mis estudios de mecanografía, pasé los exámenes, me dieron un enorme diploma

de la Academia Minerva. No sé por qué era tan grande. Ponía que yo era Diplomado en Mecanografía al Tacto y Taquigrafía Gregg. Mi padre, sin perder tiempo, me consiguió un trabajo en las oficinas de un abogado. Cerca de casa. Por las tardes, cuando salía del colegio, iba para el despacho. Mi padre siempre se guió por el principio de que hay que ser honrado y trabajador. «Intenta llevar una vida decente.» Esa frase me la repitió cientos de veces en esa época. Era como un mantra. Pero yo siempre sospeché que llevar una vida decente es sinónimo de llevar una vida gris. Así que nunca presté mucha atención. Es más, siempre puse distancia entre ese concepto y mi propia vida. Eran los años sesenta. Cientos de miles de cubanos solicitaban pasaportes para irse al exilio en USA. Aquel abogado se especializaba en esas solicitudes. Había que atender a decenas de personas cada día y trabajar hasta las nueve de la noche, de lunes a sábado. Es decir, que me hacía trabajar unas cinco horas diarias, treinta horas a la semana, y nunca me pagó ni un centavo. Mi padre le reclamó varias veces y su respuesta era tajante: «El jovencito tiene trece años nada más, es un aprendiz. Después ya veremos.» Fue mi primer trabajo. Aguanté seis meses, hasta que me aburrí de trabajar tanto sin ganar nada y me fui. Entonces conseguí una buena pincha de fin de semana vendiendo helados en la valla de gallos de Matanzas. Trabajaba menos, solo sábados y domingos, era más divertido y ganaba mucho porque en la valla vendía el helado al doble de su precio normal. Creo que desde esos años en que pasé todos los fines de semana en la valla de gallos aprendí a vivir entre gente baja, pervertida y sucia. El juego y las apuestas atraían a la gente más retorcida y marginal. No solo jugadores sino también putas, bugarrones, estafadores, gente recién salida de la cárcel. Aquello era una cloaca pestilente. Tuve que endurecerme rápido para mantener a raya a aquella gente miserable y sobrevivir. Pícaros sin escrúpulos. Y me marcaron. Sin dudas. Quedé marcado. Aprendí que siempre hay un hijo de puta cerca, máxima mucho más certera que la de mi padre. Mantuve ese trabajo casi tres años, hasta que en 1966 me llevaron para el servicio militar obligatorio. Jamás volví a ver a Mercedes. Y Adelaida siguió un año más de vecina y yo matándome a pajas, hasta que al fin se mudaron de allí y desapareció para siempre de mi vista. Fue una adolescencia diferente a lo normal pero divertida y muy importante para aprender a vivir y a cuidarme yo solo. Regresemos a Madrid. Carol desplegaba mucha energía. A pesar de esos horarios extremos seguía adelante como un remolino incesante. Tenía

unas ojeras oscuras, grandes y permanentes que le otorgaban un toque de agotamiento extremo. Un domingo me invitó a almorzar en su casa. Era lejos y tuvimos que coger un tren de cercanías. Un apartamento diminuto. Vivía con su hermana, el marido y dos niños. Su habitación era mínima y había un desorden total de ropa, zapatos y cosas de todo tipo. Era tanto el reguero que me parecía imposible que alguien pudiera vivir así. Había olores mezclados: sudor, gente, pies sucios, chorizo frito, cebolla y ajo. El cuñado de Carol solo podía hablar de futbol. Y se enfrascó conmigo repentinamente en una conversación en la que yo no entendía nada pero él hablaba y hablaba como si le fuera la vida en aquella estupidez futbolística. A mí el futbol y el beisbol me producen urticaria. Los detesto con toda mi alma. Es otro trauma infantil. Proyecciones de mi padre, que quería ser pelotero de Grandes Ligas. Trató de inculcar en mí un gran amor hacia el beisbol. Fracasó. Lo que logró fue despertar mi odio hacia ese deporte. No entro en detalles porque me molesta hasta escribir sobre el tema. Y no quiero ofender a los que aman el futbol y el beisbol. Me tomé una cerveza y ya quería irme. Gracias al ambiente de aquel lugar capsular, con olores asquerosos, más el acoso de aquel joven imbécil, sufrí un ataque de claustrofobia casi incontrolable. Carol percibió mi pánico repentino y me hizo ir hasta una ventana, no había balcón, respiré aire fresco, y me dijo en un susurro: «Yo tampoco lo soporto, es un gilipollas de mucho cuidado. Pero vamos a comer en cinco minutos y nos vamos.» Y así lo hicimos. Otras mujeres aparecían continuamente. Yo había publicado un libro y creo que nadie lo entendía. Lo había escrito en La Habana y era sobre el efecto demoledor de la pobreza, la miseria y el hambre extrema sobre la gente. Pero la mayoría de los lectores, reseñistas y periodistas veían solo sexo y política. Una denuncia política, decían. Al parecer funcionaba así en una primera lectura. No sé. Escribes un libro y después cada lector piensa lo que puede. Creo que es un proceso lógico. El escritor hace el cincuenta por ciento del trabajo. El otro cincuenta por ciento lo pone el lector. Bueno, me da igual. Muchas mujeres me daban su teléfono, me llamaban, me buscaban y al final casi siempre íbamos a una cama. Así que mi romance con Carol no incluía fidelidad. Una tarde de paseo en Madrid se lo conté. Sin entrar en detalles. Y ella, muy pragmática y distante: «Sí, lo sé. Es muy peligroso porque a ti no te gusta usar preservativos.» No supe qué contestar. Nos quedamos en silencio. Tenía cierto aire de distinción y elegancia a pesar de vivir en un ambiente tan proletario. Como si lograra aislarse. Era un domingo, sobre las doce del día, y

subíamos la Cuesta de Moyano mirando los libros de uso. Yo miraba los libros y había comprado dos o tres. Ella me acompañaba pacientemente. No le interesaban. Al cabo de unos minutos me dijo: «Me voy a Inglaterra.» Percibí cierta sequedad distante. No le di importancia. El hastío era su escenario emocional preferido. Le pregunté cuándo. Me dijo: «Mañana. Ya tengo el dinero y el billete de avión, y unos amigos me darán alojamiento en Nottingham.» Después pensaba irse más al norte y buscar trabajo. «Me encanta Inglaterra. Irlanda, Escocia. Es mi sueño dorado.» «¿Cuándo regresas?» «Nunca.» «¿Cómo?» «No quiero regresar más a este país de mierda. Nací aquí por error.» Me puse a mirar detenidamente un libro reciente de Sebald. Me interesa Sebald. Fue un gran neurótico y escribía con desenfado sobre sus neurosis, miedos, repugnancias. Es implosivo. Visión de la escritura muy alejada del uso estridente y expansivo que casi siempre hacemos en Cuba de todos los materiales disponibles. En nosotros todo tiene que estallar continuamente. No sabemos vivir de otro modo. No di importancia a la furia de Carol contra su país. A todos nos pasa si dedicamos tiempo a meditar sobre nuestros amores. Aquello que nos ancla se convierte en una cadena y un castigo: la pareja, el país, la ciudad donde vivimos, la familia, la religión, todo. Necesitamos un anclaje y al mismo tiempo nos hace sufrir. Al final establecemos una apabullante relación de dependencia/amor/odio y surge un deseo latente de dar la espalda y alejarnos rápidamente. Huir y regresar. Un círculo vicioso mortal. Recuerdo que subimos la Cuesta hasta el parque de El Retiro y paseamos un buen rato bajo los árboles. Tomamos algo en un kiosco y hablamos alguna tontería, pero ya los dos sabíamos que el frío nos había calado hasta los huesos. Adopté mentalmente el mismo tono seco y distante que asumía Carol para facilitar la despedida. Nada de dramas. Caminamos hacia la boca del metro, como si no pasara nada, pero yo me sentía triste. Nos despedimos con una sonrisa automática y un beso, como si fuéramos a vernos al día siguiente. Nos dimos la espalda y jamás nos volvimos a ver ni nos escribimos. Nada. Carol quedó en la prehistoria mía y seguramente Pedro Juan quedó en la prehistoria de Carol. Yo era experto en el tema. Mujeres que se van y yo que me quedo. Aquella tarde estuve leyendo *Vértigo*, el libro de Sebald, y, como siempre me sucede con ese escritor, logró contaminarme su tristeza, su vacío existencial y su neurosis enfermiza. También me pasa con Thomas Bernhard, con Sabato, con Onetti y con Knut Hamsun, al extremo de que los aparto de mi vista

continuamente. Sí, tenía que reconocer que la partida de Carol me afectaba aunque era una separación previsible. Es decir, nunca hicimos planes de continuidad o de futuro. Solo queríamos un poco de sexo y hacernos compañía. ¿Por qué me entristecía entonces? Y me dije: «Dependencia infantil, aparta de mí este cáliz.» Hacía bien en irse a Inglaterra y cambiar su vida, o al menos en hacer el intento. Yo tenía mi propia vida. Y bastante complicada, por cierto. El día anterior me había llegado una carta de una amiga de La Habana. La había enviado con un español que al llegar a Madrid me llamó y me la entregó personalmente. Era una carta de alerta y en resumen decía que pensara bien si debía regresar o quedarme en Europa, porque mi libro había caído muy mal a las autoridades y decidieron echarme a la calle. Por tanto quedaba sin trabajo y fuera del gremio de periodistas. Era una noticia inesperada y me quedé pasmado. ¿Qué había escrito yo? Para mí era solo una gran descarga. Un libro donde escribí a *full*. No me dejaba nada en el tintero y no respetaba nada. Era una mezcla de desencanto, frustración, melancolía, sexo y lujuria, alcohol, tristeza y también poesía, música y gente de todo tipo descalabrada y arruinada. No se podía escribir de otro modo en Cuba en los años noventa. Toda la utopía se había derrumbado. Primero cayó el Muro de Berlín, en noviembre de 1989. Después la URSS se hizo pedazos el 25 de diciembre de 1991 y todo se vino abajo. Yo me limité a escribir ficciones basadas en la historia clínica de esos años y de un barrio de La Habana. Las repercusiones de la historia en los seres humanos. Nada más. Solo eran cuentos. ¿Por qué se lo tomaban todo tan en serio? Era obvio que no tenían sentido del humor. No soy un hombre de acción, ni astuto ni hábil ni previsor. Soy más bien soñador e idealista, para decirlo de algún modo. Lucho siempre contra mi torpeza y timidez. En esa época, además, era furioso, iracundo, desesperado, en buena medida gracias a la enorme cantidad de alcohol que tragaba continuamente. Y me hacía daño porque la ira ante todo es autodestructiva. Es como si siempre estuvieras dando piñazos a mano limpia contra un muro sólido de bloques de hormigón para derribarlo. Y sigues y sigues. Y ya estás golpeando con dos muñones, los huesos y la sangre y los cartílagos, todo lo has molido, pero sigues golpeando porque no puedes parar. La ira te domina en tal grado que no puedes detenerte. Con esa furia desproporcionada había escrito yo aquel libro y ahora tanto en Cuba como en Europa solo veían sexo y política. Simplificaban y esquematizaban. Frívolos de mierda. Imbéciles. ¿Qué podía hacer? Lo primero era no hacerme

la víctima. Nadie me podía humillar ni acusarme. Yo no era víctima. Era solo un escritor que escribía de lo que más conocía: mi propia vida y la de mis vecinos. Así que yo tenía la razón. Y los que me culpabilizaban estaban equivocados y actuaban con mala fe, y eran unos descerebrados sin neuronas. Por ahora nada podía hacer. Esperar. No sé qué podía esperar, pero fue lo único que se me ocurrió. La política siempre es coyuntural, circunstancial y despiadada. La literatura, si es verdadera, es reflexiva, intemporal y universal. Así que me alejaría más aún de la política y los políticos y me dedicaría mucho más a mi escritura. En cien años nadie recordaría a los censuradores, pero la gente seguiría leyendo mi libro. Seguro. Esa era mi estrategia. Simple y definitiva. Esa decisión me permitió olvidarme de la carta de alerta y de Carol y seguir adelante. Fluir con la vida. Divertirme y dejarme llevar. La mayoría de los escritores, si tienen un poquito de éxito, se lo toman en serio. Se les dispara el ego y se ponen insoportables. Yo solo quería divertirme. Me dediqué con más pasión a las noches de lujuria y alcohol con todas las señoras que se quedaban delirando cuando leían mi libro. Esas noches de lujuria invernal, más el whisky, los tabacos y *The Ghost of Tom Joad*, funcionaron como terapia ideal para hacerme olvidar la situación de incertidumbre en que me encontraba. Por el día me aburría bastante porque yo era un animal nocturno. Vivía alojado por unos amigos que generosamente me cedieron una habitación de su chalet en un pueblo muy cerca de Madrid. En realidad eran amigos de unos amigos míos. Era una familia rara. Solo el hijo y la madre. La casa estaba inundada de juguetes antiguos. Bueno, más bien *vintage*, de los años treinta a los cincuenta. Todos funcionaban. Muñecas de cuerda, camioncitos, títeres, máscaras, acróbatas que saltaban en su trapezio. Cientos de artefactos. Casi todos eran metálicos y con frecuencia sorprendía yo a la tía Tata (así la llamaba porque su nombre era Fulgencia, muy feo) jugando animadamente con aquellos tarecos. Siempre quería que la acompañara. Ella se levantaba de madrugada a limpiar aquel caserón. Usaba profusamente detergentes, lejías y líquidos desinfectantes que invadían toda la casa con sus fragancias ásperas. Invariablemente me despertaba al olfatear aquello, miraba el reloj, cinco y media de la madrugada. Intentaba dormir un poco más. Pero los olores se intensificaban y permanecía despierto dando vueltas en la cama. En ocasiones lograba dormir algo más. Necesitaba el sueño porque las diversiones nocturnas eran intensas e incesantes. Nunca regresaba a casa antes de las tres

o las cuatro de la mañana. Con frecuencia me quedaba a dormir con alguna de ellas hasta el desayuno. La falta de sueño y el agotamiento por el exceso me alteraban los nervios y me ponían de mal humor. Una mañana mientras desayunábamos, la tía Tata me contó su historia, a espaldas de su hijo, que era un simple empleado de una inmobiliaria pero tenía ínfulas como si fuera el gerente principal. La historia de Tata era sencilla pero fuerte: Su padre criaba cerdos en una granja que tenía en una aldea perdida de Extremadura. Eran siete hermanos, todos pequeños. Un día le dio un infarto mortal precisamente en la puerta de los corrales y cayó fulminado al piso. La madre de Tata no supo qué hacer para sobrevivir hasta que pasados unos días encontró la solución: salir con todos sus hijos a mendigar limosnas en los pueblos cercanos. Esa fue la infancia de Tata. Me contó todo tipo de detalles morbosos sobre sus muchos años de mendicidad. Me los ahorro. Son demasiado penosos y deprimentes. Después logró ir a Madrid. Ahí se produjo un salto decisivo, del que no hablé, y de repente era dueña de un bar en Lavapiés y tenía un niño pequeño. Ahorrando cada céntimo salió adelante. Compró terrenos, hizo dinero y el niño se transformó en un joven petulante con ínfulas de señorito. Yo vivía en una habitación cómoda en el sótano pero muy fría. Junto a mi cuarto había un gimnasio bien dotado, que nadie usaba, y un cuarto de lavado. Mi habitación, amplia, estaba invadida por juguetes, como toda la casa. A veces intentaba escribir algo, pero no salía nada. Cada noche encontraba en los bares personajes curiosos que me contaban sus historias, pero no se me ocurría nada. Aunque un escritor siempre presente que puede escribir sobre la gente que conoce, la mayoría de las veces esa sospecha se queda en el aire. Lo cierto es que el tiempo y el olvido son imprescindibles, dejar que las cosas sedimenten y calen profundo. Es un proceso natural, no admite ayuda. Esto último lo sé ahora, pero en aquel momento vivía preocupado. Temía que después de la enorme eyaculación que significó la escritura de mi libro me hubiera quedado seco ya para el resto de mi vida. Yo no tenía ni idea de los oscuros y enrevesados mecanismos de la creación. Todo es imprevisible si eres un creador y te arriesgas a violar las reglas. En cambio, la cosa es muy sencilla si eres solo un artesano y escribes libros convencionales y predecibles. Con frecuencia me invitaba un grupo de señoras con buena posición económica y vidas confortables, con suficiente glamour, tiempo y osadía para invitar al escritor de moda. Todas rebasaban los setenta años pero se mantenían delgadas y apetecibles. Mujeres

inteligentes y con recursos, que sabían cuidarse: gym, masajes, yoga, dietas especiales, cirugía estética, y sobre todo vidas sosegadas en barrios limpios, tranquilos, silenciosos. La tranquilidad que da el dinero. Me acosté con algunas de las más atrevidas y descaradas. Tengo una debilidad congénita por la mujer madura y perversa. Una, Camille, era una fotógrafa belga, muy retorcida. En dos ocasiones me habló de su padre maravilloso que había sido médico en el Congo Belga, donde nació ella en 1927. Me contó algunas anécdotas de lo bien que se vivía en aquel lugar y de lo fascinante que había sido su infancia. Según ella, ese país era muy semejante al paraíso. Al parecer vivió encerrada en una campana de cristal y nunca vio ni escuchó nada sobre las atrocidades que los soldados del Rey Leopoldo II infligían a los nativos de la colonia. Aunque Leopoldo murió en 1909, todo siguió igual de salvaje durante mucho tiempo más. Fue tan brutal y sanguinario que rebasó con creces los límites de la cordura básica. Cuando en 1902 Joseph Conrad publica *El corazón de las tinieblas*, la situación en el Congo estaba en su punto más álgido y el escritor se ve obligado a dar grandes rodeos en la escritura y no utilizar su modo directo de escribir. Camille era hija única y cuando tenía doce años descubrió que se había enamorado del mayordomo de la casa, quien siempre la evitó. Ella sospechó primero y finalmente comprobó que el mayordomo, un negro impresionante de unos cuarenta años, era amante de su madre, con la aceptación tácita de su padre. Después vio que su padre también tenía amores, o al menos sexo, con varias de las criadas. «Vivíamos en una deliciosa obra de teatro interminable, pero el público no se enteraba de nada. Lo decisivo sucedía entre bambalinas», me dijo, sonriendo. La servidumbre andaba en casa sin zapatos. Les dejaban porque nunca los habían usado y nada se podía hacer. A Camille le fascinaban los pies grandísimos y potentes del mayordomo. Y sus manos, igualmente grandes y fuertes. Durante toda su juventud su único sexo consistía en masturbarse pensando en los pies y las manos del negro mayordomo. Intenté que me contara sobre su pérdida de la virginidad, pero fue en vano. La segunda vez que se lo pedí me dijo: «Lo he olvidado, no tiene importancia.» El sexo con ella era sadomaso. Sin penetración. Era tajante en esto: nada de penetración. Tenía un repertorio muy completo de instrumentos y artificios. Su amante era un gay impoluto, felino, siempre vestido de blanco, que no hablaba y se mantenía impávido aunque el mundo se cayera a pedazos delante de él. Nos miraba de lejos cuando teníamos nuestras sesiones de sadomaso, pero no se

masturbaba. Ella tenía un piso sobrecargado de bronce, cortinas pesadas, porcelanas, bibelots, lámparas, muebles de época y alfombras. Había que moverse con cuidado para no romper nada. Quería hacer unas fotos conmigo desnudo. Yo, con cuarenta y ocho años, me mantenía delgado y apetecible. Y además muy alegre y satisfecho por el éxito de mi libro y los reclamos y ofertas que me hacían editores, productores de teatro, cineastas, periodistas, universidades. Así que encantado de posar desnudo para Camille. La buena señora tendría setenta y tantos años, pero se mantenía muy bien y muy flexible. Hablamos varias veces de hacer unas sesiones de fotos pero siempre quedaba pendiente. Nos encontramos en una cena en la casa de una amiga común que daba aquel ágape para celebrar que había acabado de colgar en su salón dos enormes fotos realizadas por Camille. No me gustaron. Una tenía una figura de persona, hombre o mujer, muy oscura en primer plano y al fondo apenas se veía una mujer de perfil. En la otra aparecía lo mismo más o menos pero había añadido flores abundantes en primer plano. Me pareció una mierda. Intenté averiguar cuánto habían costado, pero la dueña eludió mi pregunta de mal gusto. «Hablar de dinero es de mala educación», me decían siempre mis padres. Camille y yo hicimos un aparte. Brindamos con vino y me quedé sonriendo y en silencio porque sabía que repetiría su pedido. En realidad ya habíamos tenido tres sesiones de sadomaso en su casa, pero siempre manteníamos una distancia de seguridad. Una zona congelada entre los dos. Es decir, ante ella yo me sentía como un técnico en fisioterapia o un masajista profesional, algo así. Bebimos un sorbo de vino y me dijo, sonriendo: «¿Te decides por fin?» «¿A qué?» «La sesión de fotos.» «Cuando quieras. Tengo todo el tiempo del mundo.» «No se trata de tiempo, sino de voluntad y energía positiva.» «OK. Energía positiva. Tengo mucha.» «¿Mañana por la noche, en mi casa?» «Muy bien. De acuerdo.» «A eso de las once.» Fui puntual. Sobre una mesa tenía vino, whisky y uvas. Yo me preparé un whisky con hielo. Su joven amante asomó la cabeza por una puerta y volvió a esconderse. Cerró la puerta con sigilo. Era inquietante aquel tipo. Como un gato arisco y silencioso. Ella me mostró un catálogo de su proyecto. Eran personas desnudas cubiertas de flores. Me pareció algo forzado y sin gracia. No me gustó. No corté y me fui porque soy persistente y no abandono fácilmente. Me gusta llevar las cosas hasta el último extremo. Me invitó a pasar al dormitorio, la cama, antigua, de hierro, estaba cubierta de flores de todos los colores. Sin preguntar me desnudé totalmente y me planté frente a

ella. Me miró, sorprendida, pero quedó silenciosa, mirándome. Cogió la cámara, encendió dos lámparas. Mejoró la luz. Entonces le dije: «Ahora desnúdate y acuéstate entre las flores. Dame la cámara.» Camille era una mujer mandona, pero obedeció. Quería obedecer. Me dio la cámara y el fotómetro y se desnudó. Temblaba. La cámara era una Rolleiflex antigua, de 120 mm. Su cuerpo comenzaba a verse un poco ajado pero contrastaba con la cara excesivamente maquillada, tanto como la de una geisha. Y el peinado, un moño alto bien elaborado. Tenía un *charme* muy especial. Acerqué una pequeña escalera de tres peldaños. Me subí y le pedí: «Acuéstate entre las flores y abre bien las piernas, hacia mí, desafiante.» Se acostó, pero se enrolló sobre sí misma como un feto. Tomé unas cuantas fotos desde arriba. Bajé de la escalera. Le pedí que cambiara de postura. Se puso boca abajo, encogida sobre sí misma y el culo apuntando al techo. Hice dos tomas. Me acerqué y la hundí más entre las flores. Hice dos fotos más. Ahora con su cara como una máscara asustada entre las flores. Y ya. Suficiente. Sentí que sollozaba. Entonces no resistí la tentación. Cogí la fusta pequeña, que colgaba de un gancho en la pared, y le aticé un par de fustazos por las nalgas. Lloró más fuerte. Yo con una erección total. De un empujón la puse boca arriba y le dije: «¡Abre las piernas!» Se apretó las piernas con las manos y me dijo: «No, por favor, ya está bien.» «¿Qué te pasa?» «¡Tenemos sida! Los dos.» Perdí la erección en un segundo. Me vestí. Fui al salón y me serví otro whisky. Ella salió envuelta en una bata de seda. Le pedí algo de picar. «Mira a ver en la nevera.» «Da igual. No te preocupes.» Nos quedamos en silencio. Pierre, su amante, salió entonces de la habitación y me dijo, con un fuerte acento, arrastrando las erres: «Usted es un bruto. Salga de aquí, por favor.» Y me abrió la puerta. Lo miré fijamente y le dije: «Y usted es un niño malcriado.» Camille sollozaba, arrebujada en una butaca. Me tragué el whisky que quedaba en el vaso y me fui. Eran las doce de la noche y había mucho frío. Me ajusté bien la bufanda, los guantes y el gorro y estuve un buen rato caminando sin rumbo. Me pareció que era lo que había hecho toda mi vida: caminar sin rumbo. En la noche. Caminar y caminar. Caminé hasta que amaneció, sin pensar. Me había convertido en un experto en el arte de no pensar, no torturarme con demasiadas ideas. Quizás es una ley básica de la supervivencia.

Yo tenía la impresión de que no controlaba nada en mi vida. Vivía con una pistola cargada en la sien, aunque no era consciente de esa situación. Pero me

causaba desasosiego y miedo. Impetuoso como un estúpido. Tenía que aprender a dejar fluir las cosas. Y flotar río abajo. Pero no. Yo tenía el vicio de controlar todo. O mejor dicho: intentar controlar. Al final uno no controla nada. Fluir. Fluir y no controlar. Me lo repetía siempre. Lo único que tenía claro es que no quería quedarme a vivir en Europa. A veces repetía en mi mente, como un mantra: «No compliques más las cosas, Pedrito, no compliques más las cosas. Fluye y relájate.» Durante un par de semanas no vi a Camille. Alguien me dijo que se habían ido por unos días a Bruselas. Me daba igual. Yo había perdido interés. Pasaron unos quince días y nos encontramos de nuevo en una cena en el restaurante El Comunista, en Chueca. Nos saludamos fríamente. Y eso me gustó. Aquí no ha pasado nada. En los aperitivos empecé directo con whisky y después me pasé al vino. Éramos unas veinte personas en la mesa. Cuando alguien hizo la trillada pregunta que siempre les hacen a los escritores: «Y, ahora, ¿qué estás escribiendo?» Yo, achispado y alegre, dije: «Quiero escribir una novela que se desarrolla en Madrid.» «Ah, qué interesante. ¿Y de qué trata?» «Bueno, por ahora solo tengo apuntes. Son unas señoras muy pervertidas y esnobs que se aman y se odian y actúan con desenfreno.» Aquello cayó como un cubo de agua fría. Inconsciente de lo que había dicho, seguí alegre, dando sorbos a mi copa de vino. Yo me creía muy inteligente, pero solo me comportaba como un estúpido que subestimaba a los demás. Todas las señoras siguieron sonriendo imperturbables, como si no hubieran escuchado nada. Pero ya se había disparado la alarma. En los días siguientes se llamaron entre sí, comentaron mi anuncio y acordaron cerrarme las puertas a cal y canto. A partir de aquel momento jamás me invitaron ni a un café. De repente dejé de existir para aquella pandilla de señoras divertidas. Había una que me encantaba. Tenía ya casi noventa años y era viuda de un cantante famoso. Todavía hacía fiestas en su casa en las que se vestía de flamenca, con castañuelas, invitaba a unos músicos gitanos y bailaba. O al menos intentaba bailar. La llamé varias veces para invitarla a salir, pero siempre se echaba a reír y me eludía. Solo una siguió llamándome: Ginebra. Gina. Por ella me enteré de que me habían declarado *persona non grata*. «Pero yo confío en ti y sigo siendo tu amiga. Espero que no me traiciones.» En la pared de su salón colgaba un dibujo a lápiz de ella, muy joven. Y era una belleza. Tenía veinte años más que yo. A veces me llamaba y me invitaba a cenar. Solos. En su casa. En realidad preparaba una cena solo para mí. Ella, delgadísima, se

limitaba a sus porritos de hachís y a una copa de vino. Invariablemente le daba un masaje en los pies mientras me contaba historias de su vida. Poco a poco prolongaba el masaje hacia las nalgas y nos calentábamos hasta llegar a la cama. Le gustaba contarme todo. Hasta lo más íntimo. Una de esas noches me dijo: «¿Te acuerdas de aquella cena en El Comunista donde dijiste que ibas a escribir una novela sobre unas señoras pervertidas de Madrid?» Me sentí atrapado y asentí. Ella continuó ya en tono de reproche: «O eres muy tonto o estabas borracho. Te cerraron las puertas. Y olvídale porque ya no las abrirán jamás.» Pensé que sí era demasiado inocente. Como si me leyera el pensamiento, me dijo: «Sí. Eres demasiado cándido. Y arrogante. Es más, perdona pero eres muy estúpido porque no sabes guardar un secreto. Pero... bueno, la paso muy bien contigo. De mí puedes escribir todo lo que quieras, pero, por favor, espera a que yo no esté.» Yo seguí masajeadando sus pies y empecé a tener una erección, no quería pensar ni juzgarme. Gina tenía razón. Yo era muy arrogante, y el alcohol me hacía comportarme como un imbécil y me pasaba de la raya, pero me daba igual. Me había acostumbrado a vivir al día, sin cálculos, sin previsiones. Y me gustaba, era como un juego. Toda mi vida es un juego. Nunca hay nada exacto. Estoy siempre esperando algo, el nuevo número que va a salir cuando se pare la ruleta. Imprevisión total. La vida de Gina no era original. Era solo una repetición más. Había nacido en una familia de pocos recursos. Esto era evidente, aunque nunca me lo dijo. No pudo estudiar. Le gustaba decir que había terminado Derecho. Una mentira. Desde muy joven lo tuvo claro: era muy divertida pero tenía la cabeza bien amueblada, como le gustaba decir. Necesitaba buscar un buen partido. Era delgada, con tetas grandes y hermosas, muy bonita, femenina, seductora, simpática. Sabía que podía elegir a su conveniencia. Los domingos iba a bailar a un casino frecuentado por oficiales del ejército, hasta que logró que uno de aquellos altos oficiales franquistas se enamorara y le propusiera matrimonio. Un señor de derechas, de buena familia, católico, rico, solo doce años mayor que ella. Se casaron, se mudaron a Madrid y parió seis hijos porque ni pensar en anticonceptivos o abortos. Salía sola por las noches y regresaba de madrugada. Al principio a él le pareció muy excitante, pero más adelante comenzaron los celos inevitables. Tuvieron algunas desavenencias. Ella soportó años, hasta que no pudo más y se fue de casa. A vivir con su amante. Una mujer. Estuvo nueve años con ella hasta que regresó. «No podía vivir siempre alejada de mis hijos. No te puedes imaginar cuánto los quiero y

los necesito. Sufrí mucho por estar tan alejada. Los remordimientos me comían por dentro y no podía vivir.» En todos esos años el marido se dedicó a sobrellevar la situación con dignidad. Ni pensar en divorcio. Para un católico convencional el divorcio no existe. Además, todo menos un escándalo que perjudicara su reputación. Cuando ella regresó ya el marido había comprado todos los pisos y el edificio le pertenecía. Le dio a escoger. Ella se decidió por el ático, muy amplio, con terraza, para hacer sus reuniones con los amigos. Hizo obras, acomodó el lugar a su gusto y vivía allí con poca servidumbre. Apenas una cocinera y una chica para la limpieza. Y con sus libros y discos. Y los amigos que la visitaban continuamente. Ese era el resumen de su vida. Una novela de Flaubert. El marido vivía en el piso inferior y era un señor encantador. Cuando hablaba de política se refería a Franco como «don Francisco». A mí me trataba de don Pedro, lo cual me encantaba. Y yo le daba el mismo tratamiento: «don Sebastián». Varias veces tomamos un vermut por la tarde. Me gustaba hablar con él. Era un hombre de tierra adentro y desde niño había soñado con ser marino. Estudió en una escuela de la marina de guerra y le propusieron trabajos burocráticos en el Estado Mayor. Muy bien pagados. Jamás tuvo a su mando ni una canoa de remos, pero se hizo más rico aún. Obvio: una vida sin carencias pero aburrida. Gina me decía: «Es la persona más aburrida, rutinaria y con menos imaginación que he conocido en mi vida.» La novela de Gina nunca la escribiré. Demasiado decimonónica y previsible. No me interesa. A veces me parece que Europa se repite a sí misma. A primera vista da la impresión de que todo está dicho. O quizás me equivoco y sí queda mucho por decir pero los escritores no llegan a los lugares profundos donde está escondido el material nuevo. No se atreven, o no pueden excavar más a fondo y solo explotan las vetas superficiales. En mi país, en cambio, vivimos en el otro extremo. Es todo tan imprevisible, cambiante y complicado que uno vive confundido. Es perturbador y vertiginoso. Como si hoy fuera el primer día de la creación y estuviéramos siempre empezando desde cero. Olvidamos rápido y comenzamos de nuevo. En el mismo punto. Una y otra vez. «El subdesarrollo es la incapacidad de acumular experiencia», escribió Edmundo Desnoes en *Memorias del subdesarrollo*, frase genial que nos describe perfectamente. Sospecho que no sabemos vivir de otro modo. Como si no quisiéramos aprender. El vértigo y la imprevisión es una marca, un hierro al rojo vivo que nos clavan en las ancas. Y, como he dicho antes, es mejor no

intentar escapar porque el exilio casi siempre es castrante. Mutila y deprime. Siempre recuerdo a Cabrera Infante, un caso extremo, que en su exilio en Londres se hundió en una esquizofrenia invalidante que lo llevó a recibir muchos electroshocks durante doce años. Él mismo lo contaba. Se lamentaba de que los corrientazos le hicieron perder buena parte de su memoria, que es indispensable para el trabajo de un escritor. Aquel invierno en Madrid fue decisivo en mi vida. Gina me ayudó a reflexionar al hablarme de sus remordimientos y culpabilidad cuando dio la espalda a sus hijos y se fue con su amante: «Sobre todo en Navidad era terrible. No podía vivir sin mis hijos.» Ella, que había sido una cazafortunas implacable, que se sumergió en un matrimonio de conveniencia, que vendió su belleza y juventud a cambio de buena vida, me dijo, cuando le comenté sobre mi precaria situación: «Nunca abandones a los tuyos. Pasea y disfruta. Pero nunca des la espalda a los tuyos porque el sufrimiento te puede matar.» Nuestra amistad, más allá del sexo, duró muchos años porque, creo, estuvimos unidos por un común denominador: la necesidad de escapar de la pobreza y de abrir otras puertas. Inconformes siempre, hasta el final. Ella jamás me habló de su infancia, de su familia, de su casa. Le pregunté muchas veces. Se sonreía y con habilidad me cambiaba el tema. Tenía una biblioteca extensa y leía todo. Siempre me pareció un ser excepcional, alguien muy especial, una mezcla de alegría de vivir y calidez humana. Muy distante de ser una simple *bon vivant* superficial. En Madrid había mucho frío. Frío reseco que me gusta y me energiza. Todo lo contrario del calor húmedo y pegajoso del trópico que me resta fuerza y me agota. A veces me sentía asediado porque de repente me había convertido en el centro de atención de mucha gente desconocida que me trataba como si me conociera de siempre. Habían leído mi libro y ya creían que me conocían a fondo o que eran mis amigos. Y querían involucrarme en sus proyectos o proponerme algo o simplemente conocerme y tomar una copa conmigo. Todos los días aparecían más y más. Algunos envidiaban la diabólica vida sexual del protagonista de mi libro, otros aspiraban a ser como él. En fin, había de todo. Era divertido pero al mismo tiempo la sensación predominante en mí era la de estar abrumado, y eso poco a poco abrió paso a un período de estupor. Pero el estupor vino después. En realidad se demoró años en llegar. Lo primero fue la confusión y el agotamiento. Me sentía siempre rebasado. Una de esas personas confianzudas y atrevidas fue Susan R. Me escribió varios emails sucesivos. Me dijo que

preparaba una tesis de grado sobre literatura cubana «maldita» (utilizó esa palabra) y solicitaba mi asesoría. Me contaba detalles de su vida. Vivía en una casita de campo, cerca de un pueblo pequeño, en Holanda. Tenía un huerto, era vegetariana, hacía su propio pan en un horno de leña, intentaba vivir fuera del sistema y le hablaba a su hijo, de cuatro años, en inglés, español y holandés. Susan estudiaba en una universidad muy conocida y le apasionaban las culturas precolombinas. Su sueño era vivir en América y estudiar *in situ* las ruinas mayas, incas, aztecas y demás. No contesté sus primeros mensajes. Intento ser educado, pero la mayoría de las veces no me apetece contestar a desconocidos que se inventan vidas extravagantes para llamar la atención. Susan era obstinada y siguió escribiendo sus largos emails en los que me describía su vida y sus ideas personales. Adoraba la literatura latinoamericana y emitía juicios muy curiosos que seguramente copiaba de libros de texto y se atribuía. Me explicó que sembraba su propia mariguana, quería mandarme un poco por correo y me pedía mi dirección en Madrid. «Es una variedad jamaicana muy fuerte, muy aromática y especial.» Rápidamente le contesté que no lo intentara y que olvidara el asunto. Entonces pasó al tema de su abuela, que vivió siempre en la misma casa donde ella vivía ahora, en el campo: «Pero en aquella época tenían más terreno y disponían de un establo, vacas, gallinas, cerdos. Era una vida mucho más simple y perfecta. A mi abuela le gustaba beber schnapps, fumar puros, y me contaba historias de los tiempos de la guerra y de cómo se vio obligada a complacer a muchos soldados alemanes para salvar el pellejo. Mi abuela era la mujer más bonita de la zona.» Según Susan, la abuela se recreaba contándole detalles específicos de cómo hacían el amor aquellos hombres y remataba asegurando que después de todo lo había disfrutado y que nunca fue un sacrificio para ella. «Para mí esos relatos son inolvidables porque yo era una jovencita. Así fui creciendo con aquellas historias. La abuela siempre me las contaba en secreto, solas en la cocina, y en voz baja. Tuvo mucha suerte porque nunca quedó preñada, nunca tuvo enfermedades venéreas y nunca se enamoró. Al terminar la guerra no la acusaron de colaboracionista, como les sucedió a otras mujeres, que fueron rapadas y arrastradas casi desnudas por las calles, para humillarlas mientras la gente las golpeaba y escupía. La casa nuestra está muy apartada en el campo y alejada de la vista. Eso fue decisivo para que la gente del pueblo no supiera lo que pasaba en la granja.» Cuando Susan me contó todo eso estimuló mi imaginación y mi curiosidad. Le contesté con

amabilidad: «Muchas gracias, Susan, por confiar en mí y contarme esas historias familiares. Haré lo posible para ayudarte en tu tesis.» Al día siguiente ya tenía otro largo mensaje, además de una foto de ella con su hijo. El niño, un mulato de pelo ensortijado, era el fruto de su matrimonio con un cubano y me contaba la historia. Viajó a Cuba solo por una semana, para estar tres días en La Habana y el resto en una playa. La primera noche la abordó un mulato en el Malecón. «Un mulato muy simpático, bonito y fuerte, además de alegre y conversador.» Hablaron tonterías durante unos minutos. «Enseguida nos besamos. Lo que yo pensé que sería un romance fugaz pero cálido y dulce se convirtió en un huracán en dos minutos. Ya eran las doce de la noche o más. Soplaban un aire frío del norte, había un oleaje fuerte salpicando sobre la calle y por supuesto no se veía a nadie por allí. Me llevó al interior de un edificio muy oscuro, un palacete venido a menos, con una escalera de mármol ancha y sucia. Todo a punto de caerse a pedazos y con olores a orina y excrementos. Allí, debajo de aquella escalera, casi me violó. Con una brutalidad inesperada me agarró fuerte por el pelo y me estremecía a tirones a la vez que me susurraba al oído: “Putas, cochinas, putas”, mientras, de pie, me penetraba violentamente muchas veces. Él enloqueció y yo perdí la noción del tiempo. Cuando al fin terminamos y salimos al Malecón, yo estaba extenuada, adolorida, y en shock. Había tenido no sé cuántos orgasmos. Algo increíble. Casi no podía caminar porque..., en fin, era muy grande para mí, y me desgarró y tenía sangre y semen chorreando por los muslos. Pero me gustó. Lo terrible fue que aquella violencia tan brutal me gustó. Ahora él de nuevo estaba alegre, despreocupado y chispeante, como si no hubiera pasado nada, y me pedía que lo invitara a una cerveza y a cenar porque no tenía dinero. Jugaba conmigo como un niño con un juguete nuevo. Me sentía conmovida. Nunca había pensado en esta posibilidad. Yo había estimulado de ese modo a un hombre excepcionalmente hermoso, viril y sexual. No me parecía cierto. Aquel hombre tan inteligente se había convertido en un animal salvaje gracias a mí. Creía que era un sueño. El romance se alargó y fue mucho más intenso. Fui varias veces a Cuba. Me enamoré totalmente. Finalmente nos casamos, él vino a vivir a esta casa, fuimos muy felices y tuvimos a Gilbertico. Pero Gilberto senior nunca aprendió holandés, ni inglés, nada. Completamente cerrado para los estudios de idiomas. Y por tanto no podía trabajar. Eso le hacía sentirse inútil y deprimido. Con los largos inviernos y la soledad se sentía peor. En fin, no quiero abrumarte con toda la

historia porque es muy fea y desagradable y prefiero olvidar. Basta decir que esta casa se convirtió en un manicomio. Gilberto bebía mucho y se puso muy agresivo. Perdió el control y estaba borracho siempre. Hoy vive en España, creo que no está muy bien de la cabeza y apenas me llama para saber de su hijo. Me han dicho que lo han visto mendigando. Quiero pensar que no es cierto o que se han equivocado y no es él, cuando me lo dijeron estuve dos días llorando.» Después de contarme todo me pedía disculpas: «No sé por qué te cuento algo tan personal.» También intercalaba frases incoherentes y desatinadas. Creo que me escribía bajo la influencia de su excelente cosecha de cannabis. Era evidente que se aburría como una ostra en aquellos parajes, comiendo verduras al vapor y con muy poco dinero. De nuevo le contesté admirado por sus aventuras: «Muy bien esas locuras. Yo prefiero los romances así, intensos y breves. Nunca he tenido romances largos y aburridos.» Esas palabras la estimularon: «Me gustaría que vinieras. He preguntado a mis profesores. La universidad te invitaría, pero puedes quedarte todo el tiempo que quieras en mi casa, que es grande y tengo tres habitaciones libres.» No contesté. Pero ella insistía. Yo no quería añadir más locura a mi vida. No me interesaba encontrarme con una joven europea hastiada y deprimida, necesitada de un *partner* tropical que estremeciera de nuevo sus glándulas y sustituyera, en lo posible, al estupendo y joven semental desaparecido, con el cerebro vacío pero con enormes reservas de testosterona. Así que hice silencio. Ella siguió escribiendo. Solo contesté un par de veces de modo parco, distante y cuidadoso para no estimular sus deseos. Una ola de viento siberiano arrasó Europa: «Por las noches baja a menos veinte grados y al mediodía hay menos quince. Es insoportable. La casa está rodeada por casi dos metros de nieve. Me voy a Granada con Gilbertico. Allí tengo amigos. Conseguí un vuelo barato a Madrid y desde allí sigo en autobús hacia el sur. Si pudiéramos vernos una hora me harías feliz. Tengo muchos deseos de conocerte.» Una vez más se impuso mi sentido honrado y educado de la vida: «Bien, Susan, iré a recibirte al aeropuerto y te acompañaré a la estación sur de autobuses. Así nos conoceremos.» Tengo que admitir que a esas alturas ya sentía curiosidad y quería conocer a Susan. Después de todo vivía fuera de los límites habituales. La esperé en el aeropuerto. Salió velozmente, como si la persiguieran, arrastrando al niño y una maleta muy pesada y grande. En la espalda llevaba una mochila también grande y pesada, y otro bolso más. Iba vestida de negro y limpiaba el polvo

del piso con un amplio abrigo de lana negra. Guantes negros de tela, muy arruinados, y una capucha negra que le cubría la cabeza. Parecía un personaje de *La guerra de las galaxias* o algo así. Sonreía y hablaba incesantemente. Nos dimos un beso, saludé al pequeño y salimos como una tromba hacia el metro. No sé por qué tanta prisa, pero me contagié su ansiedad y yo también caminaba velozmente por los pasillos. No recuerdo de qué hablaba. Del retraso del avión y de la tormenta de nieve que azotaba Ámsterdam en el momento del despegue y las turbulencias y el pavor que siente siempre que vuela. También me dijo que tenían hambre porque los vuelos baratos no incluyen refrigerios. En fin, era un huracán soplando intensamente y sin pausas. Encadenaba un tema con otro y aceleraba más el paso. Una mujer excesivamente delgada y crispada. Yo guardaba silencio y arrastraba la maleta. No soportaría su compañía más de una hora. Hablaba español con acento cubano. Se lo dije y de inmediato conectó con el tema Gilberto-sol-La Habana-amor desenfrenado-sufrimiento. En oposición al tema: Mi casadoledad-nieve-silencio-hastío. La conclusión final era: La vida se me escapa y no hago nada importante, estoy aburrida y desesperada. Yo arrastraba al niño y la maleta. Ella iba delante, como un huracán. El niño corría para no quedarse atrás. Ya en la estación del metro la cogí por un brazo y la frené: «¡Stop!, ¡stop! No hay que correr. Tenemos tiempo de sobra. Hay un autobús cada media hora.» «Oh, pensé que dispondríamos de un tiempo para hablar.» «Sí, Susan, ya estamos hablando.» En el metro Susan fue perdiendo energía. Debo reconocer que no fui amable. No me esforcé para hablar ni proporcionar nuevos temas. Nada. Me sentí sobrecogido por aquella mujer desesperada y quería que todo terminara cuanto antes. Finalmente llegamos a las taquillas. Compró dos boletos para Granada. El autobús saldría en veinte minutos. Intenté ser cortés: «Te invito a un café. Hay tiempo.» Aceptó. Pidió sándwiches de queso y tomate, jugos naturales, botellines de agua y chocolates, además de un café para ella. Pedí una cerveza para mí. Pagué y nos sentamos a una mesa. Miré el reloj: «Nos quedan quince minutos.» Lo dije con alivio. Ella contestó de inmediato: «Disponemos de poco tiempo. Tengo algo que proponerte.» «Ummm...» Respiró profundo, soltó todo el aire de golpe y me dijo: «Tengo una historia muy buena. La historia de mi abuela. Te lo puedo contar todo, con detalles, y enseñarte fotos, cartas, periódicos, revistas de esa época. Pero me gustaría que la escribieras con su nombre verdadero. Sin cambiar nada. Y tendrías que publicar las fotos

en el libro. Tengo casi cincuenta fotos de ella con los alemanes, bebiendo y bailando. Y ubicar todo en mi casa, sin omitir detalles.» «No debe ser, Susan, así no se hacen las cosas. Lo normal es cambiar nombres y proteger la identidad y la privacidad. A tu familia no le gustará y pueden demandarme...» «No tengo familia. Solo a Gilbertico. Soy el último eslabón de una familia medieval de mierda.» «¿Es una venganza?» «Todo lo contrario. Quiero que sea así por respeto a mi abuela. Disfrutó mucho siendo la puta de los alemanes. Y la entiendo. Fue lo más importante que hizo en su vida. Ella tenía el derecho y la obligación de salvar y alimentar a su familia. Al costo que fuera.» «Lo ves como un homenaje.» «Sí. Mi abuela fue una heroína de guerra. Se entregó para salvar a los suyos. Mi abuelo y su hijo (mi padre) vivían en el establo, y esa casa donde vivo se convirtió en un burdel. Un burdel clandestino y muy alejado del pueblo. Ella fabricaba schnapps y tenía bacanales de varios días con los soldados. En el sótano se conservan en buen estado el alambique, los barriles y los instrumentos.» «Bueno, Susan, tengo que pensarlo. Es un asunto muy delicado. Me gusta el título *La puta de los alemanes*.» «Harías una novela muy fuerte. Puedes ir a mi casa y quedarte todo el tiempo que quieras. Puedes escribir allí.» «No sé. Déjame pensarlo.» Bajamos a los andenes. La ayudé con la maleta y nos despedimos con besos y abrazos. El resto del día estuve sin energía, como si me hubieran chupado la sangre. Ella no ha escrito de nuevo. No sé nada más. Silencio total. Cualquier día reaparece. Solo es cuestión de tiempo. Me invitaban continuamente a dar conferencias o a presentar mi libro en ferias, festivales, librerías, bibliotecas, foros. El primer encuentro se produjo en Vigo ante un grupo de entusiastas. Era un estupendo foro permanente de conferencias. Disponían de suficientes recursos, lo cual les permitía invitar a científicos, escritores y gente interesante de todo el mundo. Unos días antes de mi conferencia un arqueólogo norteamericano habló sobre dinosaurios del suroeste desértico de USA. Llegué por la mañana. Almorcé con el señor que fungiría de presentador, un periodista local, y le pedí que por favor me ayudara a esquivar la política porque eso simplificaría el debate y se iría por un rumbo que no me interesaba estimular. El buen señor nunca me contestó sí o no. Ya lo tenía todo bien meditado. La sala se llenó y él hizo una presentación absolutamente política y agresiva del libro y terminó con una frase vulgar e incitante, que no quiero repetir, y que trazó la pauta de por dónde irían las cosas. Yo lo miré atónito y se desató el pandemónium. Todos empezaron a

hacer preguntas en el mismo tono agresivo del presentador. Catarsis incontrolable. Traté de encaminar aquello y hablar pausadamente de literatura y de posibles antecedentes cubanos de mi libro. Fue inútil. No les interesaba la literatura ni el pensamiento mesurado y analítico. Querían sangre. La gente se puso más irascible y una señora me dijo directamente que yo era un cobarde miserable porque no me atrevía a enfrentar al régimen totalitario. Algunos se pusieron de pie, reclamando el micrófono. ¿Por qué se lo tomaban así? ¿Qué había pasado? Yo no entendía. La organizadora, muy satisfecha, guardaba silencio y miraba complacida aquel revuelo absurdo. Al parecer, para ella, aquella chusmería paranoica era el colmo del éxito. Me levanté de mi silla para irme antes de ceder a la tentación de meterle un piñazo por la cara al presentador. Entonces la organizadora me agarró por el brazo y me sacó del local por una puerta lateral. Me invitó a cenar. «Vamos aquí cerca. Tomamos una copa y cenamos.» «No quiero cenar, gracias. Ese tipo es un imbécil.» «No, te equivocas. No tiene nada de imbécil. Es un periodista de temas políticos. Un simple periodista de tertulias de radio y televisión. Muy famoso aquí. Un tertuliano. Vive de provocar escándalos. No le interesa la literatura ni sabe nada de literatura. Creo que escogí mal.» «Jodió la presentación.» «No, salió bien. Mañana todos van a comprar tu libro, y me darás las gracias. Esto es una democracia y cada quien tiene derecho a expresar...» «Ah, no jodas. No me vengas con ese cuento.» Nos echamos a reír. Había frío y viento y llovía. Caminamos hasta un pequeño restaurante cercano. Me tomé un whisky doble y asimilé mejor el incidente. Después varias veces estuve enredado en situaciones parecidas. En Perugia la atacante fue una señora italiana «comunista» de una asociación de amistad con Cuba. Intentó bloquear el acto de presentación del libro desde el principio, sin más: «¿Por qué han invitado a este señor que ha sido publicado por el enemigo en Estados Unidos? ¿Por qué no invitaron a Nicolás Guillén?» Ahí mismo la corté: «Señora, usted no sabe lo que está hablando. Guillén está muerto desde 1989.» La gente se echó a reír a carcajadas. Yo seguí: «¡Váyase de aquí inmediatamente! Aquí estamos hablando de literatura y no de política. ¡Fuera de aquí! Esto no es un foro político.» Se levantó y se fue. Me atacaban tiros y troyanos. En París fue un tipejo que se las daba de poeta cubano en el exilio. Un mediocre y petulante desconocido que intentaba hacer carrera y salir en los periódicos a cuenta mía. Cogió el micro y empezó a contar la misma historia: «Usted tiene que denunciar al

régimen porque...» Ahí lo corté y le dije que se fuera a Cuba a denunciar los atropellos y que no fuera tan caradura y oportunista. Intentó rebatirme y le dije: «Si abres la boca de nuevo te voy a entrar a piñazos y te voy a sacar el hígado por la boca, hijodeputa.» Me puse muy bruto. Soltó el micro, aterrado y soltando plumas, y se fue rápidamente. Los franceses presentes no entendían, pero supongo que se imaginaban lo que pasaba. Toni Cartano, mi editor en Albin Michel, atónito, no sabía qué hacer. Le dije: «Seguimos. No ha pasado nada.» ¿Por qué todos querían ver política en mi libro? ¿Por qué todos me querían involucrar en su mierda? De un lado y del otro. Porque es lo más fácil, supongo. Lo más simple e inmediato. Después, poco a poco, fueron apareciendo periodistas y críticos lúcidos, con más capacidad de elaboración. Lectores más inteligentes. Pero tomó tiempo. Años. En esa época inicial muchos querían reducir mi libro al simple panfleto circunstancial de denuncia. Una crónica periodística de los tiempos duros. Yo sabía que mi libro era mucho más y que tenía fuerza y músculo para defenderse solo. En poco tiempo se tradujo a más de veinte idiomas. Los traductores casi nunca preguntan. Es imposible que un señor en Alemania o en Noruega conozca todos los modismos y vulgarismos cubanos que uso en el texto. Hay mucho argot cubano de barrio bajo y de presidio. Pero, como sabemos, ese es el gran problema de las traducciones. El autor nunca sabrá qué hizo el traductor, quizás con la aprobación y complicidad del editor, que prefiere sacar un libro más blando y comercial. Sobre todo si el traductor hace su trabajo apresuradamente en un mes, entrega, cobra, y a otra cosa, mariposa. ¿Qué lee el que compra el libro? En realidad leerá al traductor, no al autor original. Leerá una chapucería. ¡Horror! Es mejor no pensar en el tema porque uno se puede poner histérico, como le pasó a Milan Kundera cuando descubrió el desastre en que los traductores habían convertido sus libros. Dedicó años a hacer nuevas traducciones, supervisadas por él estrictamente. Lo cierto es que yo no me tomo tan en serio. Todo lo contrario. Intento siempre simplificar. A veces todo no es tan terrible porque hay editores serios que trabajan cuidadosamente con el traductor y controlan bien. En Vigo, aquella noche de diciembre de 1998, caminé un rato por el puerto. La coordinadora de la conferencia me había dejado un paraguas. Cené poco, pero me había tragado unos cuantos whiskys dobles, que me estabilizaron el gran simpático. Nos despedimos a la una de la madrugada y me fui a pasear antes de irme al hotel. Caminé junto a los barcos enormes, recostados al

muelle, entre la niebla y la lluvia, en las penumbras de unas pocas farolas. El frío, el silencio y aquel escenario inusual me hicieron pensar con lucidez: Era absurda e irreal mi insistencia en controlar la vida de mi libro. Ya era un adulto y se alejaba rápidamente de mí. Es más, él seguiría rebelde y antisistema toda su vida y seguramente ya me rechazaba y me acusaría de blandenguería. Así que mejor me relajaba y lo dejaba seguir provocando a sus lectores. Y multiplicándose. Pariendo nuevos libritos incesantemente. Al final existen tantos libros diferentes como lectores ha tenido el libro original. Al aceptar esta verdad eterna percibí una gran tranquilidad interior. Y una certeza, juguetona pero certeza al fin y al cabo, se apoderó de mí por primera vez y con fuerza: En muchas vidas anteriores, no en una sino en muchas, fui un maestro calígrafo y dediqué mi vida a copiar los sutras. Presiento que fui un monje budista, ocupado siempre, en silencio, con los textos sagrados. Quizás hasta traduje o transcribí el *Sutra del loto*, la Ley Mística. Ahora, en esta vida, todo era más agitado, simple, intrascendente, porque experimentaba con otros grados de la literatura. Caminé un rato más y aquel paseo solitario se convirtió en un momento especial que jamás he olvidado. Al día siguiente regresé a Madrid en tren. Toda la historia de mi libro había comenzado por un shock proteico que por poco me cuesta la vida. A principios de 1994 conocí en La Habana a una mujer hermosa y un poco loca. Natividad. Nati. Apareció en la puerta de mi casa una tarde de febrero. Yo leía *La piel*, de Curzio Malaparte. Precisamente leía aquel capítulo en que el autor relata de un modo minucioso la estancia en Nápoles de las tropas norteamericanas que, a fines de la Segunda Guerra Mundial, ascienden por la península italiana. Esperan la visita de una señora, alto cargo de la ayuda que USA brindará a Italia para su recuperación posguerra. El general americano quiere agasajar a la señora con una cena y han averiguado que ella prefiere el pescado. Da órdenes de que preparen pescado para la cena. Pero el hambre invade todos los rincones. No hay de dónde sacar pescado. A alguien se le ocurre ir al acuario de la ciudad, pero ese lugar ya ha sido saqueado por los hambrientos napolitanos. Solo queda una sirena nadando en un estanque. Agarran aquello, lo sacrifican, lo asan al horno y lo sirven en una gran bandeja de plata con una tapa. Después del entrante, el cocinero personalmente trae la enorme bandeja y la destapa delante de la señora y del general. Y descubren con horror a aquella linda jovencita, mitad mujer, mitad pez, horriblemente asada delante de ellos. Les invade la repugnancia, el asombro, el asco. La

funcionaria, escandalizada, se tapa los ojos con las manos, se levanta y se retira a grandes pasos para alejarse cuanto antes de aquel acto de antropofagia. Malaparte lo cuenta todo de un modo tan convincente que todavía hoy no sé si las sirenas existen realmente o son solo un recurso literario que comenzó, o se potenció, en la *Odisea*. Aquellas sirenas que cantan en la costa, sobre los arrecifes, y atraen a los incautos a un naufragio seguro. En ese punto de la lectura Natividad tocó a mi puerta.

¿Un presagio? ¿Los cantos de sirenas? Venía de Valencia, del Mediterráneo, escenario de la *Odisea*. Un amigo había gestionado para que yo diera un taller sobre poesía visual en la universidad. Me invitaban pero no me pagaban ni los pasajes de avión. Era un chiste de mal gusto. Nati traía la carta de invitación. Yo vivía en un pequeño apartamento en una azotea de Centro Habana. Sin muebles ni nada. Unos años antes lo había perdido todo en un divorcio demasiado esquizofrénico y prolongado. Me quedé con el apartamento y mi biblioteca (que en ese momento tenía más de seis mil ejemplares) y mi máquina de escribir, con una mesita y una silla. Así que al menos podía leer y escribir. Suficiente. Pero dicen que todos los males vienen juntos. En los días en que concluían los trámites de mi divorcio, en Moscú, Gorbachov anunció el final de la URSS. Los rusos retiraron sus tropas de Cuba. Lo último que necesitaban en ese momento era provocar una confrontación con USA. La economía cubana se hundió y empezó el hambre, una crisis económica, política, social, que no quiero recordar. Los años noventa. El aleteo de una mariposa en el Kremlin originó un terremoto de proporciones gigantescas en Cuba. Un terremoto que duró muchos años. Se dice que fue la peor crisis económica por la que ha atravesado Cuba. La miseria material solo trae miseria moral. Así que enseguida empezó lo más evidente: la prostitución. Miles de muchachas jóvenes se prostituyeron. Las jineteras. Todavía no sé de dónde salió esa palabrita. Se extendió la droga. Casi se paralizó la recogida de basura y el transporte público. El país se detuvo. Todo. Absolutamente todo se paralizó. Estuve años comiendo apenas un poquito de arroz con frijoles cada día. Solo eso. Y me alcoholicé. Mi salario mensual de pronto equivalía a tres dólares escasos. Pero me las arreglaba para cada día buscar una botella de ron pésimo y una caja de cigarrillos. Vivía solo y sin responsabilidades. Todo se hundió en poco tiempo. Yo también me hundí con el agua al cuello. Una válvula de escape era el sexo desesperado, el alcohol y los cigarrillos. Un vecino traficante a veces venía

con un poco de coca. Pero me excitaba demasiado, casi me volvía loco. Y la evitaba. Mantenía mi trabajo en una revista que sobrevivió. Casi todos los periódicos y revistas cerraron. Todo cerraba y la gente quedaba en la calle o los pasaban a otro lugar. Pero no hay información. Los historiadores nunca podrán escribir al detalle lo que pasó porque en la prensa no quedaron huellas. En la revista me pedían una nota para una página una vez al mes. Me sobraba tiempo. Mi generación se había entregado por entero a un proyecto político que ahora se hundía en silencio. Y en eso llegó Natividad con aquella carta de invitación, para hablar sobre algo tan banal como la poesía visual y experimental. La invité a entrar y nos fuimos a la terraza, donde yo tenía un tablón sobre dos bloques, a modo de banco. Ella creyó —me dijo después— que yo era un bohemio total. Hablamos sobre todo de ella. Intenté no hablar de mí. No quería quejarme de nada. Además, me deprimía más hablar de aquello. Le leí el fragmento de la sirena en el libro que tenía en las manos. La invité a un té porque aún me quedaba una bolsa de té negro ruso. Fuerte y áspero. Después bebimos un poco de aquel aguardiente asqueroso y, claro, terminamos en el colchón que tenía tirado en el piso, porque tampoco tenía cama. Tuvimos un revolcón muy bueno y prolongado. Al día siguiente Nati me invitó a la playa. Fuimos a Varadero. Ella y dos amigas que la acompañaban alquilaron un taxi. A las dos o las tres de la tarde entramos al restaurante de un hotel. Un hotel para turistas, se entiende. Un restaurante tipo ranchón, al aire libre junto a la piscina. Me entusiasmé con tanta comida, aunque me mantuve imperturbable. Pedí un pedazo de pollo, dos salchichas alemanas y una cerveza. Me comí todo aquello y de inmediato se me nubló la vista y perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé me habían llevado fácilmente —yo estaba muy delgado hasta cerca de la puerta para trasladarme a un hotel cercano donde supuestamente habría un médico. Un viejo italiano, gordo y nervioso, decía mientras agitaba las manos en el aire: «*Il cuore! Il cuore!*» Natividad le gritó: «¡Cállese, pájaro de mal agüero!» Yo sentía que la vida se me iba, literalmente. Se me ocurrió meterme los dedos en la garganta y vomité. Profundicé más mis dedos en la garganta y vomité todo. Automáticamente me recuperé y me puse de pie. Me llevaron al hotel cercano en un carrito de golf. No había médico. Solo una enfermera. Tenía un aparato para medir la presión arterial. Lo hizo. Cuando vio el resultado me dijo: «No puede ser.» Y repitió dos veces la operación. Al fin me dijo: «Tiene 40 con 40. Técnicamente está muerto. No entiendo. Llénenlo al hotel y que se tome

tres o cuatro tazas de café fuerte a ver si estabiliza. Yo aquí no tengo nada que darle.» Así lo hicimos. Me tomé tres cafés y recuperé un poco mis fuerzas. Pero me empezaron unas diarreas horribles. Regresamos a La Habana. Natividad se quedó conmigo esa noche. Se quedó tres días más en La Habana. Y fue bonito. Hubo cierto cariño o algo así entre nosotros. Y quizás algunos puntos en común. Años después alguien me dijo que había sufrido un «shock proteico». Es decir un violento estrés al ingerir carne tras varios años de comer un poquito de vegetales (arroz y frijoles) cada día. Nati regresó a Valencia, buscó dinero, me envió los tickets de avión y el 1 de junio de 1994 yo aterrizaba en Valencia. Vivíamos en un pueblecito en las afueras. Fue divertido. Ella le metía al whisky, a los porros y al caballo. Digamos que era una mujer dura. Y yo era una piedra. No podíamos vivir juntos porque éramos destructivos, ásperos como la lija. Ella se escondía de mí para meterle al polvo pero yo enseguida lo percibía. Una, dos, tres veces al día. Cambiaba. Se ponía eufórica, agresiva, inmetible. Enseguida encontré un trabajo de locutor en una emisora de radio FM. Era uno de mis oficios. Había trabajado antes en radio, unos seis o siete años, y me gusta. Es un modo fácil de ganarse la vida. El primer mes me pagaron cien mil pesetas. Unos seiscientos dólares. Muy poco. El gordo dueño de la emisora había conseguido mucha publicidad. Y me explotaba. Yo tenía que estar frente al micro de seis de la mañana a dos de la tarde. Ahí me sustituía una becaria a la que no pagaba nada. Me levantaba a las cinco de la mañana para abrir la emisora a las seis, con buen humor y ligerito. Y encima el gordo quería que por las tardes y noches hiciera entrevistas en la calle con una grabadora, «Para cambiar las voces porque tú solo todo el tiempo no funciona». Le pedí un dinero adicional por ese trabajo de reportero en la calle. «No, porque estás a prueba. Ya veremos después.» Trabajé un mes, siempre discutiendo. Cobré y me fui. En casa también teníamos discusiones continuas, al punto de convertirse en un pequeño infierno. La tarde en que me fui del trabajo Nati me amenazó de un modo feo: «¿Renunciaste a ese trabajo? No lo puedo creer. En Cuba eres un indigente y un cero a la izquierda, ¿me oyes? Eres un muerto de hambre de mierda y no puedes escoger. Aquí tienes que empezar de cero. Ve ahora mismo, pídele disculpas y recupera tu trabajo, no seas imbécil.» La pasión me cegó. Yo tenía un vaso de ron en la mano y se lo tiré con fuerza por la cara. Ella lo esquivó. El vaso se estrelló contra la pared, detrás de ella. Me saltó arriba con furia y me arañó la cara y el cuello. Tenía uñas asesinas. Logré

parar aquella lucha. Y me alejé. Me enjuagué un poco las heridas y fui a Iberia. Fijé fecha de regreso para dos días después. No había disponible para el día siguiente. Soporté cuarenta y ocho horas. No hablé en todo ese tiempo y estuve siempre en la calle. El día señalado cogí mi mochila casi vacía y me fui al aeropuerto. Ella hizo un último intento de reconciliación: se desnudó delante de mí, sonriente. Era muy hermosa. Jamás olvido aquella imagen. Pero, ante todo, soy estoico y frugal. Así que resistí la tentación. El estoicismo y la frugalidad siempre me salvan. Di la espalda y me fui. Para llegar a la avenida donde podía coger el bus tenía que pasar por unos callejones y pasadizos peatonales estrechos. En un espacio de encuentro de varios de esos callejones había un espectáculo inusitado: un gato grande y hermoso había atrapado a un pequeño ratoncito. Muy asustado. El gato jugaba con el ratón. Lo pateaba como si fuera una pelota. Lo mordía por el rabo y lo lanzaba hacia arriba para que se estrellara contra el piso una y otra vez. El ratoncito, paralizado por el miedo, ni siquiera intentaba escapar. Otros cuatro o cinco gatos, sentados en semicírculo, observaban el show. Todos muy elegantes, muy satisfechos, gordos, bien alimentados, fríos y distantes, disfrutaban el espectáculo. Me detuve un minuto a ver aquello. Lamentablemente me identifiqué con el pobre ratón. Mala cosa. Seguí mi camino. Esa noche, catorce horas después, llegaba a mi casita en Centro Habana. La vecina, una viejita jubilada que había sido capitana de la policía y sufría una miseria peor que la mía, me recibió desalentada: «Ah, hijo, ¿por qué regresaste? Hace diez días que no hay agua en el edificio.» Unos días después, el viernes 5 de agosto de 1994, unos cuantos miles de personas se lanzaron a la calle. Ya no soportaban más. Marchaban por el Malecón, gritando y pidiendo «libertad». Mi vecina, la viejita, entró en pánico. Primero se escondió debajo de la cama. Después salió a la azotea con una pistola en la mano. Saltaba y gritaba: «¡A mí no me van a matar, cojones!» Traté de quitarle la pistola. Se negó a dármela. Intenté tranquilizarla. Le costó, pero al fin se relajó cuando comprendió que nadie se acordaba de ella y que siempre había sido una simple oficinista de la policía y nada más. El gobierno controló en unas pocas horas y esa noche abrió las fronteras. De un modo metafórico. Una isla solo tiene agua alrededor. Agua y tiburones. Al día siguiente, sábado 6, comenzó el éxodo de los balseros, que se mantuvo durante todo el mes de agosto. No hubo control migratorio. No se sabe cuántos salieron ni cuántos murieron en el trayecto. Guardacostas de USA los

recogían y los llevaban a Guantánamo. Se fue mucha gente del barrio. Por las tardes me acercaba al Malecón para ver los extraños artefactos que fabricaban. Llegaron a pagar doscientos dólares por un bidón metálico vacío y bien sellado, capaz de flotar. Cualquier cosa que flotara podía servir. La mayoría apenas sabía nadar, y se lanzaban al mar alegremente. No tenían idea de lo que hacían. Se lanzaban a ciegas, sin una brújula, apenas con unas botellas de agua. No tenían nada que perder. Solo la vida. Al fin los gobiernos de Cuba y USA negociaron. El último día de agosto se detuvo el éxodo. En el barrio se hizo un silencio extraño. La manifestación del 5 de agosto y los baltersos crearon «un antes y un después». Aún no es historia. Han pasado los años pero todavía sigue doliendo aquel desastre tan humillante. De la revista me pidieron que escribiera una crónica, lógico, yo lo había visto todo en primera fila. Nunca la publicaron. Queda mucho por decir. Yo tenía un par de camisas, unos zapatos y un pantalón en buenas condiciones. Los usaba solo para ir al trabajo una vez al mes. Ese día me afeitaba, me vestía lo mejor posible y me iba a pie. Había que caminar porque no había guaguas. A veces no conseguía un jabón y me pasaba semanas bañándome solo con agua, como hacía la mayoría de la gente. Un jabón era algo muy apreciado. Aquella etapa fue denominada oficialmente *Período Especial de guerra en tiempo de paz*. Y lo simplificaron por *Período Especial*. La revista donde yo trabajaba se mantuvo, creo recordar que de semanal pasó a quincenal y después a mensual. No recuerdo con precisión porque he lanzado una cortina de humo sobre aquellos años. Es más saludable. Un día me encargaron entrevistar a Günter Grass, que hacía una visita de unos días a Cuba. Fue en marzo de 1993. El primer día le pedí la entrevista. «No más de treinta minutos, le prometo que seré breve», le dije. Me dijo que no me podía dar la entrevista, pero que si yo lo seguía siempre, en cada actividad me contestaría una pregunta. Lo miré fijamente y estuve a punto de decirle una barbaridad, pero ya me había dado la espalda y se alejaba. Y así fue. Me contestaba una sola pregunta en cada ocasión. Si yo intentaba una segunda pregunta me ignoraba. Era socialdemócrata y crítico de línea dura. Sus respuestas eran fuertes y demasiado críticas. Supuse que en la revista no aceptarían la entrevista. Una tarde le hice una pregunta tonta para suavizar un poco el material: «¿Qué le parece La Habana, le gusta?» Implacable, me respondió: «Me recuerda a Calcuta. Una vez estuve allí y hay tanta pobreza, tan doloroso todo, que en seis meses no pude escribir.»

Suavicé un poco mi texto. Es decir, me autocensuré. Así y todo me gané una fuerte reprimenda. En la redacción la suavizaron más. Decepcionante. Sucedió continuamente, con muchos temas. En diciembre de 1994 se me declaró un enfisema pulmonar. Aunque no había modo de hacerme una placa de rayos X, así que no sabía qué me pasaba. Demasiado alcohol, tabaco y sexo y comida insuficiente. Quince días acostado, con 39-40 de fiebre, sin fuerzas y sin poder tragar nada. No sé cómo pero me restablecí, sin medicinas. Solo agua con azúcar. No había ni aspirinas. Durante aquellos días de fiebre tan alta tuve sueños y pesadillas continuos. Dos pesadillas fueron especialmente recurrentes. Yo subía o bajaba un edificio muy alto por unos andamios exteriores de tablas podridas y mal clavadas que siempre se rompían cuando me apoyaba. En algunos tramos había ascensores claustrofóbicos que se trababan y escaleras arruinadas y sucias con puertas cerradas y todo tipo de obstáculos para subir o bajar. El ascensor a veces viajaba vertiginosamente en todas direcciones, como una montaña rusa, y yo siempre asustado. La otra pesadilla repetitiva era con agua sucia. Yo nadaba allí y no podía salir a respirar porque una gran losa de cemento cubría la superficie. No podía respirar hasta que empezaba a dar manotazos y despertaba gritando, medio ahogado. Esas pesadillas se repitieron durante años. Creo que el alcohol me dañó algunas zonas del cerebro. Dos meses después hablé con un médico neumólogo en una clínica geriátrica especial, que recibía ayuda de España, y me hizo una radiografía de los pulmones. El doctor se quedó asombrado. Mis dos pulmones estaban negros. No creyó que me fumaba una caja de cigarrillos al día. Suponía que eran tres o cuatro. En fin. Me salvé y empecé a escribir cuentos. Tenía tiempo de sobra y mucho material. Centro Habana es un barrio muy dinámico. Se mueve. Y mi vida también se movía incesantemente. Escribía el texto a mano. Lo dejaba reposar unos días. Lo corregía. Lo pasaba a máquina y lo guardaba en una carpeta. No quería escribir un libro. Es decir, no pensaba en un libro. Solo necesitaba sacarme aquello de adentro. De ese modo el libro se fue escribiendo solo. Sin un proyecto. A lo largo de dos años y pico. Entre septiembre de 1994 y principios de 1997. A veces había silencio y podía escribir como quien celebra un ritual místico de revelación. Así era más fácil. Otros días había mucho ruido y era más difícil. Los vecinos vociferando, el ruido del barrio, las interrupciones. Me daba igual. Me concentraba siempre. El estrés me ayuda. Natalia Ginzburg, en su libro sobre Chéjov, dice que él

escribía en sus momentos libres, en una casa ruidosa: «Su hermano Alexandr llegaba borracho e insultaba a la hermana y a la madre; Nikolái también regresaba borracho tras varios días de ausencia, en los que nadie sabía dónde se metía; venían los parientes con niños pequeños. Chéjov no disponía de un rincón para él solo.» Pero ya escribía cuentos maravillosos y tenía miles de lectores fieles, algunos tan sobresalientes como Gorki y Tolstói, que se hicieron incondicionales del joven Antón. Entre las interrupciones más ilustres que tuve en esos años de escritura tengo que contar la de los trotskistas. Era una organización internacional de trotskistas, con el cuento de la revolución permanente y todo eso. Estudiar a Trotski siempre estuvo prohibido en Cuba. No se le mencionaba. No existía. Vocacionalmente éramos estalinistas a *full*. Aunque tampoco había que decirlo en voz alta. Yo tenía un par de libros de Trotski en portugués. Me los habían regalado en Brasil y los leí. Un poco densos para mi gusto. Nunca sabré cómo los de la Liga Trotskista me detectaron como posible líder de un grupo. Empezaron enviándome primero su periódico, desde New York. Por supuesto iba directo para el baño. Durante muchísimos años no existió el papel higiénico. Usábamos periódicos. Si se conseguían. Así se mantuvieron discretos un par de años. Solo el periódico, por correo. Después empezaron a venir personalmente. En parejas. Una mujer y un hombre. Pasaban por un matrimonio en plan turismo. Todo muy compartimentado y conspirativo. Es decir, intentaban convencerme de que formara un grupo de adeptos para estudiar las teorías de Trotski. De México podían enviarme material de estudio en español. Esa sería la primera etapa de la lucha, después ya veríamos. Supongo que habría que pasar a la acción. Seguramente vieron a más gente con las mismas intenciones. Para formar varios grupos independientes, sin contacto unos con otros. Todo muy compartimentado, como es lógico. Yo les decía: «Ya estoy demasiado desalentado con la política. No me interesa. Solo quiero escribir libros de ficción.» Pero ellos insistían: «No, compañero, ese derrotismo tienes que superarlo y dejarlo atrás. Ese fatalismo te conduce a posiciones burguesas. Tú eres un hombre de izquierda, de extracción humilde, de familia campesina, hay que luchar, compañero, tienes que participar. No podemos rendirnos.» Estaban convencidos de que el gobierno se caería y ellos querían ser una fuerza presente en el nuevo escenario político que, imaginaban, sería pluripartidista. Querían tener un partido trotskista sobre el terreno, listo para enrolarse en la

lucha por el poder. Al fin, después de unos cuantos intentos, me dejaron tranquilo. Bueno, tuve que ser radical. Les dije que yo era un socialdemócrata convencido y que no tenía simpatía alguna por las ideas radicales de Trotski. Ya. Se alejaron silenciosos y desalentados, no sin antes hacer una crítica exhaustiva de la socialdemocracia original y de Kérenski y sus claudicaciones, típicas de un intelectual pequeñoburgués renegado. Yo terminé de escribir mi libro, que era lo que más me interesaba. Después, ya por puro azar, cayó en manos de una buena editorial española. Les gustó y lo publicaron. Ahora yo vivía en Madrid por unos cuantos meses y con cierto frenesí indetenible. Hiperactivo siempre. Fui hiperactivo desde joven: además de los deberes de la escuela podía leer hasta cinco o seis libros al mismo tiempo, unas cuantas páginas de cada uno, tener varias novias, practicar kayaks y boxeo, pescar, aprender a tocar guitarra, ir a la playa en bicicleta y nadar un par de kilómetros, veía tres o cuatro películas a la semana. Era frenético. No sé de dónde sacaba tanta energía para intereses tan diferentes. Todo me parecía importante, aprender todo, comprender, actuar. Una curiosidad insaciable. A veces llegaba al absurdo: en mi adolescencia dediqué mucho esfuerzo y tiempo a diseñar una máquina de movimiento perpetuo. Aunque por las leyes de la física es absolutamente imposible (porque viola la segunda ley de la termodinámica), lo intenté con cinco máquinas diferentes que inventé. Hice las maquetas. Dediqué algunos años al tema porque quería convencerme por mí mismo de que era absolutamente imposible el *perpetuum mobile*. En la escuela secundaria era alumno ayudante de física. Esa curiosidad insaciable, y un poco ingenua, me lleva, lo reconozco, a cometer errores y a meterme en callejones sin salida. Para mí así funciona la vida. «*Don't compete. Play*» es mi lema favorito. La vida es un juego, no una competencia. Juegas, te arriesgas, ganas o pierdes, no importa, pero te diviertes. Nunca voy sobre seguro. Tengo unos pocos amigos de toda la vida y cientos de conocidos. Uno de esos amigos de siempre, Francisco (Paco), me localizó y me invitó a pasar unos días en su casa, en el pueblo C, cerca de Burgos. Nos habíamos conocido en La Habana. Era albañil. Un buen hombre. Muy a principios de los noventa fue muchas veces a Cuba a buscar una mujer para casarse y llevarla a vivir con él en C. Nos divertimos mucho pero nunca encontró una mujer adecuada. Yo le decía: «Es que buscas entre las jineteras. No les interesa...» Y él: «Prejuicios tuyos. Machismo. Eres muy machista.» Y yo: «Bueno, aquí todo el mundo es machista. OK. Sigue adelante. Tienes

razón. Soy un machista lleno de prejuicios.» Al fin se cansó. Ahora vivía solo en C. Pero me dijo que tenía un romance discreto con una mujer a la que nunca me presentó y nunca conocí. Sospecho que no era cierto. Llegué en autobús por la tarde. Había nevado el día anterior y la extensa llanura de Castilla se veía hermosa a mis ojos, aunque algo aburrida. C. es uno de los pueblos moribundos de Castilla. No hay empleo, nada que hacer, los jóvenes se van, los viejos se mueren y las casas abandonadas se desmoronan. En C. solo quedaban unos pocos ancianos. La escuela tenía seis alumnos. Los techos de muchas casas arruinadas se hundían. Había un bar pequeño y nada más. Viendo aquel panorama comprendí por qué Paco tenía que ir tan lejos a buscar una mujer para esposa. Entramos al bar a tomar un vino y nos encontramos con Roque, amigo de toda la vida de Francisco. Era lapidario, un oficio que allí mantiene vigencia. Rodeado de ancianos ya con un pie en la tumba supongo que no le faltan clientes y vende suficientes lápidas para vivir desahogadamente. Me interesó el tema de las lápidas pero me lo explicó en cinco minutos y nos quedamos sin tema. Es el problema de los pueblos pequeños. No hay extensión. La gente no puede extenderse. Se supone que un pueblo tranquilo y silencioso es una especie de paraíso, un lugar ideal. Pero Cioran tenía razón. Repetía con frecuencia que ya él no podría vivir ni un solo día en el paraíso, ni pensar en una temporada. Creo que pienso igual. Mis padres nacieron en el campo, cerca de un pueblecito pequeño. Yo, de niño y en mi juventud, iba allí y pasaba temporadas con mis abuelos. Pero sabía bien que vivir allí permanentemente se convertiría en un suplicio. Precisamente por la falta de extensión. No hay espacio para extenderse. El ciclo de vida es repetitivo y demasiado estrecho. Pero unos pocos días sí vienen bien. Me convenía alejarme de Madrid cada vez que se me presentaba una ocasión. Espontáneamente Roque nos invitó a cenar en su casa. «Mi mujer es dominicana. Una gran cocinera. Vamos a ver qué nos da.» Me pareció un abuso de confianza pero no protesté. Paco también aceptó, complacido. En su casa, la mujer, muy amable y dispuesta, nos sirvió más vino y se disculpó para terminar la cena. Roque me dijo: «Yo nunca he salido de aquí. Burgos, Valladolid, son muy grandes. Mucho ruido. No me gustan. Y menos Cuba, como a este, que al final está solo. Yo me iba de putas y listo. En una de esas conocí a esta mujer. Fui varias veces con ella. Me gustó su forma de ser y no lo pensé: le propuse que se viniera conmigo. Y aquí está. Fácil. Negocié con los patrones que tenía, les pagué la deuda de ella, que era

mucho, seiscientas mil pesetas. Me dieron hasta un recibo. Y me la traje. Aquí es feliz. Y yo también.» La mujer se asomó en la puerta de la cocina, sonriendo. Nos trajo una bandeja con jamón y queso y venía con una cerveza en la mano. Bebía directamente de la botella. Al parecer tenían muy asumido el asunto porque durante la cena surgió el tema de nuevo y ella comentó que la trajeron engañada. Le dijeron que trabajaría como sirvienta y cocinera en alguna casa. En realidad le quitaron el pasaporte, la amenazaron con una deuda que crecía cada día y que incluía el boleto de avión, el alojamiento, la comida y hasta la ropa de cama y la lavandería, y la metieron a la fuerza a trabajar en puticlubs de carretera. Así pasó ocho años. Un par de semanas en cada lugar, para evitar que alguien se enamorara de ella. «Roque fue rápido, si se demora un día más ya me trasladan a otro lugar y jamás nos hubiéramos visto de nuevo.» Y además le inventaban una deuda que siempre crecía. «Tuve mucha suerte. Llevo ya un año casada con Roque y todavía no me lo creo. Ahora queremos traer a mis dos hijos.» El final de la historia es muy pesado. Ellos trajeron a los dos hijos de la mujer y dos años después a Roque le dio un infarto y murió de golpe. Fueron felices solo un par de años. Al día siguiente yo quería ir a la catedral de Burgos a oír los cantos gregorianos. Paco se negó de plano a acompañarme: «No, hombre, eso es una tontería. Cantan de madrugada, tendríamos que levantarnos aquí a las cuatro de la mañana, con la carretera resbaladiza y la nieve.» Pensé irme solo, quedarme esa noche en la ciudad, pero ahora caía aguanieve. Me desanimé. Fuimos a Burgos de todos modos pero más tarde, tranquilamente. Nevaba cuando salimos de la iglesia. Paco, muy orgulloso de su terruño, me decía: «Esta es la tierra del Mío Cid, del Cid Campeador.» Fuimos a un castillo inmenso, impresionante. No pudimos entrar. Estaba en obras. Un letrero explicaba algunos detalles sobre la historia del lugar y las batallas. Regresamos a C. y ya no había nada más que hacer. Era sábado. Paco se puso a ver fútbol. Yo di una caminata por el pueblo, pero había demasiado frío y regresé enseguida. Nos acostamos temprano. Mi cuarto era grande y caldeado y lo mejor era estar en la cama bajo las mantas. Él había comprado y reparado ese caserón enorme con la idea de encontrar una esposa y tener una familia como Dios manda. Al día siguiente, domingo, organizó una merienda con unos amigos, en una caseta que tenían en medio del campo: cordero lechal asado al carbón y vino tinto que fabricaba uno de ellos. La pasamos bien. Hablaron de fútbol. Yo en silencio. También nos acostamos temprano ese día. Antes de amanecer

Paco salió para su trabajo de albañil en un pueblo cercano. Me quedé solo. Muy cerca había unas pocas casitas que el gobierno de Franco había dado gratis o muy baratas a gente pobre. Los padres de Francisco, que eran gente sin recursos, fueron beneficiados con una. Cuando murieron la casita quedó vacía. Es pequeña y está cerrada y sucia desde hace ya muchos años. Paco me dejó la llave y me dijo: «Ve y mira aquello. Si te gusta puedes vivir ahí todo el tiempo que quieras. No tienes que pagar nada. Solo limpiar y tirar lo que no sirve.» Sentí curiosidad. Fui a la casita. Demasiado sucia. Estuve curioseando en los cajones. Unas pocas fotos familiares, pequeñas, en blanco y negro, facturas antiguas, mochos de lápices. Restos de todo tipo. En la cocina también había hasta cajas de galletas, frascos de café y azúcar. Los armarios con ropa de invierno que aún conservaba olores. Zapatos destrozados por tanto uso. Sobre las camas los viejos cobertores y las sábanas sucias. Al parecer cuando murieron los viejos Paco no entró aquí jamás. Está todo abandonado como si hubiera pasado algo de golpe. El sobreviviente dio la espalda y cerró la puerta para siempre, dejando clausurada una cápsula del tiempo. Sería un buen escondite si quisiera escribir. Sin teléfono ni internet ni televisión. Para esconderme unos meses estaría bien. Sin interrupciones. Sería como meterme en una cueva. Pero no resistiría aquella soledad y aquel silencio tan apabullante. Me deprimiría. En realidad estoy acostumbrado a provocar la escritura en medio del estrés. Escribir es una necesidad que se impone continuamente, no un acto sagrado. Hay que escribir siempre. Un poco cada día. Igual que el violinista y el pianista tienen que practicar una cantidad de horas cada día. Y uno mantiene el pulso. Salí de la casita apresuradamente porque tenía la sensación de que mi curiosidad molestaba. Cometía un sacrilegio al violar aquella intimidad perfecta. Era un entrometido. Allí estaba toda la vida de personas que no había conocido. Fotos, papeles, documentos, ropa, zapatos, hasta el olor de aquellas personas persistía en el aire. Yo no tenía derecho. Me sentí como un intruso. Aspiré el aire frío y limpio de la mañana. Me llené los pulmones y pensé que definitivamente no me gustaría esconderme en ese pueblo para escribir. A los pocos días me pondría melancólico y perdería fuerza. Soy un animal de ciudad. No soporto el aislamiento. Tomé un café en el bar y caminé un poco por el pueblo. Había sol, el cielo azul y limpio. La nieve brillaba en el campo. Al regresar vi la iglesia abierta y entré un momento. Es un vicio. Entro a cada iglesia que veo con las puertas abiertas. En toda mi vida creo que he visitado

cientos de iglesias. Solo para curiosear. Algunas tan inolvidables como la de Sevilla, la de Burgos, la de Taxco, en México, la iglesia gótica del Sagrado Corazón, en La Habana. En esa pequeña capilla de C. no había nada extraordinario. Solo una cornisa sobre la pila bautismal, con unos frescos mal conservados de ángeles desesperados. Eran ocho ángeles. Dos lloraban, otros se halaban los pelos, angustiados, otros hacían gestos desconsolados de desesperación. Me recordaron unos frescos del Giotto que están en una iglesia de Venecia si mal no recuerdo y que tienen un título escandaloso: *Gli angeli visitano la scena della disgrazia*. No recuerdo más. No sé debido a cuál desgracia bíblica sufren y se lamentan de un modo tan llamativo y dramático. Este detalle pintado en una cornisa baja, de poco más de un metro de largo, en una olvidada iglesia de Castilla, donde apenas caben sesenta personas, me dio una idea certera de la importancia infinita que tiene la belleza en nuestra vida. En mí ha sido siempre un hábito: añadir algún detalle singular, algo hermoso. Algo diferente que pueda embellecer y hacer más comfortable cada tramo de vida. En dos palabras: huir de la vulgaridad, de la suciedad, de lo feo. Implementar siempre la estrategia del espíritu, dar la espalda a lo mezquino y miserable. Aunque no es seguro el triunfo total y permanente, al menos lo intento. Y ya esa intención diaria es un atisbo de la felicidad. Los caribeños, o al menos una buena parte de los caribeños para no generalizar, por nuestra genética, supongo, somos muy dados a la histeria, a vivir en una telenovela infinita, a dramatizar, y a exagerar, es decir, la desmesura, el carnaval, la mascarada y la tragedia como estilos de vida. Es agotador. No había nadie en la iglesia. Solo el silencio. Me senté un rato en un banco. Hasta los trece años fui católico, como mi madre. Me lo tomaba en serio. Iba los domingos a la misa de nueve de la mañana en la catedral de Matanzas. Y me inscribí en un curso de catecismo. Pronto surgieron los problemas de fe. No entendía aquel concepto de la Santísima Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Tampoco aceptaba la historia de Adán y Eva. En el colegio me hablaban de Darwin. Discutí frecuentemente con el avanzado joven que me daba clases. Él me aseguraba que todo se podía aceptar si fortalecía mi fe. Insistía machaconamente en que mi problema era la falta de fe. Y sí, yo necesitaba pruebas materiales, tocar algo, ver, oír. No era nada espiritual. Una tarde me fui abruptamente y ya no regresé jamás. Quizás influyó también en aquella decisión que en esa época vendía helados en la valla de gallos, en un ambiente demasiado brutal y violento, como ya

conté, y donde tuve que endurecerme rápido para sobrevivir. Entonces cambié de rumbo. Empecé a estudiar apasionadamente *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels, y el *Manifiesto comunista*. Me inscribí en una escuela nocturna de adoctrinamiento y me metí a comunista. Se llamaban Escuelas Básicas de Instrucción Revolucionaria (EBIR). Se pusieron de moda las EBIR. Si eras revolucionario te matriculabas en una EBIR y entrabas en las Milicias, donabas sangre voluntariamente, te inscribías en el CDR de tu cuadra, y además en cada zafra azucarera ibas a cortar caña sin cobrar. Voluntario. Era la palabrita de moda. Voluntario, es decir, sin cobrar. Hablar de dinero era un rezago pequeñoburgués. Un pecado. A nadie se le ocurría hablar de dinero. Estuve dos años dedicando dos horas y media cada noche a estudiar comunismo con manuales soviéticos mal traducidos al español. Pero también estudiaba a fondo y por mi cuenta la *Historia social de la literatura y el arte*, de Arnold Hauser, lo cual seguramente evitó que me convirtiera en un comunista obtuso, esquemático y sin perspectivas. Es decir, yo intentaba interpretar todo a mi manera, lo cual se traducía en ser «autosuficiente y conflictivo».

Siempre me clasificaban así. Autosuficiente y conflictivo, lo cual era un pecado de enormes proporciones en la Iglesia comunista. Aquellos dos tomos de Hauser procedían de la amplia biblioteca de mi amigo Fabio, que muchos años después sería el protagonista de mi novela *Fabián y el caos*. A veces siento que toda mi vida es una trama inexplicable de realidad y ficción, de exploración y escritura. Una indagación incesante dentro de mí y de la gente que me rodea. Salí de la iglesia y me dirigí al bar. Ya estaba saturado de pueblo pequeño y aburrido. Pregunté al dueño cuándo pasaba otro autobús para Madrid. Junto a la puerta habían pegado un horario. En cincuenta minutos pasaría uno. Fui a la casa, recogí mi pequeña bolsa. En el bar tomé un bocadillo de jamón con una cerveza y le dije al hombre: «Por favor, dígame a Paco que regresé a Madrid. Ya lo llamaré.» El autobús iba con muy pocos pasajeros. Me gusta más viajar en tren, es más cómodo. Las líneas de ferrocarril siempre pasan por la trasera de las ciudades, lo cual para mí es atractivo. La caminata de por la mañana me había cansado, y me quedé medio dormido. Nunca logro dormir a fondo en trenes, aviones y autobuses. Y recordé, o lo soñé, no sé, algo que me sucedió varias veces siendo muy niño, con menos de cuatro años. Lo recuerdo todo con exactitud. Mi padre

tenía un pequeño restaurante. Cuando todo estaba en silencio, quizás a media mañana, iba a una mesa al fondo, siempre la misma, ya preparada con mantel blanco, platos, cubiertos, vasos, servilletas. Subía a la mesa y a un plato hondo colocado boca abajo. Estiraba los brazos en forma de cruz y daba vueltas. Muy rápido. Entonces salía volando, con los pies juntos y los brazos extendidos, como un aeroplano. Atravesaba el restaurante y el bar que había en la parte delantera, y aterrizaba en el portal. De pie. Perfectamente. Lo hice muchas veces y nadie me miraba. Era como si yo fuera invisible. Estoy convencido de que no lo soñé y sucedió varias veces. Pero visto ahora en la distancia supongo que será un engaño, una mezcla muy eficaz de memoria y ensoñación. No sé. Después he soñado siempre que vuelo sobre los tejados en esa misma ciudad de mi infancia. Vuelo lentamente y muy relajado. Floto como un pájaro o como si colgara de un parapente. Lo esencial es el relax. Si me contraigo puedo caer y estrellarme contra el piso. Confiar en mi relax, esa es la clave del asunto. Y de algún modo es también la clave de mi vida: confiar en mi relax y jugar sin miedo. El gran enemigo es el miedo, que genera furia y contracción. Relax. Y jugar. En Madrid volví al chalet de mis amigos. A perderme en la noche. De día leía, me recuperaba de la resaca y creía que todo iba bien con tanta gente, tanto alcohol, tanto sexo. Era divertido y machacante. Una gran locura cotidiana. Una de aquellas damas, transidas de fervor y pasión, ya cincuentona casi en los sesenta pero muy bien conservada, se me acercó una noche. Había descubierto, en un viaje a Cuba, uno de mis cuadernos de poesía, editado hacía años. Se las daba de filóloga. Era muy petulante. Quería escribir un largo ensayo de doscientas páginas sobre mi poesía. Su argumento principal era que toda mi narrativa surgía de la poesía y que los vasos comunicantes entre ambas zonas formaban un conjunto inseparable. Tenía otras ideas, tan poco originales como esta, pero ya las olvidé porque no le presté mucha atención. Yo tendría que trabajar: ordenar toda mi poesía, editar, colaborar con ella. Digitalizar los textos porque todo estaba en papel. Estuve a punto de darle un NO rotundo y decirle: «¡No quiero trabajar! Estoy cansado. Vete y déjame en paz.» Pero presentí algo y me contuve. Me invitó a cenar el sábado en su casa. Me dio su número de móvil. Y sí. Estuvo bien. Tenía orgasmos múltiples sin penetración. Era su especialidad. Nunca me había sucedido. Se negaba rotundamente a la penetración. Se volvía loca solo con unas pocas maniobras, orales y digitales. Y corría en cuatro patas por el piso, con orgasmos y alaridos, desahogada, y

yo atrás, intentando penetrar pero sin llegar a consumarlo. Muy extraño aquello, parecía un circo. Después, cuando terminamos, ella extenuada, me dijo que era tantra, una técnica hindú. No sé. Nunca le creí aquel cuento del tantra, aunque repetimos unas cuantas veces. Era multiorgásmica y terminaba agotada totalmente. Me mostró unos anuncios de puta de lujo que hacía publicar en los periódicos. Daba un teléfono. Servicio de alto standing, ponía en aquel aviso. Se excitaba mucho cuando hablaba de dinero y de cuánto le pedía de plus a los señores a los que prestaba el servicio. Lo cual incluía masajes erótico-prostáticos, jacuzzi, cena de lujo que preparaba ella misma, striptease, baile japonés de geisha con abanicos, y todo lo que pidiera y pagara el señor, incluido sadomaso y dominación, por supuesto, además de lluvia dorada, anal, beso negro y más. Las cenas eran exquisitas. Por un tiempo me convertí en un chulo involuntario. Tenía todo aquello gratis al menos una vez por semana. Lo único que no me gustaba era la ausencia de penetración. Nunca lo permitió y nunca lo he entendido. Jamás volvió a mencionar mi poesía ni el gran ensayo genial que ella escribiría. Entre los nuevos conocidos que aparecían por todos lados algunos eran escritores. Uno de ellos, Blas, vivía en un pueblo muy cerca de Benidorm. Me invitó a visitarlo, aunque ahora en invierno la playa estaría desierta. «Pero por la noche se mueve», me dijo. Acordamos que al día siguiente me iría para Benidorm. Esa noche descubrí que en un rincón de mi habitación había un tocadiscos y una colección de discos de vinilo. Supuse que ya no funcionaba, pero decidí probarlo. Lo conecté a la corriente, le puse una aguja nueva, de un paquete que había allí, y probé un disco. Sí. Funcionaba. Era el *Segundo concierto para piano*, de Beethoven. Al piano Shoko Sugitami y la Orquesta Sinfónica de Berlín. Pues sí. Se oía bien. Pero ya mi oído está hecho al sonido digital. Había escuchado un disco digital por primera vez en 1984. Uno de Pablo Milanés. En México D.F. Hacía catorce años. Me quedé asombrado. Parecía que el grupo tocaba a mi lado. Ahora me era difícil volver atrás. ¿Es así el proceso civilizatorio? Si te acostumbras a la ametralladora no puedes matar a nadie más con la espada, que es más difícil, peligroso y sanguinario. Con la ametralladora no te salpicas. Puedes matar de lejos. El mismo efecto pero con más languidez. No obstante, me encuentro entre los que dudan de que el proceso civilizatorio siempre va adelante. Muchos creen que solo da vueltas alrededor de sí mismo, lo cual sospecho que es cierto pero difícil de comprobar y casi imposible de demostrar. El *Tao*

Te King, máxima 11 de la tercera parte, se aproxima a esta idea sutilmente: «Camina hasta el límite del vacío, conserva cuidadosamente el centro tranquilo. Miríadas de cosas surgen al unísono, sentados esperamos su retorno. Formas fecundas aparecen y cada una de ellas retorna a su origen. El retorno al origen es quietud, y se le llama retornar al destino; retornar al propio destino es constancia, conocer la constancia es claridad. La ignorancia de que es constante conduce a riesgos injustificables. Comprende lo constante y serás receptivo, sé receptivo y serás imparcial, sé imparcial y serás exhaustivo, sé exhaustivo y estarás en armonía con el orden cósmico, y estarás en armonía con el *dao* y perdurarás. La pérdida de tu yo no te acarreará ningún peligro.» Lleva algún tiempo comprender en profundidad el contenido de la máxima. Quizás toda la vida. Y, lamento decirlo, la enorme mayoría nunca lo aprenderá verdaderamente. ¿Cómo era el mundo cuando yo nací en 1950 y cómo es ahora, cuarenta y ocho años después, en 1998? Ha mejorado sustancialmente desde el punto de vista material. Tendríamos que analizar a fondo el lado espiritual y moral. Y no creo que ese análisis se pueda completar solo con un vistazo general. Hay mejores respuestas en la poesía que en un tratado de física cuántica. Estos apuntes desorganizados, breves y sin conclusiones, están tomados de mi diario de esos días. Gracias a ese diario puedo ahora, veinte años después, reconstruir, al menos someramente, aquellos días alrededor de la Navidad de 1998. Otros apuntes, en la misma página, se refieren a la simplicidad de la vida: ¿has pensado alguna vez que el universo es solo un conjunto infinito de esferas que giran sobre sí mismas, gracias a una energía también infinita, en un tiempo infinito, sin comienzo ni fin? ¿Sin un impulso inicial? Es simple. Demasiado simple y breve. La danza de las esferas. Demasiado simple esa explicación para ser aceptada por nuestra arrogancia. Por eso no la aceptamos y seguimos investigando a fondo en temas cada vez más complejos, cada vez más interminables y absurdos. Eso sí nos hace felices porque es un reto que pone a prueba nuestra inteligencia. Lo simple no nos atrae. Todo debe ser muy complejo, muy racional, con un principio y un fin. Algo demostrable. Esa es la modernidad. Complicar todo de un modo excéntrico. Y dudar de cada paso que hemos dado porque ya se insinúa el próximo. Lo cierto es el otro extremo: todo es tan sencillo, tan inexplicable y tan concéntrico que nos excluye y sobrepasa. Seguimos adelante con nuestra arrogancia petulante y egocentrista. Y de ese modo caminamos en dirección opuesta a la verdad.

También hay apuntes más terrestres en mi diario de entonces. Por ejemplo, sobre un libro que me habían regalado: *Walker Evans: La Habana, 1933*. Es un libro de fotos, tomadas durante un mes en las calles de La Habana, en el verano de 1933. No son fotos montadas. Evans recorre la ciudad y toma instantáneas de la gente en la calle: prostitutas, vendedores, mendigos, gente desempleada, familias enteras arrojadas a la indigencia, que dormitan en los parques. Hasta 1998 han pasado sesenta y cinco años, pero permanece cierta atmósfera que lo permea todo. En la vida de cada uno todo ha cambiado, por supuesto, pero hay un sustrato, un ambiente de conjunto, que se mantiene inalterable como si el tiempo no se moviera. Escucho a Beethoven, miro las fotos, bebo un trago de whisky, me gustaría escribir algo sobre la impermanencia de la vida, pero las fotos de Evans son tan fuertes, tienen tanta vigencia, que desvanecen mi deseo de escribir. No hay nada más que decir. Estas fotos brutales son una memoria perfecta. Algo exacto. Irrebatible. La gente pobre de La Habana, que sigue y seguirá. Los que sobreviven a duras penas y se mantienen, o los mantienen, al margen del proceso civilizatorio. Bien apartados. Sutilmente controlados. Solo pueden hablar de beisbol. Discuten apasionadamente de beisbol. Y beben ron. No entienden nada más que los detalles de ese juego. Y los detalles del ron. Como en Roma: *panem et circus*. Los poderosos se refocilan y le dan máxima importancia al beisbol y al futbol. Los infelices no perciben los hilos. Evans murió en 1975. Así que todos sus personajes fotografiados ya son también polvo y ceniza. Quedan apenas como un golpe de luz sobre el papel. Por cierto, un detalle curioso: Evans tenía dinero solo para una semana en La Habana. Tiempo insuficiente. Conoció a Hemingway, que ya vivía en el Hotel Ambos Mundos, y que acababa de regresar de África, donde estuvo cazando y escribiendo. Le contó su penuria económica. Hemingway lo ayudó con toda generosidad, sin esperar devolución, y Evans extendió su estancia habanera a un mes y realizó un trabajo de primera. Curiosamente, dicen quienes han revisado bien los negativos, no hizo ni una sola foto de Hemingway. Y los mal intencionados añaden que Hemingway solo le dio treinta dólares. Al día siguiente..., me encanta esa frase. «Al día siguiente...» Es un truco. La usan todos los escritores del mundo. Es inevitable. Una transición perfecta. De un golpe te saltas la noche, el sueño, las pesadillas, el insomnio, las ideas obsesivas que asaltan de noche, tal vez hubo sexo que no quieres describir con pelos y señales y te lanzas con el lector directamente un

poco más adelante. Al día siguiente, decía, desperté con los ásperos olores a lejía, detergentes y desinfectantes de la tía Tata. Subí a desayunar. Tomé solo una taza de café y unas tostadas. Casi no hablamos. Por las mañanas siempre estoy poco comunicativo. Me di una ducha larga y vigorizante. Rechacé la idea de llevarme mi mochila. Cogí solo mi cepillo de dientes. Me asomé a la cocina y le dije a Tata: «Me voy dos o tres días. Nos vemos.» Y salí alegremente. Me gustaba alejarme de aquel chalet. Quizás es que no soy – básicamente– un hombre de familia. No soy tampoco un lobo estepario. Si existe una posición intermedia quizás es la que me toca. Creo que tuve una madre tan posesiva y sobreprotectora que la esencia de mi vida es luchar contra fantasmas. Siempre estoy escapando de la noche y las tormentas y yo, fugitivo, empapado por el agua fría, corriendo en la oscuridad. La furia de los rayos. El alcohol y la furia. La ansiedad y el desespero me agobian. Viajé a Benidorm en autobús. Unas pocas horas. Llegué. Fui a la dirección que Blas me había dado. Me esperaba. Tenía un pequeñísimo estudio. Un balcón-terraza amplio, un saloncito diminuto, un dormitorio micro, una cocina acoplada a la pared, un closet y un baño donde uno cabía a duras penas. La terraza era importante y confortable, con vistas a más edificios. Los pisos con vistas al mar cuestan demasiado, me dijo, como excusándose de no ofrecerme algo mejor. Era músico. Saxofón. Tocaba de noche, música sopa, con un pequeño grupo. «En realidad hacemos sopa pero decimos que es jazz standard.» Por la tarde me invitó a un té con galletitas, en la terraza. Le hablé de *El libro del té*, de Kakuzo Okakura, un samurái japonés del siglo XIX: «La ceremonia del té es el culto de lo Imperfecto, ya que es un esfuerzo para llevar adelante esta empresa imposible que es la vida. ¿Entiendes?» «No, no entiendo», me dijo. «Yo tampoco. Por eso he aprendido de memoria esa frase. Es bonita. Supongo que debe decir algo importante.» Nos quedamos unos minutos en silencio, lo cual es un buen síntoma. Dos personas que apenas se conocen deben hablar cualquier tontería, como una señal de buena educación, para quedar bien, mientras toman una taza de té. Pero si tranquilamente guardan silencio, se abstraen y se desentienden del otro y no buscan temas forzados es que son dos personas inteligentes y hacen lo que les da la gana en esta vida. Yo me había abstraído mirando los feos y atiborrados edificios del frente. Pensaba sobre la insensatez del género humano en su furia civilizatoria. Creo que entonces meditaba excesivamente sobre el lado deprimente de la vida. Me cuesta mucho aprender a ver la vida desde el lado

más optimista. Hago un esfuerzo continuo, interminable, en este sentido. Y me esfuerzo no tanto por mi salud mental como por el bienestar de los que me rodean. No hay derecho a ser un amargado pesimista y alimentar incesantemente la negatividad. En uno de los apartamentos cercanos escuchaban un disco de una de las cantantes folklóricas. Creo que Isabel Pantoja. Unas baladas de desengaños amorosos. Me gustan. Cerré los ojos para escuchar mejor. Desde que nací escuché estas canciones, además de boleros y rancheras. En la vitrola del bar de mi padre. Las tengo metidas en la sangre, como un virus. Blas me sacó de mis pensamientos: «Por la noche tocamos en dos bares y regresaré tarde. Puedes dormir aquí en el sofá cama. Es cómodo. Te dejo unas sábanas y un edredón.» Pero los planes se alteraron unos minutos después. Oscurecía. Llegó su pareja. Un joven serbio. Delgado pero hosco y huraño, como de mal humor. Tenía algo en el rostro y la mirada que gritaba: «No confíes en mí, te voy a joder, aléjate.» Me saludó con un gruñido y mirando al piso. Mala señal. Blas me lo presentó. No sabía que era gay, ni me lo imaginaba. Es que Blas es un tipo físicamente muy tosco y vulgar, siempre patilludo, no es muy limpio, parece un camionero bruto. Pero, claro, los camioneros brutos y repulsivos también tienen derecho a hacer lo que quieren. En fin, la vida está llena de sorpresas. Blas hizo una tortilla española y cenamos. Nos invitó a ir a un bar gay cercano porque él empezaba a trabajar tarde, a eso de las doce. Esperamos un par de horas, sentados en la terraza, hablando intermitentemente de muchos temas. El serbio permaneció en silencio absoluto. Blas escribía poesía. Me leyó algunos poemas de su último libro, publicado por una organización local de parapléjicos. No le pregunté por qué había publicado esos poemas con esa organización. Los poemas eran pésimos. Por suerte leyó dos y no insistió. El serbio no dijo ni una palabra y en medio de la lectura se fue al dormitorio y se encerró. Supongo que era su modo de protestar. Blas lo interpretó de otro modo y me dijo, en voz baja: «Es un poco raro. No le hagas caso..., eh...», no tenemos sexo.» «¿Cómo? ¿Y qué hacen entonces?» Se rió, y a regañadientes dijo: «Yo le chupo los pies. Es lo único que le gusta.» «¡No jodas, compadre! ¿Y qué más?» «Ya. Eso y poco más. No quiere. Se molesta si yo insisto.» No pregunté más. Supuse que habían montado un ambiente muy enrarecido, pero prefería no enterarme. Es mejor mantener distancia en estos casos de retorcimientos paranoicos. Dirigí la conversación hacia la infancia y juventud de Blas. Me habló de sus padres, campesinos que lo

rechazaban por ser gay. Vivía muy alejado de su familia y sufría por esto, en fin, lo típico. Nada nuevo. A las diez Blas agarró su saxo y nos fuimos. Había cierta tensión entre los tres. Pregunté al serbio si entendía bien el español. Me dijo «Sí» sin mirarme. Creo que entendía poco y a duras penas y estaba celoso por mi presencia. Quizás creía que yo también era gay y podía dejarlo sin novio. No sé. La tensión era evidente y el tipo un pesao. Entramos al bar. Atestado y con poca luz. Empujando logramos acercarnos a la barra. Yo nunca había estado en un bar gay. Había dado apenas dos o tres pasos cuando alguien me agarró los huevos. Rápidamente me deshice de aquel agarre y coloqué mi mano derecha sobre la zona de desembarco. Normal. Pedí un whisky. Y en ese momento el serbio agarró a un tipo por el cuello y le gritó: «¡Suelta!» Era obvio que el tipo le había agarrado los huevos. El serbio le dio un empujón muy fuerte. Otros dos protestaron y el serbio les entró a piñazos. Sabía pelear, como un boxeador. Pegaba duro y con mucha furia. Blas intentó detenerlo. Yo también. Nos apartó de un empujón. Era un tipo fuerte, muy vigoroso, y quería pelea. Siguió golpeando a aquellos dos tipos. En pocos segundos más gente se involucró en la riña. En la oscuridad casi no se veía quién golpeaba a quién. Algunos se reían y soltaban plumas mientras golpeaban duro. Se divertían, como en un juego. El gorila portero también se acercó y trató de detener la pelea dando porrazos. Lo que logró fue incorporar a más gente a la bronca. Agarré a Blas por el brazo y le hice señas para acercarnos a la entrada. A duras penas llegamos ilesos a la puerta. Estaba bien cerrada. Nos habíamos metido en una trampa. Cerca de la barra la pelea crecía. Eran unos gays muy belicosos. Otros, la mayoría, gritaban presa del pánico e intentaban alejarse, pero no había espacio para poner distancia. En realidad el salón no era grande. Y en la planta alta «Hay cuartos oscuros donde pasa de todo y nadie se ve», me había dicho Blas. Pensé que podíamos morir asados si alguien daba fuego a las cortinas. Todas las paredes estaban cubiertas con abundante tela de poliéster con millones de lentejuelas que brillaban y daban un efecto muy maricón-kitsch al lugar. La música seguía sonando como si nada pasara. Una canción amorosa y almibarada, de Raphael. Pensé que debía haber otra salida. Quizás por atrás. Yo tenía a Blas agarrado por el brazo. Le pregunté: «¿No hay otra salida? ¡Tenemos que salir de aquí!» «No sé.» Entonces la puerta se rompió con un gran estruendo y entraron varios policías dando voces y coces. Ni sé qué gritaban. Daba igual. Una avalancha de locas histéricas se precipitó hacia la calle. Blas y yo

salimos también. Nos arrastraron. Respiré aire fresco y entonces Blas me dice, compungido: «No puedo dejar a Vlakia solo. Está ilegal, y la policía...» Y regresó muy decidido a buscar a su amante en medio de aquella marea humana. A mí me importaba un bledo el tal Vlakia. Por cierto, pensé fugazmente que tenía un nombre muy extraño. Me quedé allí, mirando el espectáculo. Entonces salen Blas y Vlakia y se me acercan. El serbio venía con la cara amoratada e hinchada. Lo habían golpeado muy duro. Blas intentó acariciarle la cara: «Oh, pobrecito.» Vlakia lo apartó de un manotazo y dijo: «¡Lo voy a matar! Le voy a meter dos plomos en el cerebro.» «¿A quién?», pregunté. «Al portero. ¿Ves cómo me dejó? Voy a buscar la pistola. Yo nunca he matado a nadie por menos de dos mil dólares, pero este va gratis. ¡Al infierno!» Por la tarde usaba un pulóver rojo con una calavera en el pecho y una inscripción: *Express to Hell*. Y se adelantó, casi corriendo en dirección a la casa. Seguramente tenía allí la pistola. Blas se disculpó: «Disculpa todo esto. Tengo que detenerlo. Nos vemos después.» Y salió corriendo para alcanzar a Vlakia. Yo ni lo pensé. Me fui directo a la estación de autobuses. Salía un bus a Madrid a las 12.10, es decir, en media hora. Saqué un boleto y caminé un rato por los alrededores. Sonó el móvil. Era Blas: «¿Sabes qué pasa?» «No. ¿De qué hablas?» «De Vlakia. Vlakia el Empalador. Va a haber una tragedia. Se fue con la pistola y me amenazó con matarme a mí también si no me apartaba. ¡Me apuntó y todo! ¡Qué horror! ¡Está loco!» «Sí, claro que está loco. Déjalo tranquilo. Aléjate.» «Lo amo, lo amo. No puedo dejarlo.» «Bueno...» «Su padre lo amarraba y lo golpeaba como a un perro. Y lo castigaba así durante días, sin comida ni agua. Cuando tenía doce años mató a su padre y huyó. No puede regresar a su país. Al menos es lo que me ha dicho.» «¿Y por qué te enredas con un tipo así? Es un asesino paranoico.» «Es muy dulce. Es muy dulce.» «Ok. Adelante y suerte. Nos vemos. Chau.» Y colgué. Me esperaba un viaje de noche en el bus. Cuatro horas. No me interesaba saber nada más. Cuando llegué a casa ya amanecía, no tenía sueño, había dormitado un poco en el viaje. Hice un café con leche bien caliente y me senté a escribir toda la historia en mi diario. El vicio de escribir. Empecé a escribir diarios precisamente cuando me quedé solo y empezó una nueva etapa de mi vida. Esto fue hacia los cuarenta años. Comprobé enseguida que casi todo lo que iba al diario era una destilación de mis días, y servía para aclarar los pequeños misterios cotidianos que se revelan al escribir, y también como materia prima para la escritura mayor. En esa época también empecé a

escribir más poesía. Solo para mí. La poesía es, como el diario, una destilación aún más filtrada mediante arañas invisibles que se mueven en la oscuridad. Creo que desde niño había aprendido a ensimismarme y a observar el mundo y a mí mismo desde una distancia neblinosa, como si mirara todo desde una gran distancia. Al mismo tiempo era efusivo y me gustaba conversar y tener amigos, nunca me gustó vivir apartado y en silencio. Necesito tener un pie en cada terreno. Ese sentido ambivalente es un modo de sobrevivir. Quizás solo escribo para evitar el viaje al fondo del infierno. Hay tanta angustia y espanto dentro de cada uno de nosotros que es necesario idear mecanismos de control y ponerlos a funcionar antes de llegar al punto del naufragio. Observar, meditar, escribir. Es el método que perfecciono día a día. La ensoñación y el ensimismamiento como reacción defensiva ante la absurda y permanente vulgaridad de la vida material. Por aquellos días tuve presentaciones de mi libro en Valencia y en Mantova, Italia. En Valencia, en una hermosa biblioteca construida en un antiguo edificio que había sido un castillo medieval, apenas fueron seis o siete personas. Todos habían leído mi libro y me sentí entre amigos. Nos fuimos directamente al bar, hice que los organizadores nos invitaran y la pasamos bien con unas copas. En Mantova, por el contrario, fueron mucho más de quinientos. No sé exactamente. Y además cobraban la entrada. Ya se establece una distancia. Yo allí como un payasito contestando preguntas inútiles sobre mi modo de escribir y todo eso. Muchos lectores y periodistas preguntan, ingenuamente: «¿Y usted revisa o escribe directamente una sola vez y listo?» Esa estupidez me sulfuraba por dentro. Había invertido treinta años de mi vida en aprender a escribir. La artesanía se aprende rápido. Lo difícil, inexplicable, es alcanzar el otro grado. El toque mágico que uno no sabe de dónde sale. El arte es una imitación de la vida, pero NO ES una imitación de la vida. En realidad adoro a los escritores invisibles. Salinger y Pynchon, por ejemplo. Grace Paley lo hizo estupendamente bien al publicar solo tres libros imprescindibles, de cuentos, y un gran tomo de poesía y retirarse a tiempo a una pequeña granja en Vermont. Cultivaba un huerto, era vegetariana y no contestaba las cartas e invitaciones. Yo le escribí tres veces y nunca me contestó. Algo perfecto. Indiferencia absoluta ante el sistema. Muy pocos logran alcanzar esa distancia. Algunos, muchos, viven esclavos esperando el Nobel hasta el último aliento mientras envían influyentes y discretos emisarios a Estocolmo para hacer lobby. Me guardo los nombres de algunos que viven, muy

ancianos, en ese absurdo y engañoso desasosiego cotidiano. Mi adorada Marguerite Duras, por ejemplo, con cuarenta y cuatro años ya se sentía agotada de la farándula parisina. Tenía algún dinero, según cuenta ella misma, de *El amante*, que había sido un bestseller, y compró una casa muy grande, lejos de París, en Neauphle-le-Château. Para retirarse un poco. Necesitaba silencio. Pero no mucho. El alcohol y el ego destruyeron su vida hasta llegar a horribles y prolongados ataques de *delirium tremens*, con espantosas visiones y alucinaciones. Por las mañanas, según cuenta, despertaba con resaca y dolor de cabeza pero tomaba un café, hacía un esfuerzo y se iba caminando hasta el kiosco solo para comprobar si en algún periódico hablaban de ella. Sin embargo, a pesar de esta egomanía destructiva era capaz de liberarse y escribir desde las entrañas, entregarse totalmente sin dejar espacios de protección, algo que muy pocos escritores están dispuestos a hacer. Es muy difícil entregarse así, y la mayoría de los escritores no lo consideran necesario. O no se atreven. Tienen otros proyectos. Si sabes que tienes seguidores fieles, como si fueras un cantante de heavy metal, lo más probable es que te quedes atrapado para siempre en mantener una imagen. Y no evoluciones. Es decir, sí evolucionas, como es lógico. Pero de cara a la galería aparentas que siempre eres el mismo. Marketing. Le sucedió a Bukowski. En la última entrevista que le hicieron, el 15 de agosto de 1993 (al día siguiente, 16, cumplió setenta y tres años), ya tenía leucemia, moriría unos meses después, el 9 de marzo de 1994. En una foto se le ve muy delgado y demacrado, en bata de casa y pantuflas. Y sin embargo sigue recibiendo a periodistas, fanfarroneando y hablando de proyectos y de nuevos libros. Es obvio: no quería defraudar a sus fans con una señal de miedo o un temblor ante la parca, que se acercaba definitivamente. Se había construido una imagen de tipo furioso y ya esa marca era un medio de vida. Creo que es necesario aprender a desplegar un mecanismo que es muy básico y sencillo: abrir un camino espiritual ante nosotros, adentrarnos confiadamente, y entonces podemos guardar silencio y alejarnos. Es difícil, pero no hay otra vía. Y ya sé que es accesible solo para unos pocos. Los tiempos modernos no son adecuados para hablar de «una vía espiritual». La gente se sonríe, sardónica, cuando oye esa barbaridad. El espíritu de la época es mercantil. Lo que cuenta es la fama, los premios, el dinero, los aplausos y las candilejas. Son tiempos ridículos. En Madrid un amigo me habló de una buhardilla en los altos de su piso. «Te la puedo prestar por unos meses. Tiene entrada

independiente y no tienes que pagar nada. Solo que está en malas condiciones y vas a pasar frío.» Era en La Latina, en la calle Maldonadas, es decir, muy en el centro. En lo alto de un viejo edificio de cuatro plantas. Había de todo, aunque precario al máximo: Una pequeña nevera, un radiador eléctrico, una hornilla eléctrica, una cama estrecha con mantas gruesas, y un diminuto baño hasta con una ducha con agua caliente. El espacio era mínimo porque el techo inclinado de tejas limitaba el lugar. Solo tenía disponibles unos pocos metros donde me podía mover con cuidado para no golpearme en la cabeza con las vigas del techo. Muy rústico pero gratis. En un rincón una viga había cedido, lo cual originó un hueco. Por allí se veía el cielo y por las noches entraba el frío. Puse unos plásticos. Para unas pocas semanas estaría bien. Según mi modo estoico de ver las cosas, era un sitio confortable. La principal ventaja era que estaría independiente y en el centro de la ciudad. Mis amigos del chalet se quedaron sorprendidos. No entendían que me fuera a un lugar tan incómodo. La ceremonia de despedida y agradecimiento la reduje al mínimo esencial. Mis propiedades cabían en una maleta pequeña. La vida nocturna se multiplicó porque ahora podía regresar a mi casa caminando, sin gastos de taxi. Supuse que allí, solo y en silencio, podría escribir algo. Ya me preocupaba porque solo escribía en el diario. Jesús Díaz, un escritor cubano reconocido, exiliado en España, después de leer mi libro me dijo: «Ahora te será difícil escribir algo más porque aquí lo soltaste todo.» Me asustó un poco, pero intenté olvidar y seguir tan naíf como siempre. La gente me preguntaba: «¿Y qué escribes ahora?» Intento que no adviertan mi desconcierto y despliego una cortina de humo: «Estoy muy cansado. Me tomo un año sabático.» En realidad paso los días acostado en el jergón, mirando al techo, aburrido, leyendo unos cómics que hay en dos cajas en un rincón. Me aterra pensar que ya escribí todo y que me he quedado seco. Dedico horas a mirar el techo y a pensar si debo regresar o no a La Habana. Siento un vacío que no es psicológico. Es real. El vacío de la soledad absoluta. El vacío del emigrante, supongo. Me enredo buscando explicaciones en mi memoria de la infancia. Abandonos de los padres, separaciones, ausencias, sufrimientos, padres castigadores, padre alcohólico o ludópata, madre histérica y/o imbécil, humillaciones por parte de otros niños. No hay nada de eso. Nunca me sentí abandonado. Al contrario. Abajo, en el tercer piso, hay una consulta de un psicólogo de la escuela Gestalt. Pone a gritar a sus pacientes. Todo el día se oyen los gritos de la gente. Algunos

aúllan, otros gritan como si los golpearan, otros emiten gritos secos y cortantes. Otros gritan con tanta pausa y tan lento que se nota la falsedad, no les sale de adentro, como debe ser, supongo. Hay hombres que gritan con tanto dolor que no puedo evitar sentir lástima. Todos gritan de un modo diferente. Si pudiera grabarlos tendría una colección muy curiosa de gritos. Anatomía del grito. Una performance. Un happening. No sé cómo los vecinos aceptan esto y no se quejan. Quizás es que todos trabajan y no se enteran. Solo yo sufro al psicólogo que libera retorcimientos de sus pacientes. Mientras, sigo con mis dudas. No tengo dinero para psicoterapeutas y además no creo en nada de eso. Lo peor es no tener nada que hacer. El ocio inútil. Uno piensa demasiado. Hay que hacer algo siempre y no estar desocupado. Varias veces pensé en tomar algunas de las noticias de los periódicos y fabricar una novelita entretenida. Así funciona una buena parte de los escritores. Era una tentación diaria. Por esos días el caso famoso en la prensa era un asesino en serie que mataba putas en los polígonos de la periferia y sobre el cadáver dejaba un preservativo nuevo en su sobre. Lo atraparon después de que matara a dieciocho mujeres, todas golpeadas con saña y degolladas horriblemente. También había una señora, en las fotos se la veía con cara de amargura y maldad, que envenenaba a gente de su familia. Cada cierto tiempo aparecían enfermeras psicópatas que asesinaban a viejitos con inyecciones. De Cuba recordaba a una mujer que mató al marido, lo descuartizó y lo repartió en pedazos alrededor de su casa. Todo con la complicidad de su amante. Sobra materia prima, sanguinolenta, pero materia prima al fin y al cabo.

No me decidía. Demasiado fácil, o demasiado tonto. Además, no soy sanguinario. No me interesan esos relatos de asesinos. En realidad me parecen tan repelentes que me es imposible meterme en su piel para escribir desde adentro. Siempre queda el recurso que usan casi todos los escritores de policiaco: se identifican con el policía, nunca con el asesino. Cuentan la historia desde el policía que investiga. Inventan un inspector de policía. Siempre debe ser alcohólico, cansado, ya de regreso de todos los caminos, divorciado o solitario, un poco sucio y depresivo, pero muy humano y cálido. Una imbecilidad. No me interesa esa opción tan manida. No me interesa inventar historias para armar un libro entretenido y vender. Eso es fácil porque es artesanía. Agarras un personaje ya muerto, investigas todo lo que puedes, armas una estructura geométrica y escribes. Los editores siempre piden novelas. Es lo que se vende. Mi agente me pedía que escribiera «un novelón de quinientas páginas». Me invitaba a comer o a cenar solo para insistir. Hasta me ha pedido que escriba la segunda parte de mi libro. Es insaciable. Creo que nunca se ha leído el libro. No comprende que escribí todo eso para no suicidarme cada noche. Cada vez que me toca el tema desvío la conversación. En el fondo sé que es solo un señor negociante y, con las mejores intenciones, trata de estimularme. No se cree lo del año sabático. Considera que pidiéndome un novelón (a lo Balzac, supongo) me estimula. Piensa que yo soy una máquina de escribir. El buen señor negociante ni se imagina que cuando escribo un libro estoy metido en los pasadizos oscuros del laberinto. Y mientras escribo y avanzo voy encontrando poco a poco la salida, la luz. Al final llego, respiro profundamente y siento que atrás he dejado una carga pesada y ya no puedo más. Al cabo de algunos años me cuesta meterme de nuevo en el laberinto y escribir otro libro. Me invento pretextos de todo tipo para darle largas. Es doloroso. Y al mismo tiempo es una liberación inevitable. Muchos escritores terminan su vida borrachos, locos, suicidas. Muchos. La lista es larga. Es difícil detenerse a tiempo. No quiero traspasar la línea oscura, pero lo cierto es que sí la cruzo, una y otra vez. Vivo al borde del abismo. Y además la culpabilidad latente por usar a los que conozco. Uso las vidas de vecinos, familiares, amigos. Y eso es traición. Al mismo tiempo que estigma, la traición del escritor es también una mentira. Solo una apariencia de traición porque uno nunca copia al detalle. Como el pintor que añade y cambia un poco a la modelo que ve a tres pasos de él. Uno utiliza y remodela el material. Lo corrige, lo amplía, lo deforma, lo extiende.

Yo reacomodo y transformo y de ese modo no me siento demasiado traidor. Utilizo los demonios y las tinieblas. Los días eran aburridos, las noches excesivas. Por eso mi diario de entonces es como una novela experimental donde describía todos esos recovecos mentales. La buhardilla era una nevera. Ponía el radiador a tope y me envolvía en todas las mantas. Y de ese modo dormía bastante bien. Puede parecer romántico vivir en una buhardilla en un edificio del siglo XIX, en el centro de Madrid. Pero no es romántico. Es incómodo y nada más. Solo sirve para cubrir la necesidad de alguien que tiene que ahorrar el dinero de que dispone porque no sabe qué le aguarda en el futuro inmediato. Cuando has sido pobre y has pasado hambre durante muchos años y de pronto ganas un poco de dinero, evitas regresar a la miseria. Sabes que con un golpe de mala suerte vuelves atrás. Y ese golpe de mala suerte está emboscado en cualquier vuelta del camino. Sucedieron dos cosas simpáticas en aquellos días. Un joven entusiasta se me acercó una noche. Había sacado de mi libro una larga lista de frases «filosóficas». Eran pensamientos, reflexiones. Me asombré. No sabía que había escrito todo eso. Unos días después una mujer me localizó y me regaló un CD con toda la música que menciono y utilizo en el libro. Desde guaguancó y boleros hasta Bach. Tampoco me lo imaginaba. Bueno, eran dos curiosidades. Escribo y un tiempo después ya no sé qué escribí. Se me olvida. Por suerte. Porque seguir recordando todo sería un castigo que me dejaría loco. Menos mal que olvido. Algunos lectores tienen esos gestos de afecto y simpatía. Es muy reconfortante. En varios países tradujeron rápidamente el libro. También en Alemania. Como sucede casi siempre, el traductor no me hizo ni una sola pregunta. Un libro plagado de cubanismos y argot y el tipo no pregunta nada. Mejor es no pensar en el tema para no angustiarme. Al principio ninguna editorial alemana importante quería los derechos. Les parecía demasiado duro para el sublime gusto germánico. Después salí desnudo en una larga entrevista de doce páginas en *Der Spiegel* y de inmediato se les abrió el apetito. Tres grandes editoriales querían publicar el libro. Mi agente hizo una subasta y se resolvió el tema de la mejor manera posible. Lo tradujeron muy rápido. Organizaron una gira de promoción. Hicieron unos pósters grandes, muy bonitos, y unas botellitas de ron. La etiqueta era la imagen usada en la portada del libro. En las presentaciones regalaban una botellita al que comprara el libro. Intenté tomar aquel ron. No. Pésimo. La gira agobiante, intensa, como todas las giras, con periodistas haciendo veinte veces al día las

mismas preguntas, y uno sonriendo y relajado y contestando veinte veces lo mismo. Hicieron buena publicidad previa y el público era masivo y delirante. Escogieron lugares muy especiales para las presentaciones. Lugares muy decadentes y «sucios», sobre todo en Berlín y en Hamburgo. En esta última ciudad portuaria fue todo en un local junto a la Herbertstrasse, el pequeño callejón de las putas, donde se exhiben en escaparates de vidrio. El mismo método controlador y represivo que ha hecho famoso también al Barrio Rojo de Ámsterdam. Todas las presentaciones fueron muy divertidas, siempre cerca de whisky, bares y putas. Me daba igual. Era divertido, ganaba dinero y me encontraba con lectores muy peculiares. Gente singular, como la escritora Fee Zschocke, que en aquel lugar de Hamburgo precisamente me regaló su libro *Domenica*. Es una colección de fotos de Andrej Reiser sobre una prostituta con una personalidad especial. Fotos en blanco y negro, muy íntimas, realizadas entre 1981 y 1987, que revelan la vida de esta mujer en el pequeño callejón donde están confinadas y donde se las autoriza a ejercer su oficio. No exagero al decir que están «confinadas». Es un callejón de unos cien metros de longitud, tapiado en cada extremo con una gruesa y tosca plancha de acero oxidado, de casi tres metros de alto, y con unos pequeños pasadizos por donde apenas cabe una persona. Algo muy humillante para esas mujeres. Las obligan a vivir y trabajar allí, como en una cloaca, apartadas de la vista de la gente «decente». En 1998 viven como si ejercieran su oficio en la Edad Media. Por supuesto que en cuanto terminé la presentación y la firma de libros me fui con algunos más a un bar y de allí entré a mirar un poco el burdel de Hamburgo, lugar donde, además, no entran mujeres. Solo hombres. Un puritanismo repugnante e hipócrita. En la gira me acompañó siempre una joven eficiente que se ocupaba de todo. Un modo ideal de viajar. Algo así como una secretaria y auxiliar permanente que se ocupa de todos los detalles y hasta te da masajes en los hombros, te disuelve las contracturas y siempre tiene aspirinas y un vaso de agua a mano. La gira terminaba en Basel, Suiza. Fuimos a buscar la visa en el consulado, en Bonn. No querían darme visado. Así, directamente: no. Mi secretaria hizo gestiones rápidas y efectivas. Llamaron a alguien y finalmente me dieron veinticuatro horas. Obvio: no quieren cubanos en Suiza. En Basel la presentación del libro era por la tarde. Todo bien cronometrado para ir directamente de la sala de presentación al aeropuerto y salir a tiempo de Suiza. Al mediodía nos escapamos una hora para ver *Wrapped Trees*, una obra de Christo y Jeanne-

Claude en el museo de la Fundación Beyeler. Inolvidable. Un parque extenso rodea el museo, con un prado de césped bien cortado y árboles a lo lejos, es decir en el perímetro del prado. Christo forró más de cien árboles con unas lonetas plásticas grises, vistas de lejos parecían enormes piedras insertadas en los troncos. Como si flotaran. Entonces empezó a nevar fuerte y en minutos la nieve sobre aquellos envoltorios dio otra connotación al conjunto. La luz cambió, la nieve blanca sobre el gris y sobre la hierba verde. El paisaje se trastornó y todo adquirió un significado irreal y absurdo. La presentación de mi libro fue normal. Nada que contar. Los suizos a veces logran dominar su estrés congénito, se relajan por unos minutos y hasta se ríen. Fuimos al aeropuerto, me despedí de mi secretaria y me fui directamente a Dresde. Después de una semana de agobio y conmoción necesitaba regresar al silencio y el sosiego. En ocho o nueve días tuve ocho presentaciones y decenas y decenas de entrevistas. Y todos los periodistas preguntando siempre por la política en Cuba. Un poquito sobre mi libro y mi trabajo y al final un par de preguntas sobre política. Algunos me preguntan si me considero el Pasternak o el Solzhenitsyn cubano. Todo muy pesadito. Terminé tenso y con los hombros y la espalda contracturados. Creo que no serviría para cantante de rock. No soporto esa presión y me molesta mucho ese andamiaje. Dresde, la ciudad renacida de sus cenizas. En 1998 todavía no se había desatado la avalancha de información sobre la Segunda Guerra Mundial que tuvo lugar a partir de 2005, sesenta aniversario del fin de la guerra, cuando en varios países se desclasificaron miles de documentos, fotos, filmes, y todo tipo de archivos. Durante muchos años se desató la fiebre por la guerra y se publicaron documentales, series, películas, libros, reportajes, videojuegos. Los primeros en escribir y dejar una memoria profunda de esa guerra fueron algunos escritores alemanes. La literatura de los escombros (*Trümmerliteratur*). Heinrich Böll, en un artículo de 1952: «De modo que escribimos de la guerra, de la vuelta al hogar y de lo que habíamos visto en la guerra y encontramos al volver a casa: escombros.» La gente quería olvidar aquellos años de guerra y dolor. Muchos, casi todos, fueron cómplices y culpables y necesitaban silenciar los recuerdos de la guerra, calmar sus conciencias. Y estos escritores insistían en recordar. Querían ser la conciencia crítica de la sociedad. Consideraban que en una democracia esa era su función. Y lo lograron ampliamente. En cambio, los escritores alemanes que quedaron en la parte comunista no podían alzar la

voz porque la Stasi se ocupaba de ellos inmediatamente y los silenciaba de algún modo: los metía en la cárcel, o los compraba por chantaje dándoles un pequeño apartamento o un autito Trabant o un cargo público que incluía algunos privilegios. En todo caso les metían el miedo en la sangre y los escritores se callaban. Algunos padecieron además síndrome de Estocolmo, hasta agradecían de todo corazón a sus secuestradores. Era un ambiente mezquino, mediocre y aldeano. Eran métodos infalibles, como han revelado ahora todos los documentos que se han publicado. El resultado es que no pudieron escribir ni un libro que merezca la pena recordar. Mi libro preferido de la literatura de los escombros es *Confesiones de un payaso*, de Heinrich Böll. Yo, en el verano de 1982, había visitado la RDA. Dresde ya se había recuperado bastante de los bombardeos que destruyeron toda la ciudad. Visité el campo de concentración de Buchenwald, cerca de Weimar, el gran centro cultural clásico. Fue tan impresionante que la guía y traductora se desmayó ante los crematorios. Del pequeño grupo todos se retiraron, pero yo seguí adelante. Era muy impetuoso y quería verlo con mis propios ojos. Dresde, en 1998, completamente restaurada, es una ciudad de una belleza impresionante. Allí había nacido Rudolph, en 1945 precisamente. Nos conocimos en Cuba en 1977. Ambos éramos periodistas. Él trabajaba para la televisión de la RDA. Le ayudé en la producción de un documental y después mantuvimos la amistad. Al caer el comunismo, en noviembre de 1989, él hizo una pequeña fortuna al vender cuadros, joyas antiguas y adornos caros que había comprado poco a poco durante años. De golpe todo aquello valía mucho. Su vida cambió en poco tiempo. En vez de un Lada ahora tenía un Jaguar. En lugar de un apartamento pequeño y humilde en un barrio obrero, tenía un hermoso piso en la zona antigua de la ciudad. Las vacaciones siempre en Niza. Solo bebía vinos franceses. Su vida era extraña y un poco increíble. Su padre había nacido en Italia, era médico, y su madre una enfermera alemana. Se enamoraron en medio de la guerra. Trabajaban en el mismo hospital. Los terribles bombardeos que dejaron a Dresde convertida en una montaña de escombros se produjeron cuando ya el padre era prisionero de los nazis. Lo acusaban de falsificar y vender pasaportes para sacar judíos de Alemania. Lo ingresaron en el campo de concentración de Sachsenhausen. Logró escapar. Se sabe todo porque, ya anciano, escribió un libro titulado *Il sopravvissuto de Sachsenhausen*. Participó, o le obligaron a participar, en la Operación Bernhard: unos 140 prisioneros judíos, expertos en técnicas de impresión,

fueron llevados a ese campo, situado cerca de Berlín. Y allí, aislados en el bloque 19 y durante varios años, falsificaron millones de libras esterlinas y dólares. Quedaban tan perfectos hasta en los más mínimos detalles que fueron usados enseguida por el Tercer Reich. Hicieron circular ese dinero mediante la llamada Operación Krüger. Se calcula que falsificaron billetes por valor de 650 millones de dólares, con el objetivo de crear inflación y caos financiero en Inglaterra y Estados Unidos. La experiencia del padre de Rudolph en la falsificación de pasaportes lo salvó de las miserias del campo de concentración, ya que los expertos que trabajaban en aquellas imprentas gozaban de una alimentación ligeramente superior a la bazofia que se daba habitualmente a los prisioneros. El resumen de su vida: aquel señor tenía en Italia una familia, con cuatro hijos. Los abandonó un buen día sin explicaciones y se fue a Alemania. En Alemania tuvo un romance con la enfermera, a la que enseguida dejó embarazada, y cayó preso. Así que nunca conoció a su hijo Rudolph, que nació en Dresde en marzo de 1945, bajo los bombardeos aliados. Él escapó del campo de concentración y logró irse a América. En el Nuevo Continente fundó y abandonó sucesivamente a dos familias: una en Colombia y otra en Argentina, cada una con varios hijos. En la contraportada de su libro, una ficha sobre el autor registra que trabajó además en África, en la marina, en México y en otros lugares y lo califica de «Médico, biólogo, filósofo, humanista en el sentido más amplio, además, habla y escribe correctamente seis lenguas». En los años sesenta regresó a Alemania y se instaló en Frankfurt. Reclamó sus derechos y logró alguna ayuda estatal. Vivía solo, en un pequeño apartamento subvencionado por la seguridad social, cuando un día entabló conversación con una señora en el supermercado. La señora dijo algo en italiano. Conversaba con su marido. Él le preguntó si era italiana. Ella asintió. Él le preguntó cuál era su ciudad. Cuando ella contestó vieron que eran del mismo lugar. Él le preguntó su apellido. Cuando ella le dijo su nombre completo él le contestó: «Entonces eres mi hija.» Él nunca había intentado restablecer sus nexos familiares italianos y he aquí que se restablecieron de este modo azaroso. Ya era un hombre muy mayor. Vivió unos pocos años más y murió. Tuvo tiempo para poner en contacto a sus hijos de Italia, Colombia y Argentina. Siempre decía: «Tengo algo pendiente en Dresde», pero nunca entró en detalles y esa cuenta quedó sin esclarecer cuando él pasó a mejor vida. Nunca sabremos por qué en cuatro ocasiones y en cuatro países diferentes fundó familias, tuvo hijos, y en

algún momento daba la espalda, desaparecía y cortaba los nexos. Al parecer, quiero suponer, era incapaz de asumir la responsabilidad familiar. O tenía una vocación incontrolable por la soledad y el silencio y no soportaba a los niños jugando a su alrededor. En el libro no comenta nada de esto y se concentra más en su papel de víctima de los nazis. Ahora viene el segundo capítulo. Dos años después de la muerte de su padre, Rudolph camina por una calle de Frankfurt. Ve un anuncio de una quiropedista. Entra, conversa con la señora que ejerce ese oficio. Rudolph nota que tiene algún acento y que no es alemana de nacimiento. Indaga. Ella le contesta que es italiana. Rudolph responde: «Mi padre era italiano.» Y se produce la conversación dirigida a saber de qué ciudad era tu padre, oh, de la misma ciudad que yo. ¿Sí? ¿Y cómo te llamas? ¿Y el nombre de tu padre?, ah, pues somos hermanos. De ese modo extraño, improbable, increíble y hasta absurdo se cerró el círculo familiar de un clan disperso. Rudolph no llegó a conocer a su padre, pero viajó a Sudamérica a conocer a sus hermanos y mantuvo una estrecha relación con su hermana de Frankfurt. Es una historia tan improbable que no sería aceptable en una novela ya que no es convincente. Pero es real. Ahora, mientras escribo esto, tengo a mi lado el entretenido libro autobiográfico del padre de Rudolph, publicado en Italia en 1976 en una pequeña edición de autor. En diciembre de 1998, Rudolph me recogió en el aeropuerto de Dresde. El avión de Basel aterrizó a las diez de la noche. Para llegar a su casa teníamos que hacer una hora por una gran autopista resbaladiza y con una niebla espesa. Nevaba y en algunos sitios se había formado hielo. Había bastante tráfico, sobre todo de grandes camiones cargados que atraviesan Europa por esa vía. Apenas habíamos avanzado unos kilómetros cuando encontramos un camión volcado sobre el lado izquierdo. Había aplastado por completo a un auto. Los ocupantes del auto estarían comprimidos adentro. Un camión pesado, con un contenedor. Atravesado sobre la autopista, con las luces aún encendidas. En ese momento llegó un auto de la policía. El cadáver del chofer sobresalía por el parabrisas. Evidentemente se había proyectado hacia delante con ímpetu y de la cabeza caían colgajos de sangre y tejidos. Una extraña luz amarilla y roja iluminaba aquella escena macabra. Dos policías descendieron de la patrulla recién llegada y empezaron a hacer señas de que siguiéramos de largo sin detenernos. Al parecer esperaban a sus colegas sin tocar nada. Colocaron sobre el asfalto unas luces rojas de precaución. Continuamos en silencio un poco más, entonces establecimos

distancia con aquella inesperada escena de muerte y seguimos hablando de nuestras vidas. Hacía años que no nos veíamos. Desde el verano de 1982, en pleno comunismo, cuando estuve de turismo en la RDA y pasé tres días con él y su familia en Dresde, como ya escribí antes. Yo era un trabajador destacado, de vanguardia, y me premiaron con esas vacaciones veraniegas a un precio completamente simbólico. El tour incluía estancias en Berlín, Leipzig, Dresde y Erfurt, una vieja y deliciosa ciudad antigua. Un domingo por la tarde, en Erfurt, no tenía nada que hacer y no quería quedarme en el hotel mirando las paredes. Caminé un poco por los alrededores y entré en la antigua y bella estación de ferrocarriles. Una de esas hermosas estaciones europeas que siempre vemos en las películas. En un enorme patio interior permanecían estacionados dos convoyes. Cada tren llevaba unas veinte plataformas y en cada una un tanque soviético con su dotación de soldados soviéticos. Así, muy tranquilos. Descuidadamente. Sin precauciones ni disimulos. Aquello me chocó y me pareció un alarde de prepotencia. Pero era solo el aperitivo. El plato fuerte lo sirvieron al día siguiente. Después del desayuno salimos de Erfurt por una carretera que se acercaba a la frontera con Alemania Oeste y ascendíamos para regresar a Berlín. De pronto, cerca de la frontera, correctamente estacionados, había cientos de grandes helicópteros de desembarco de tropas. Perfectamente alineados con la proa hacia el oeste. Estaban situados a unos cien metros de la autopista y en ese tramo despejado, sin árboles, había cientos de silos subterráneos de cohetes. Apenas disimulados con un poco de hierba. Se veía a las claras que los soviéticos querían exhibir músculo y meter miedo para «disuadir» al enemigo. No recuerdo si a través de la ventanilla del autobús tomé algunas fotos. Es probable. Estoy seguro de que en el lado oeste los enemigos tenían desplegada una fuerza igual o superior. Hablaban continuamente de paz pero estaban armados hasta los dientes, como se dice. Un error humano o un error técnico y aquellos cohetes saldrían disparados y en pocos minutos se desataría una nueva guerra, ahora con armas que multiplicaban muchísimas veces la capacidad de fuego y destrucción alcanzada por los contendientes en la Segunda Guerra Mundial, hacía poco más de treinta años. Recuerdo perfectamente que guardamos silencio total, atemorizados ante aquel espectáculo horrible e inesperado. El grupo de cubanos que viajábamos en el autobús éramos todos buenos comunistas tropicales y no comprendíamos. La información es esencial. Si no tienes información amplia, y solo eres un

repetidor de consignas y de golpe te enfrentas a una situación así, te quedas estupefacto. En shock. Así nos quedamos. En shock. ¿En qué mundo vivíamos? Y nosotros tan inocentes. Por eso fue tan importante que finalmente el comunismo se hiciera trizas, entre noviembre de 1989, con la caída del Muro de Berlín, y el 25 de diciembre de 1991, cuando Gorbachov anunció la desaparición de la URSS. Ya era hora de entrar en una nueva etapa. Confusa, inexplicable, caótica, injusta, desequilibrada. Todo eso y más. Un capitalismo salvaje que se extiende implacable. Pero al menos no están los soldados agazapados, como babeantes perros de presa en la frontera, listos para atacar. En 1998 Rudolph disfrutaba de una vida confortable y empleaba su tiempo libre en pintar unos cuadros atormentados. Usaba tintas, esponjas y agua sobre gruesas cartulinas. Figuras borrosas, en colores deslavados. Podían ser fantasmas, sombras, aparecidos, furias, casi abstractos, lejanamente figurativos. Muy originales y misteriosos. Rudolph es impetuoso y vehemente pero sumamente culto y maduro. No comprendí de dónde sacaba tanta furia para pintar aquellas figuras delirantes, siempre desequilibradas entre la ira y el miedo. Al día siguiente al mediodía tuve la clave. Yo estaba tranquilo y en silencio, mirando a través de las ventanas hacia un pequeño parque que hay junto a la casa. La nieve lo cubría todo. Y seguía nevando de un modo leve pero incesante. Abrí un poco una ventana. Solo para percibir el olor y el sonido. Nada. No había olor. Y no había ruido. Es una sensación maravillosa de soledad y distancia infinitas. Prolongué aquello unos minutos. Solo unos minutos, no quería enfriar la casa, cuando llegó Rudolph furioso: «¡No pagan! ¡No quieren pagar! Son miserables.» Tenía una pequeña cadena de cafeterías: Fast Food's King. Atendida por emigrantes vietnamitas. El acuerdo consistía en que tenían que pagar una cifra exacta cada día, independientemente de las ventas. Pero no pagaban. Argumentaban que tenían ventas escasas y no les alcanzaba. La deuda aumentaba. En los días siguientes fui testigo de algunas discusiones. Los vietnamitas nunca perdían la calma ni alzaban la voz, sonreían relajadamente. Rudolph, en cambio, se alteraba, vociferaba, y se quedaba al borde del infarto. Ahora Rudolph entró a la casa como una tromba, impotente y furioso, y fue directo al baño, que usaba como estudio porque era muy amplio. Colocó varias cartulinas en el piso, las mojó con agua abundante y empezó a pintar con las esponjas y la tinta. En menos de media hora hizo tres cuadros de monstruos furiosos, delirantes, que corrían y se retorcían como aquel

personaje vociferante de Munch. Pero estos eran más cercanos a nosotros. Así comprendí el secreto: Rudolph perdía dinero y ganaba en furia creativa. Me gustaba quedarme solo en la casa. Salía a caminar por los alrededores. En casi diez años de capitalismo poco había cambiado en la fisonomía de aquel barrio. Algunas casas, unas pocas, estaban recién reparadas y pintadas. Pero la mayoría seguían igual de arruinadas. Cerca había una porno shop con unas cuantas putas siempre esperando en el frío. Tenían una resistencia especial. Aunque nevara incesantemente allí estaban, con su leve sonrisa buscaclientes. También había un bar de mala muerte llamado Bukowsky, y una tienda de artículos militares usados. Me gustaba curiosear en aquella tienda, aunque es cierto que los clientes más frecuentes eran neonazis skinheads. Pero en general era un barrio arbolado, limpio y tranquilo. Muy cerca de la casa, en el parque de un pequeño museo, había un lapidarium. Era una gran colección de fragmentos de edificios destrozados por los bombardeos aliados en los últimos meses de la guerra, que no dejaron piedra sobre piedra, como es bien sabido. Algún general norteamericano, entrevistado después de la terminación del conflicto, dijo que no bombardeaban las ciudades, bombardeaban la moral. Ese era el objetivo. Mucho se ha discutido sobre la necesidad o no de aquella destrucción masiva de ciudades alemanas con el objetivo esencial de socavar la moral de los alemanes y acelerar la rendición. Y de la necesidad o no de las dos bombas atómicas sobre Japón. En ambos casos aseguraban que era el único modo de obligarlos a darse por vencidos y llegar al fin de la guerra. En mi opinión fue un error mayúsculo en todos los sentidos, un crimen de lesa humanidad y la necesidad imperial de Estados Unidos de dejar claro quién iba a dirigir el mundo en la posguerra, *manu militari*. En el lapidarium no había letreros ni explicaciones. Era una colección de fragmentos significativos de los edificios derruidos. Capiteles, trozos de columnas, frisos con temas griegos, pedazos de fuentes, bajorrelieves en mármol. Dispuestos en desorden, directamente sobre la tierra. Me gustaba. No había etiquetas ni clasificaciones. Eran solo pequeños fragmentos de amor y pasión por una de las ciudades más hermosas del mundo, destruida por la barbarie y la irracionalidad cruel del hombre en sus peores momentos. Ahora se veían entre la nieve y formaban una de las imágenes más bellas y poéticas que guardo en mi memoria. Los trozos de piedra oscura, labrados casi todos con figuras clásicas. Después regresaba a casa y pintaba aquello. A mi modo. Eran cuadros blancos con grandes

manchas oscuras. Parecía abstracto pero no era así exactamente. Una mañana Rudolph me invitó a salir con él: «Vamos a un *bric-à-brac* gigante que hay cerca. Tengo que ver a alguien, y te va a gustar.» Es una nave inmensa que en sus tiempos, en la RDA, fue un matadero de pollos. Ahora es de unos polacos. Marcados por la vida. Son cuatro. Con tatuajes rudimentarios, de cárcel. Se ve que han pasado años entre rejas. El almacén es enorme. Todo en grandes cantidades: troncos de madera, de los que se usaban en carnicerías, cada uno con su hacha. Hay cincuenta por lo menos. Televisores de marcas de la RDA. Por lo menos doscientos. Radios de los años cuarenta y cincuenta. Quizás hay quinientas. Viejos bastones de esquiar, cientos de latas de galletas y bizcochos, bellos frascos de mermeladas, teléfonos, ventiladores, revistas, álbumes de fotos familiares, viejas chaquetas de cuero masculinas y femeninas, paraguas, libros viejos, zapatos, gafas, relojes, lámparas, coches de bebés, linternas, faroles, máquinas de escribir y de calcular. Todo. Absolutamente todo lo que uno se pueda imaginar. Todo lo que se usaba y era útil de 1900 a 1970. Hasta ahí. Es fabuloso. Como entrar en otro mundo. Rudolph hizo un largo aparte con un polaco. Discutieron. Después se unió otro polaco. Finalmente un tercero. Solo el más joven se mantuvo apartado, afuera, fumando, con las manos en los bolsillos y recostado a un pequeño y maltratado camión. Yo seguí curioseando. Todo está cubierto de polvo y colocado como quiera en los grandes anaqueles. Estuve mirando con cuidado un pequeño álbum de fotos de familia. Son unas cuarenta páginas de 10 por 12 centímetros. Hay unas sesenta fotos en sepia y en blanco y negro. En cada página escribieron con tinta los nombres y fechas de las fotos. Comienza en 1947, hasta 1962. Se detiene y salta hasta 1973. Las últimas cinco fotos son de ese año. Gente posando delante de la cámara, casi siempre fingen una sonrisa. Debajo de un árbol, en el patio, sentados alrededor de una mesa, con unas jarras de cerveza. Lo usual. Supongo que ya murieron todos, como es lógico. Sigo mirando. Decenas de maletas, bolsos de mujer, pelotas, sombreros de hombre y de mujer, fuentes, soperas, platos, cubiertos, gorras, viejas herramientas de carpintería, juguetes, muñecas, estilográficas. Rudolph y los polacos se han ido a una pequeña caseta encristalada, cubierta de polvo, como está todo. Hay un frío dañino aquí dentro. Y el polvo suspendido en el aire. Me parece que los polacos y Rudolph revisan papeles. Cuentas, seguramente. Salgo al patio a respirar aire fresco. Al frente hay una línea de trenes de cercanías y unos abedules. La

nieve lo cubre todo y el día está nublado y gris. Estoy agotado de tanto *vintage* polvoriento. Entonces pasa un tren rojo, como un bólido, apenas a dos metros de mí. No lo escuché venir y siento cómo un embudo de aire me succiona y estremece los abedules, que suenan como si silbaran. Fue solo una hermosa mancha roja y plateada, un balazo que vuela con un silbido y desaparece. Rudolph sale de mal humor. Andamos en una furgoneta blanca. Usa poco el Jaguar. Creo que no se siente cómodo en él. «¿Qué ha pasado, Rudolph, problemas?» «Estos se creen listos.» «No creo que vendan esos tarecos.» «Sí, los exportan a todo el mundo. Se usan en decoración, y... en fin.» Guardamos silencio. No quiero saber lo que no me conviene saber. Me quedo con la parte poética de aquel lugar extraño. Por las noches salíamos a un bistro de cubanos. El bistro Havana. Muy alegre, por supuesto. Los clientes asiduos eran una gran cantidad de cubanos que intentaban sobrevivir. Habían viajado a la RDA en los años ochenta, a trabajar en fábricas, con contratos de cinco años. Miles de hombres y mujeres jóvenes. Con la impetuosidad propia de la juventud en poco tiempo aprendieron el idioma, se enamoraron, se casaron, tuvieron hijos; por cierto, la mezcla de negros y mulatos caribeños y alemanes produce niños y niñas muy bonitos y diferentes. Un producto genético muy original. Los cubanos obtenían sus papeles y se quedaban a vivir allí. Pero las diferencias culturales eran abismales y jugaban su papel disociador. Al cabo de unos años muy pocos mantenían la estabilidad y la paz familiar. Es una marca infernal de Cuba, donde los matrimonios duran como promedio siete años. Así que no todo era felicidad y calor familiar. Uno de ellos, un negro fuerte y con cara de pocos amigos, había asesinado a su esposa alemana a puñaladas en un tren. La cubrió con un periódico y se bajó. La policía lo atrapó en pocas horas. Era un tipo silencioso. Nadie sabía a cuánto ascendía su condena. Cumplió ocho años y salió en condicional. Tenía movimientos limitados. Si salía de Alemania no lo dejaban entrar de nuevo. Tenía cuarenta y tantos años, y todos sabían que cobraba por su sexo. Al parecer con eso cubría sus necesidades, incluidos elegantes trajes y gruesas cadenas de oro que exhibía ostentadamente. En general nadie hablaba de sus vidas. Eran gente muy reservada. Yo por el día pintaba, leía, daba largas caminatas. Por las noches cenábamos en el bistro Havana. El dueño hacía una sopa de pescado extraordinaria. Los fines de semana se calentaba más el ambiente. Los sábados por la noche eran especiales. Había música, con un pequeño grupo

de cubanos que tocaban hasta las cuatro de la madrugada. Una de esas noches, Frank, el dueño del bistrot, se me acercó. Bebíamos ron. Brindamos. Me preguntó: «¿Te quedas aquí o regresas a Cuba?» No lo dudé ni un segundo, respondí instintivamente: «Regreso. ¿Por qué?» «Vamos afuera un momento.» Afuera había un metro de nieve sobre la acera y unos veinte grados bajo cero. Nos pusimos chaqueta, bufandas y gorros. Salimos. «Quiero que veas con tus propios ojos lo que tengo entre manos.» Me señaló una casa grande y hermosa que había al frente, cerrada y apagada. Una casa amplia y confortable, de dos plantas, y con mucho espacio y jardines alrededor, seguramente construida en los años veinte o treinta. «Rudolph te aprecia mucho. Dice que eres un tipo inteligente y correcto.

Que se puede confiar en ti.» «Bueno...» «Yo tengo inversores. Queremos comprar esa casa. Arreglarla para que sea un lugar elegante, distinguido y caro. Y poner putas a trabajar en las dos plantas. Las podemos traer de América, de Asia y de África. Aquí gustan mucho las tailandesas, las negras africanas, las latinas. Y también las rusas, las polacas, las rumanas, que son muy calientes. En la parte de atrás vamos a hacer películas porno. Quiero empezar cuanto antes. Primero voy a hacer una prueba con diez o quince putas nada más. Y después nos lanzamos en grande. Es un negocio que crece rápido y que se puede legalizar sin problemas. Podemos llegar a trabajar veinticuatro horas del día, siete días a la semana, con unas cien putas. Cincuenta trabajando y cincuenta durmiendo. Yo tengo algo aquí cerca, pero chiquito, con seis putas nada más. Tengo todos los contactos y voy a crecer. ¿Qué me dices?» «Ehhh..., bueno, Frank, bien, me alegro por ti.» «Y por ti. Alégrate por ti. Mira, me explico: en esa casa quiero hacer las cosas con elegancia, putas escogidas y bien vestidas. Todas con certificado de salud actualizado cada semana. Nada de vulgaridad. No quiero chusma. Las mujeres no pueden tener mal aliento ni catarro. No se pueden tirar ni un pedo delante de los clientes. Nada. Todo tiene que ser perfecto. Elegancia y distinción para cobrar por arriba pero dando calidad. ¿Me entiendes? Primer nivel. Alto standing.» «Muy bien.» «Y aquí es donde entras tú. Yo necesito a alguien elegante. Un caballero. Con traje y corbata todo el tiempo. Que hable alemán y dos o tres idiomas. Un tipo duro, implacable, pero educado y frío. ¿Me entiendes? No puede ser un imbécil bruto. Tú eres perfecto para este trabajo. Si te quedas, para ir al grano y no dar vueltas, comienzas cobrando cinco mil marcos el primer mes. Y esa cifra aumentará enseguida con las

comisiones. ¿Qué me dices?» Pensé que era una broma y lo miré fijamente. No era broma. ¿Yo tipo duro pero elegante? Me quedé desconcertado. Soplé fuertemente y el vapor se condensó delante de mí. Él me puso la mano sobre el hombro y me dijo: «En este negocio nos podemos hacer ricos, millonarios, en dos o tres años, pero hay que ser duro. No es un juego ni es para gente blanda. Piénsalo. Si tomas la decisión no hay marcha atrás. Habla con Rudolph. Piensa bien y mañana me respondes.» Esa noche fue divertida en el bistrot. No comenté nada a Rudolph. En cambio tuve un extraño *affaire* con una cubana muy atractiva y loca, de unos cuarenta años muy bien llevados. En Cuba se había casado con un ingeniero alemán de aeronáutica, que trabajaba en la ampliación y remodelación de un aeropuerto cerca de su ciudad, al oriente del país. Ella era empleada en la cafetería de la terminal. Tuvieron un romance apasionado y muy sexual. La vorágine de amor y sexo los envolvió, al punto que se casaron y tuvieron un hijo. Cuando el alemán terminó en Cuba, al cabo de cuatro años, se fueron los tres a Dresde. El hombre necesitó unos meses para readaptarse a su país. Ella vivía mucho mejor que en Cuba, y le gustó, aunque no tenía amistades ni familia. El niño enseguida aceptó el cambio, aprendió el idioma en pocos meses y se sentía alemán. Ya un poco borracha, siguió con su historia: «Dieter, según se adaptaba de nuevo a vivir aquí, dejó de tener sexo. Yo le provocaba, me paseaba desnuda delante de él, pero él trabajaba mucho y siempre estaba cansado. Ni me miraba. Se acostaba a las nueve y media de la noche y se levantaba a las seis de la mañana, como un reloj. Y tú me ves aquí, buscando a quien templarme. Pensarás que soy una puta y una vulgar. Pero no es así. En mi casa soy muy elegante. Todo con cortinas, copas de vino, candelabros con velas. No te creas que soy una churriosa. Me gusta tenerlo todo fino y con estilo.» Se le aguaron los ojos y se los secó con un pañuelo de papel. Respiró profundo y siguió. «Lo mío fue un proceso. Primero lloré mucho, deprimida, y pensé regresar a Cuba. Pero regresar a la pobreza no es fácil. Empecé a masturbarme, viendo películas porno. Y ahora lo que hago es escaparme de casa cada noche. A eso de las once me visto y salgo. Soy una fiera. Me gusta todo. Y Dieter durmiendo como un oso. Ya no lo soporto.» Después de aquello nos fuimos al fondo del bistrot, a un pequeño cuarto que usaban como almacén y allí, de pie, tuvimos sexo. Rápido y chapucero, no me gustó. Ella tenía una tira de doce preservativos en su bolso. Ninfómana total. Depredadora nocturna. Cuando terminamos haló una raya, se compuso

y salió de nuevo a bailar. Y ya jamás hablé con ella. Me dio la impresión de que estaba un poco loca. Años después supe que al fin se había divorciado, su hijo estaba preso por algún hecho delictivo menor, creo que drogas. Ella vivía sola, muy alcoholizada, y llevaba una extraña vida cuesta abajo. Estaba dispuesta a soportar todo. Todo menos regresar a la pobreza de su pequeña ciudad en Cuba. Otros tenían planes de irse a Miami o a España. Sobre todo aquellos que nunca podrían hablar fluidamente el alemán y querían regresar a una zona de idioma castellano. Uno soñaba con un trabajo muy bien remunerado en una plataforma de petróleo en el Ártico. Otros muchos también aspiraban a seguir moviéndose y cambiar al menos de ciudad sin salir de Alemania, siempre en busca de trabajos mejor remunerados. Al parecer era el único objetivo en aquellas vidas extremas y desahuciables: tener más dinero para enviar remesas y garantizar la vida de los suyos en Cuba y ellos disponer de alguna solvencia económica en la vejez. El húngaro Stephen Vizinczey en su libro *En brazos de la mujer madura*, en un momento en que está en Canadá y quiere irse a vivir a USA, se atreve a dar una explicación: «Será que algunas personas, una vez que han abandonado el escenario de su infancia, no pueden quedarse definitivamente en un sitio; o sea que, por mucho tiempo que pase en este continente, nunca podré sentirme como en mi casa y por eso he de ir de un lado a otro.» En algún momento esa misma noche, se me acercaron dos mulatas jóvenes y bonitas. Sin venir a cuento, muy sonrientes, me dieron los números de sus móviles. Casi me obligaron a ponerlas en la agenda de mi teléfono. Una de ellas me dijo al oído: «Nos llamas cuando tú quieras, papi, pero por las mañanas es mejor. Cincuenta marcos namá, papi, y si quieres un trío vamo las dos por cien, y hacemos de to, pero de to, lo que tú quieras. Te va a salir barato. Oferta de Navidad, jajajajajá.» Otros dos cubanos eran camioneros. Creo que eran los más cuerdos y estables. Solo les faltaban unos pocos años para jubilarse. Eran amigos de infancia, del mismo pueblo. Muy ecuanímenes. Querían jubilarse y regresar al pueblo tranquilamente. Me contaron esa historia bebiendo un par de cervezas y se fueron. Tenían que salir de madrugada para la carretera. Fue la única historia racional y lógica. Todo lo demás era muy morboso y olía a fracaso, a soledad y frustración mal disimulada. Como si tuvieran un karma pesado que se resistía a ser modificado. Tengo que confesar que enseguida pensé en una novela, por supuesto. Todo el tiempo actué con el sigilo de una pantera que, de noche y con mucho cuidado, se acerca a su presa. Me

interesaba escucharlos atentamente, enterarme de todo a fondo, no olvidar ni un detalle, y escribir en mi diario. Aquel era un microcosmos perfecto. La humanidad no es un conjunto armónico. Todo lo contrario. Es un conjunto perfectamente antagónico. Ideologías diferentes, ideas religiosas y sociales, aspiraciones y deseos, desigualdades y desequilibrios de todo tipo. Infierno y cielo. La humanidad siempre me parece un circo indetenible y cambiante, fascinante, y sobre todo difícil de comprender. La mística budista se acerca a los códigos definitivos para descifrar algo con cordura y raciocinio. La novela es tal vez el medio ideal para aplicar un poco de orden y comprensión a lo que a primera vista parece caos y desorden. Al día siguiente Rudolph y yo tomamos un *brunch* a las doce del día en Kaspar's, un café cercano a la casa. Le conté a Rudolph sobre la propuesta que me hizo Frank y le dije que no tenía intenciones de responder. El silencio también es una respuesta. Rudolph siguió tomando su café a sorbos y se quedó meditativo. Al fin me dijo: «Es una propuesta absurda. Sería buena si hablaras alemán y tuvieras tus papeles de aquí. Pero no es así. Creo que no te conviene.» «Estamos de acuerdo. Ya llevo aquí tres semanas. Suficiente. Me voy para Roma, con Patrizia. Esta tarde quiero ver el Vermeer.» Por la tarde fuimos a la Gemäldegalerie Alte Meister. Galería de los Viejos Maestros, de Dresde. Allí hay mucho que ver, pero no quería agotarme viendo otros cuadros. Fuimos directamente al Vermeer. *Muchacha leyendo una carta*, que pintó hacia 1657. El mundo de Vermeer me fascina. Siempre las ventanas. La luz suave que entra a disipar las tinieblas de la habitación. Y las mujeres. Mujeres que tocan la espineta o la guitarra, que escriben cartas, que tejen encajes o trajinan con jarras de leche. Ese cuadro me ha acompañado siempre desde que lo vi por primera vez allí mismo, en el verano de 1982. En aquella ocasión le escribí un poema de amor a esa muchacha. Ahora me habría gustado disponer de una silla cómoda y sentarme un buen rato frente al cuadro. No había un asiento disponible. Estuve mucho tiempo mirando cada detalle, impregnado de aquel momento y aquella luz tan íntima. He vivido siempre en una isla con tanto sol y una luz tan brutal y exagerada que me seducen las tinieblas y las sombras, la luz dosificada y tenue. Y el enigma de aquella carta de amor que ella lee dulcemente. Rudolph se me acercó y rompió el embeleso: «Me gustaría ir a la casa de un amigo. Te va a interesar. Es un luthier. Nos invitó a un café.» «¿Ahora mismo?» «¿Quieres ver algo más?» «No, ya. Suficiente.» Aquel señor vivía en las afueras de la ciudad, en un palacete de lujo, de tres plantas,

rodeado de jardines, ahora cubiertos de nieve. Al frente, en un acceso de gravilla, había un Jaguar, parecido al de Rudolph. Nos abrió una sirvienta joven, increíble. Como una conejita de *Playboy*. No tenía las tetas al aire, pero casi. Era un objeto sexual bien calculado, una máquina de provocación. La falda muy corta, los pezones se veían perfectamente a través de la blusa blanca y sin ajustadores, abierta generosamente, la sonrisa leve y cándida, un poco inocente. Ella sabía que su mecanismo de insinuación funcionaba bien, aunque a mí personalmente nunca me han excitado esas mujeres profesionales, superdepiladas, de proporciones perfectas. No me interesa la perfección. Me gusta la imperfección. Me excitan las mujeres imperfectas. Y aborrezco los injertos de silicona. Creo que es una filosofía de vida. No solo las mujeres. Todo lo imperfecto me atrae. Por supuesto, no tengo explicaciones. Es así. La conejita nos hizo pasar a un saloncito pequeño, muy rococó, con dos grandes espejos y cortinas doradas y pesadas junto a las ventanas, que daban al jardín. Y nos dijo en alemán: «El señor viene enseguida. ¿Qué desean tomar?» Y acto seguido lo repitió en inglés. Todo indicaba que habíamos entrado a un burdel de lujo. Pedí un Chivas con hielo. Rudolph nada. Ella se fue y en un minuto regresó con el whisky. Detrás venía el dueño de todo aquello. Parecía una rata. Un tipo insignificante, de sesenta años tal vez, de baja estatura, calvo, feo y huraño, con un bigotillo fino como se usaban cuarenta años atrás. Con un traje negro cruzado, con botones dorados, una camisa rosada y una corbata de rayas blancas y doradas. Un gusto peor imposible. Había algo en su mirada que indicaba a las claras que no era de confiar. Me extendió la mano, blanda y húmeda. Y dijo en un tono casi inaudible y desganado: Humbert. Al menos fue lo que entendí. Hablaba inglés perfectamente. Me preguntó si yo prefería el francés. Le dije: «*English is okey. Thank you.*» Subimos a su estudio. Quería mostrarnos lo que hacía. Su estudio, muy luminoso gracias a un gran ventanal, tenía apenas un amplio banco de trabajo, dos banquetas altas y un gran panel en la pared, cargado con todas las herramientas necesarias. Sobre el banco de trabajo había tres violines, en diferentes fases de fabricación. Nos dio explicaciones técnicas sobre procesos de las maderas y las colas y barnices, el control estricto de la temperatura y la humedad mediante un aparato situado en un rincón, y hasta los lugares exactos del mundo de donde procedían las maderas. Yo, para decir algo, comenté que en Cuba, en los años ochenta, alguien descubrió que tenía un violín con la etiqueta de Stradivarius. Publiqué un reportaje sobre el

asunto en un periódico dominical de mucha tirada. Y a partir de ahí aparecieron otros siete Stradivarius. Nunca se comprobó cuáles eran originales y cuáles falsificados y todo quedó así. Humbert, molesto por mi interrupción, me ignoró y, muy serio, con aire de superioridad total, continuó su disertación aburrida y meticulosa. Ahora explicaba algo sobre la necesidad de cortar las maderas solo cuando hay luna llena para lograr que la savia sature todo el tronco, etcétera. Desconecté. No me interesaba. Me puse a mirar el paisaje a través del ventanal. Era bellissimo: había un prado extenso cubierto de nieve. Unos pocos caballos caminaban cerca de unos establos pintados de rojo y verde oscuro. Un lugar idílico. Humbert sacó de una gaveta una de las etiquetas de su marca: Royal Dhazibut. Y explicó cómo cada instrumento se lleva ante notario y se inscribe con todos los detalles en un registro internacional. Le pregunté cuánto se demoraba con cada instrumento. «De cuatro a cinco años. Trabajo poco. Es solo un hobby.» Rudolph, alegremente, dijo: «Un hobby pero cada violín lo vende por un mínimo de cien mil marcos.» Y él, orgulloso: «Sí. Hay muy pocos Royal Dhazibut en el mercado. Y son absolutamente perfectos. Fabricados por Dios. Yo soy la cuarta generación de luthiers en mi familia y conmigo se acaba la dinastía y la marca. No hay sucesores. Ya está todo dispuesto. Cuando yo fallezca el precio de estas joyas míticas ascenderá de inmediato un doscientos por ciento, o más en algunos casos. En el archivo familiar lo tenemos todo bajo control y actualizado. Damos garantías.» La conejita entró a la habitación, con un papelito en una bandeja de plata. Él lo cogió, leyó. Se mantuvo imperturbable pero hizo un gesto para invitarnos a ir hacia la escalera. Rudolph, oportuno y cortés, dijo: «Tenemos que marcharnos. Muchas gracias.» Hablaron algo breve en alemán. No entendí, pero ambos asintieron. Nos acompañó hasta la puerta y nos fuimos sin más ceremonia. La cabina del Jaguar de Rudolph parecía la cabina de un pequeño avión. No sé para qué se necesitan tantos interruptores y relojes. Nos acomodamos y Rudolph me dijo: «Humbert es judío. Una historia extrema. Era un niño pequeño, pero logró sobrevivir al holocausto y además hacer una fortuna. Nadie sabe cómo. Es multimillonario. Ahora se disculpó porque tiene poco tiempo, pero me dijo que en otra ocasión podremos ver su colección de autos antiguos. Tiene unos cincuenta autos clásicos.» Fuimos a los jardines del castillo Pillnitz, más bien invernaderos, a caminar un poco. El luthier era un enigma. Caminando por los senderos cubiertos de nieve, pregunté a Rudolph

y me dijo: «Es un hombre solitario y vive muy apartado. No sé nada de su vida. Somos inversionistas en algunos negocios y es la primera vez que me invita a su casa.» «Un tipo muy extraño.» «Sí. Mantiene su vida bajo un secreto total. Creo que es un tipo peligroso.» «¿Mafia?» «No sé. Y no quiero saber. Olvídalo. ¿Te gustó la conejita?» «No. ¿Y a ti?» «Sí, me encantó. ¿Por qué no te gusta?» «No me gustan las mujeres jóvenes, Rudolph. Ni jóvenes ni perfectas. Me gustan mayores de cuarenta, con las tetas caídas...» «¡Ah, tú estás loco! ¿O es una broma? Una mujer joven es un reto. Hay que enfrentar retos. Todos los días.» «Es que no tengo elección. Me gustan las viejas. Bueno, maduras, quiero decir.» «No te creo, Pedro Juan, no te creo.» «Da igual, no me creas.» Seguimos caminando en silencio y al cabo de unos minutos me dijo: «Hay límites. Y es mejor respetar. Me refiero a Humbert.» Pensé: Ese tipo inaccesible es una novela. Está allí, esperando. Es como un iceberg. Toda la masa está oculta bajo el agua. Solo que es impenetrable. Quería salir al día siguiente, lunes, hacia Roma, en tren. Me invitaban los editores. Un par de días para presentar la edición italiana y después me iría con Patrizia, una amiga, a pasar unos días en las montañas, al norte, cerca de Cortina d'Ampezzo. Se me quedaba algo importante en Sajonia: Ir, en Leipzig, a la Saint Thomas Kirche, donde está enterrado Bach. Pequeña ceremonia que quedaría para otra ocasión. Esa noche Rudolph me invitó a una cena de amigos, en un restaurante campestre. Llegamos al lugar y en un salón grande, con chimenea, había unas veinte personas. Eran amigos de toda la vida. No recuerdo qué celebraban. Saludé a algunos y enseguida fui hacia el whisky. Atracción fatal. Hacía muchos años que me tragaba una botella diaria de ron. O de whisky. Y me desesperaba si por la tarde-noche no tenía a mano el alcohol. El vino y la cerveza me parecían una pérdida de tiempo. La cena era un bufet muy relajado. Pusieron música cubana. Nadie bailaba, por supuesto. Pero me encantó Erika. Estaba allí con su marido, sonreía. Erika era delgada y me gustaba su sonrisa. Era una esposa normal. Su marido, con sobrepeso, rechoncho, bebía jarras de cerveza y tenía cara de tonto con una sola neurona en el cerebro. Hacía calor, la calefacción estaba muy alta, y ella se quitó el suéter de lana. Alzó los brazos y tenía mucho vello negro en las axilas. ¡No se rasuraba, por Dios! Perdí el control. La libido se me disparó. El nivel de testosterona subió automáticamente. Como he dicho antes, arrastro algún trauma sexual desde la infancia, los fantasmas de Mercedes y Adelaida me persiguen. Me apasionan las amas de casa y hacer el amor en la cocina y

en el baño. No sé por qué. En el fondo no quiero saber nada sobre mi personalidad. Me basta con seguir mis intuiciones. Mi instinto básico de mamífero depredador. Me arrastran las mujeres malditas y callejeras. Y el otro extremo también me enloquece: las muy caseras con vidas aburridas, locas por ser infieles y tener alguna aventura en su vida gris. Aquella mujer tan normal, que sonreía, nada bonita ni sobresaliente, al contrario: un poco ajada a sus cincuenta años, quizás con dos o tres hijos, con los pechos grandes y caídos, tenía vello en las axilas. Me puse nervioso y temblaba de emoción y ansiedad incontrolable. De lejos le sonreí y le pregunté, con una seña de manos, si quería bailar. Aceptó, complacida, con una sonrisa amplia. Tenía cierto aire de ingenuidad juvenil, aunque ya andaría por los cincuenta. Nos acercamos al centro del salón. Empezamos a bailar. Otros nos imitaron. Me puse pesado y desagradable. El whisky me jode la vida y me hace meter la pata siempre. Intenté besarla. Ella me esquivó y siguió sonriendo. Le acaricié las axilas. Empezó a sudar, de puro nervio. Ella seguía sonriendo. Creo que se turbó tanto que no sabía qué hacer. Aquello duró unos minutos. Se acabó la música y nos separamos. Regresó donde estaba su marido, rojo como un tomate y con cara de indignación total. Rudolph se me acercó y me dijo muy bajo: «Está casada y el marido está a punto de explotar. Creo que podemos tener un problema.» Mi cerebro estaba inundado de testosterona en erección. Me controlé a duras penas. Aburrido por allí, en una silla, mirando a Erika de reojo. Ella también me miraba de reojo. Y seguramente se sentía tan ansiosa como yo. Rudolph me presentó a otros amigos, pero me quedé como un niño caprichoso al que le quitan su juguete preferido. Mi tren a Roma salía a las 18.17 del día siguiente, lunes. Fue un viaje aburrido porque ya era de noche y no se veía nada por la ventanilla. Tuve que cambiar de tren en una estación de pueblo. Disponía solo de cinco minutos para el cambio. Mi tren llegaba a las 22.05 al andén 3 y el tren a Roma se detendría un minuto a las 22.10 en el andén 6. Me pareció un exceso toda esa precisión y supuse de antemano que no me daría tiempo. Error. Funcionó perfectamente. Y me di el lujo de no correr. El único inconveniente fue un borrachito que se sentó a mi lado, pasillo por medio, con una botella de vodka en un cartucho y me insistió para que yo bebiera. Primero, con un gesto de la mano, muy serio, le dije: «Stop.» Insistía. Un borracho antipático. Me sacó del paso. Me puse de pie, muy furioso y descontrolado, y casi lo cojo por el cuello, al tiempo que le decía: «*Nein! Nein!*» Acerqué bien mi cara a la de él y lo miré a los ojos, como un

diablo. Se quedó tranquilo. Los demás pasajeros, asustados, miraban de reojo. Un rato después el tipo se durmió. Dormité un poco mientras pensaba en aquellos trenes de carga que pasaban frente a mi casa cuando era niño. Eran viejas locomotoras negras, de carbón de hulla, que echaban mucho humo y arrastraban tolvas de azúcar moreno hacia el puerto. En el aire quedaba un olor dulzón, que yo suponía era del humo del carbón, pero no, era del azúcar. En tiempo de zafra, de noviembre a mayo, pasaban día y noche, con aquel ruido rítmico característico. Nosotros vivíamos en un pequeño piso, diminuto pero con un buen balcón, en un segundo piso. Al frente había una calle estrecha, la línea del ferrocarril y ahí mismo la orilla de la bahía de Matanzas. Es decir, vivíamos frente a la bahía pero también justo al lado de la desembocadura del río Yumurí. Y a pocos metros del barrio de La Marina, el barrio de las putas. Un lugar especial. Había de todo menos aburrimiento. A unos trescientos metros de mi casa estaba el taller de aquellas locomotoras. Eran los modelos ingleses y norteamericanos. Algunas eran las inglesas Beyer-Peacock de fines del siglo XIX. Podrían funcionar perfectamente doscientos años y más. Éramos una pandilla de muchachos del barrio y casi todos los días nos metíamos en el taller de locomotoras. Era un patio enorme y enyerbado, con muchas vías. Siempre había diez o doce locomotoras esperando reparaciones. Por el fondo no tenía cercas y era fácil meternos allí para subir a las máquinas y jugar a que éramos maquinistas. Los empleados eran solo cuatro o cinco mecánicos a quienes les daba igual. Además no podíamos causar daños a aquellos monstruos negros de hierro y acero. Así que nos dejaban jugar tranquilos. Después, lentamente, fueron sustituidas por máquinas diésel. Y el mundo empezó a cambiar. Ha cambiado demasiado el mundo desde entonces. A veces me siento abrumado por tantos cambios. Supongo que mucha gente experimenta como yo esa sensación de vértigo mareante y caótico, porque todo ha sido, y es, tan rápido que casi no disponemos de tiempo para asimilar esta vorágine. Lo peor es que con frecuencia me siento excluido cuando no entiendo algo nuevo, lo cual sucede con demasiada frecuencia. En fin, me gustan los trenes, en realidad los adoro, aunque ya son muy asépticos, no huelen, no hacen ruidos, alcanzan altas velocidades, lo cual provoca que el paisaje pase demasiado rápido delante de uno, pero siguen siendo esencialmente un invento perfecto. Llegué a Roma a la una de la mañana. Debía esperar para llamar a Patrizia a una hora civilizada. Tomé un café (horrible) de una máquina expendedora. Tan malo

que temí que me produjera dolor de estómago. Lo tiré en la basura y me fui a caminar un poco por la ciudad. No pude caminar mucho. Frente a la estación un reloj digital marcaba la 1.18 y 5 grados Celsius. Podía pescar una pulmonía si seguía a la intemperie. Me metí en la cafetería y pedí un té. Había un tipo en un rincón medio dormido delante de una jarra de cerveza. Yo tenía en mi mochila un pequeño libro de ensayos de Alejo Carpentier que había traído desde Madrid. Era una vieja edición de bolsillo, con miscelánea de Carpentier. En un artículo sobre la película *Un tranvía llamado deseo*, protagonizada por Marlon Brando y Vivian Leigh, Carpentier se recrea al salir del cine (está en Caracas, 1952), muy agobiado por lo que acaba de ver, y se felicita porque puede regresar a su casa «donde reinan la calma y el orden». Y seguidamente habla sobre la moralidad en el arte y escribe: «... se nos hace imposible aceptar la imputación de inmoralidad hecha a ciertas obras cuya osadía consiste en pintar duramente, crudamente, ciertas realidades que nuestra hipocresía quisiera silenciar. La literatura es un modo de indagación y conocimiento del hombre, y al hombre hay que seguirlo, incansablemente, en sus cumbres y tinieblas, en sus ascensiones hacia la santidad, en sus caídas, en sus caminos de Damasco y en sus luchas de Jacob con el Ángel». Me pareció curiosa esa afirmación tajante en un autor como Carpentier, tan cuidadoso, tan respetuoso. Era un tipo muy especial y contradictorio. Cuando terminé el té, una hora después, me levanté y pedí una cerveza. El dependiente me trajo una jarra. Me senté lejos de la barra. Y seguí leyendo a Carpentier. No tenía otro libro. Terminé la cerveza lentamente. Al rato fui al kiosco de prensa. Cerrado. Eran las 3.17. Me senté en un banco, cerca de los andenes. Mucho frío. Aguanté unos minutos. Unas pocas personas se apresuraban a subir a un tren que partiría en unos minutos. En la pizarra de Salidas había otro tren para las 4.27 y a partir de las 5 se incrementaban las salidas. Entre las 6 y las 7 se producirían trece salidas. ¿Y a mí qué me podía importar? Me caía de sueño. Fui a las taquillas a preguntar, en inglés: «¿Hay algún hotel económico por aquí cerca?» El empleado no sabía o no quería contestar. Me dijo algo en italiano y me señaló hacia el kiosco de Información para turistas. Estaba cerrado. Con un gesto brusco me pidió que me apartara de su vista. Salí de nuevo a la calle y caminé un poco. No vi señales de hoteles. Regresé a la estación dispuesto a esperar estoicamente. Y así lo hice. Dormitaba sentado en un banco cuando me fijé en el reloj. Eran las 6.20. No resistí más. Fui a un teléfono público y llamé a

Patrizia. Contestó con voz de sueño. Y yo: «Patrizia, soy yo. Es muy temprano, pero estoy congelado en la estación de ferrocarriles.» «Oh, Peter, oh, por favor. Ohh, querido. Ven a Anagnina enseguida. Coge un taxi, o no. Es un poco lejos. El metro. ¡Ohhhh, sí, sí! ¡Por favor, no pases frío, puedes enfermar, ohh, ven, ven! Recuerda, Anagnina.» Ella es un poco dramática. O quizás la desperté en medio de una pesadilla y la sentí asustada. Cogí el metro, por supuesto. Media hora después tocaba el timbre. Es un edificio sencillo y feo. Al lado hay un enorme terreno yermo y desagradable. Ella estuvo unos pocos años casada con un empresario joven pero adinerado. Él la mimaba y vivían con lujo en el centro. Pero al parecer la trataba como si fuera una muñeca y ella no lo soportaba. Eran demasiado diferentes. Él era un empresario frío y calculador, siempre distante, y ella una fotógrafa de talento, una artista impetuosa y enloquecida. Aquello dejó de funcionar. Se divorciaron y ella consiguió este pequeño apartamento en las afueras. Quiere hacerme un café y conversar: «Ohhh, Peter, tenemos mucho que hablar, hay un proyecto...» «Patrizia, por favor, necesito dormir. No puedo hablar, no me funciona el cerebro.» Me hizo pasar al cuarto. Me desnudé y me acosté en la única cama disponible. La de ella. Muy caliente y agradable. Caí rendido. Cuando desperté no quería abrir los ojos, prefería seguir durmiendo, pero había un fuerte olor a guiso y mucho silencio. Aquel olor, con ajo y cebollas, me repugnó. Salí del agradable calor de las mantas. Necesitaba una ducha, para despejarme. Así que fui directo al baño. Me duché lentamente. Me sequé y me vestí con la misma ropa. Mi mochila estaba casi vacía pero me parecía pesada. Apenas cargaba con una camisa de lana, un pulóver, unas medias, un cepillo de dientes, el librito de Carpentier (que ya dejaría abandonado en algún lugar), una libreta, un bolígrafo y un teléfono móvil. Toda mi ropa de invierno la llevaba puesta. En Dresde renové mi ropero de invierno gracias a Rudolph, que me puso ante su armario y me dijo: «Esto es ropa de invierno que ya no uso. Coge de aquí lo que quieras.» Cogí una chaqueta de cuero marrón que tiene grabado en la espalda: *Born to be free – 1967*, además de una gruesa bufanda, una camisa de lana, un jean grueso. Tiré a la basura todo lo mío, que estaba muy sucio, y me sentí cómodo con el cambio. No quiero acumular propiedades. Siempre recuerdo que en la finca de mis abuelos maternos si organizaban algún viaje, aunque fuera de unas pocas horas o de un par de días, tenían que decidir quién se quedaría en casa para cuidar la propiedad. Tenían sembrados, gallinas, cerdos, caballos, vacas y la casa,

además de un granero con herramientas y sacos de frijoles, arroz y todo lo que cosechaban. Alguien tenía que cuidar la propiedad. Me llamaba la atención aquella esclavitud. Yo era un niño y toda aquella parafernalia para cuidar la propiedad privada me parecía que no tenía sentido. Sin embargo, en una ocasión robaron cuando todos estaban en casa. Un ladrón entró de noche. A pesar de la oscuridad no tropezó con nada. Robó un reloj y un poco de dinero que mi tío tenía en su pantalón. Cuando descubrieron el robo al día siguiente, concluyeron que era el hijo de un vecino, medio emparentado, un primo lejano. Así que no fueron a la policía a denunciar. Yo era un niño y nunca me enteraba bien de estos sucesos. Se ocultaban para hablar de estos asuntos, como para mantener la pureza de la infancia o algo así. Los niños no tenían que saber nada sobre la propiedad privada y sus exigencias. Pocos días después de aquel robo nocturno se produjo un hecho extraño. Marcos, un vecino muy cercano, que al mismo tiempo también era primo de mi tío, fue abducido por extraterrestres. Marcos era un campesino simple, sembrador de tabaco. No conocía las palabras ovni, abducido, extraterrestre, velocidad de la luz, galaxia, universo. Su mundo era muy pequeño. Contó la historia delante de mí mientras tomaba un café que mi abuela le sirvió. El hombre aún estaba asustado. La noche anterior, a eso de las diez, salió en calzoncillos hacia la letrina, situada en la parte trasera, a unos metros de su casa. Se agachó en el hueco, hizo sus necesidades, salió de la letrina y delante de él flotaba una esfera luminosa, de un metro escaso de diámetro y achatada por los polos. Flotaba a la altura de su cabeza. Dos hombrecillos bajaron. Eran menudos y muy blancos. Marcos no se asustó en absoluto, solo quedó a la expectativa. Le hablaron en un lenguaje «mecánico» (fue la palabra que usó), pero él los entendió perfectamente. Lo invitaron a dar un paseo. Marcos de pronto se vio entrando en aquel pequeño artefacto. De un modo inexplicable, por dentro era inmenso. Había más gente, podía caminar. Salieron disparados al espacio y en segundos dejaron atrás el Sol. Sus dos acompañantes nunca se apartaron de su lado. Le explicaban y miraban a través de grandes ventanales. Marcos no entendía nada de las explicaciones, que abundaban en palabras que él jamás había escuchado. Regresaron. Lo dejaron donde mismo lo habían recogido, frente a la letrina, y el globo (usaba esa palabra) desapareció hacia arriba. El hombre se quedó allí en calzoncillos y tiritando de frío, aunque era una noche calurosa de verano. Regresó a su casa, ahora muy asustado. Le hizo el cuento a su mujer y ella le dijo: «Si tú bebieras diría que estás

borracho, porque mira el reloj (indicó al reloj de péndulo que colgaba en la pared). Hace cinco minutos que saliste para la letrina. No has tenido tiempo de nada.» Marcos se quedó muy asustado con todo aquello. Mi abuela y mi tío creían que se estaba volviendo loco. Su mujer también lo creía. Él siguió trabajando en su finca, como siempre. Un mes después enfermó. Tuvieron que llevarlo al hospital y lo dejaron ingresado. Leucemia fulminante. Murió en unos pocos días. Todos creyeron que aquella noche había tenido un ataque de locura. Yo fui el único en creer su historia de abducción. No había pruebas materiales, pero por el modo de contar todo yo sabía que no mentía ni había enloquecido. Pero da igual. No tiene importancia. Fue solo un hecho aislado, indemostrable y, como suele decirse, un enigma. Ahora Patrizia me dio una taza de café que me reanimó. Ella trabajaba en un libro de fotos de Tailandia. La vida cotidiana de gente pobre. Nos habíamos conocido en La Habana unos años atrás. Yo escribí el prólogo para uno de sus libros de fotos sobre La Habana de noche. Y le propuse hacer una serie de libros sobre «Hot Points Around the World». Trabajó en Centroamérica con emigrantes muy pobres que se dirigen hacia USA. Y ahora este sobre Tailandia. Le animé para que escribiera ella misma los textos.

No podía. Hacía unas fotos impactantes pero no le salía ni una palabra escrita. Me dio el dossier y estuve repasando las fotos. En realidad me molestan estos temas de pobreza y miseria extrema. Ya con la que enfrento en mi país es suficiente. ¿Ir por el mundo buscando más? Es masoquista. Estoy atrapado entre dos mundos extremos que no se tocan. Países ricos y países pobres. Y al paso que van las cosas creo que la brecha seguirá intacta *per secula seculorum*. Es casi paranoico lo que me sucede. Cerré el dossier y tomamos una sopa muy buena. Y para beber agua. Patrizia no bebe. Pero toma mucho café y fuma continuamente. Años atrás tuvo problemas graves con drogas y alcohol. Durante algún tiempo se prostituyó para conseguir dinero. Sufrió bastante. Hasta que pudo poner un stop y cambiar de rumbo. Ha tirado un muro, al parecer muy sólido, entre ese pasado turbio y el presente. Es una mujer muy inteligente y admiro su enorme capacidad de resiliencia. Miramos más fotos y empezó a contarme cómo había hecho cada una. Qué había pasado. De ese modo podré, quizás, escribir algo creíble. Paseamos un poco por los alrededores y tomé un grog caliente en una pequeña tienda *bric-à-brac* de una amiga de Patrizia. Son polacos, dos hermanos, Lena y Jakov. Ella solo vende algo en la tienda, unas pocas horas

al día, y el resto del tiempo mira porno en internet y se masturba. Al menos así me dijo Patrizia, crudamente. El hermano, Jakov, no hace mucho más. Él, en estos meses de invierno, prepara una gran cacerola de grog por la mañana, lo mantiene caliente y, vaso a vaso, lo vende todo a lo largo del día. Me dio su receta especial: aguardiente, canela, azúcar, vino tinto, hierbas aromáticas. Después de explicar cómo había que macerar primero las hierbas y después calentar el vino sin permitir que llegue a punto de ebullición, todo a fuego lento, entró en más detalles. Por ejemplo sustituir la canela por vainilla. Entonces me dio una postal con un paisaje de Zakopane y los montes Tatra, donde ellos nacieron. Me dijo que la receta es original de allí. Patrizia me indicó a hurtadillas que no era cierto. Por detrás la postal trae todas las instrucciones escritas a mano con tinta. Jakov me dijo: «Es un souvenir, solo cinco mil liras. Allí en la caja.» Yo sospechaba que tenía alguna tara mental, pero al ver cuán fácilmente le saca unas liras a cualquiera sospecho que no tiene tara alguna. Su expresión facial de tonto patidifuso es solo una mala costumbre engendrada por la soledad, supongo. La tienda es un lugar confortable. Entrás y frente a ti está Jakov con su cacerola, que huele muy bien, y él sonríe cándidamente, vestido con una camisa bordada típica polaca, mientras te brinda con un gesto amable. Dices que sí y te da un vaso para que recorras la tienda bebiendo grog caliente y delicioso. También te da un vale para la caja por otras cinco mil liras. Después caminamos un poco viendo los kioscos de Navidad que hay en una plaza cerca de la estación del metro, cenamos allí unos panini y nos acostamos temprano. No hablamos de sexo. Ni un gesto. Pero si nos acostamos en la misma cama es de esperar que suceda. Y sucedió. Muy bien los preliminares y con mucha química, pero no pudimos concluir. Los preservativos que tenía Patrizia no me servían. Nos aguantamos. Al día siguiente compró dos cajas de una talla mayor y entonces sí empezamos a funcionar bien. El desayuno fue apenas café y dos galletitas integrales de avena. Patrizia está muy delgada y fuma incesantemente, creo que pasa hambre para mantener la línea. Salí a pasear por los alrededores y a comprar pan, cereales, mantequilla, leche, yogur, queso, jamón, frutas y jugos. Necesito desayunar bien. Siempre tengo hambre porque hay mucho frío. Mirar a la gente, tomar algo en un bar y no hablar con nadie. Es lo que me gusta en ciudades desconocidas. Nadie me conoce, nadie a quien saludar, nadie a quien llamar. Vagar sin rumbo por la calle, con la sensación de ser libre, nada que hacer, nada que esperar. El barrio es demasiado anodino.

Terrenos baldíos y edificios en construcción. Poco que ver. Nada que hacer. Me fui al centro en el metro, a pasear sin rumbo. Mirando en silencio las entradas oscuras de estos caserones antiguos que son como puntos históricos de la ciudad. Es posible, si se vive en uno de estos caserones, escribir al ayuntamiento y solicitar el expediente del inmueble. Ahí está todo con detalle, cada propietario, con fechas exactas, reparaciones, modificaciones, usos y destinos en cada momento. Todo escrupulosamente anotado y fechado. Después de dos horas de vagar, necesitaba descansar. Entré en un bar y tomé una jarra de cerveza con una salchicha y pan. Recuperé fuerzas y seguí observando a la gente. Es mi hobby predilecto. Observar y sacar pequeñas conclusiones. Aquí me faltan las claves. En Cuba lo entiendo todo. Por la forma de vestirse y de hablar, el modo de gesticular, el vocabulario que usan. No sé bien cómo. Es lombrosiano. Lo entiendo todo. Aquí me faltan los códigos y no entiendo nada. O casi nada. Es la enfermedad típica del escritor, que quiere entender todo, saber todo y hacer sus estudios antropológicos de una manera incesante. Siempre quiero más material para procesar. Escribir es un vicio. Escribir sobre mí y sobre los que me rodean. Es un proceso indetenible. Por ejemplo, para mis adentros, ya que nunca lo reconoceré abiertamente, lamenté mucho no poder aceptar aquel puesto en el burdel que proyectaban en Dresde. Un trabajo nada honrado. O para decirlo sin rodeos: una ocupación de delincuentes y miserables. Pero después de un par de años, si sobrevivía, podía escribir una novela brutal, un thriller que avanza como un callejón sin salida en una atmósfera muy erótica, oscura, surrealista. Una narración *in extremis*. Aunque me arriesgaría a que me cortaran la cabeza por escribir lo que no se puede saber. En fin, ya pasó. Seguí caminando sin rumbo y fui a dar con Villa Borghese. Un parque perfecto, enorme, y con muy poca gente a esa hora. Dejé vagar mi mente paseando entre aquellos árboles. Caminando hacia mí venía un hombre muy parecido, casi exacto, a un teniente insoportable que fue mi jefe cuando yo tenía diecinueve años, era zapador y cumplía el servicio militar. Mi largo servicio a la patria, de cuatro años y medio. Aquel teniente era un tipo mezquino que se regodeaba en machacar y humillar a sus subordinados. Creo que gente así de miserable abunda en todos los ejércitos del mundo. El sistema de castas y jerarquías facilita la acción de este tipo de gente abominable. En esa época, 1969 y 1970, teníamos la tarea de destruir sistemáticamente los bosques pantanosos al sur de La Habana. Eran árboles gigantescos. Un bosque original, con

especies muy diferentes, una buena parte eran árboles de maderas preciosas que nunca habían sido taladas. El gobierno quería las tierras para sembrar arroz. Metíamos rocamonita en la base de cada árbol, una mecha y fuego. Adiós. Fueron meses y meses acabando con todo aquello. Al final nunca sembraron arroz. Así que ni árboles ni arroz ni pantanos. Claro, al destruir los pantanos también destruimos infinidad de animales, vegetales y los acuíferos subterráneos, en fin todo un sistema en una extensión enorme. Caminando por el parque pensé que si pudiera ser Dios por un minuto y tuviera la posibilidad de hacer algo bueno y noble por la humanidad, no lo dudaría: daría marcha atrás a todo el proceso civilizatorio y retornaríamos todos al *Pithecanthropus erectus*. O más atrás aún. Un castigo por hacer mal las cosas. Les diría: «Les doy una segunda oportunidad. Háganlo bien ahora o los borraré definitivamente de la faz de la Tierra.» Regresar me tomó más de una hora en el metro. Compré todo lo que necesitaba en un pequeño supermercado. Llegué a casa y no había nadie. Patrizia me había dejado una nota: «Esta noche nos invitan a cenar unos amigos. Regreso a las 8. Besos, P.» Dormí una siesta. Patrizia regresó puntual. Se vistió con cierto *charme* y nos fuimos. Todos estaban de traje negro y corbata menos yo. Una cena de Navidad para unos veinte amigos en una casa burguesa normal. Invitaba el editor de los libros de fotografía. En la casa había tantas obras de arte, antiguas y modernas, colocadas intencionalmente en una mezcla aparentemente caótica, que aquello parecía más un museo que una vivienda. Era obvio que el dueño tenía mucho dinero y no sabía qué comprar para invertir. Me atendió de un modo especial. Tomamos una copa de vino blanco y se interesó por mi prólogo para el libro de Tailandia: «¿Estás escribiendo? Puedes extenderte todo lo que quieras.» Le dije que iba bien y que podía estar listo en breve si me proponía unas condiciones económicas adecuadas. Hizo como si no hubiera entendido, siguió sonriendo, y me dijo que tenía el propósito de crear una serie, que ya podíamos pensar en el próximo libro, quizás sobre alguna zona en el norte de África. A mí solo me interesaba que me pagara y a él solo le interesaba hacerme trabajar sin pagar. No teníamos un punto de encuentro, mala cosa. Me dio su tarjeta, me dijo que lo llamara para que lo visitara en la casa editorial, se disculpó y se alejó. Nos fuimos a medianoche. Yo bebí poco, solo dos o tres copas de vino. Caminamos sin prisas hasta la boca del metro. Sin hablar. No teníamos nada de que hablar, supongo. Durante tres o cuatro años de amistad solo hablamos de trabajo.

Ahora nos sentíamos bien. Llegamos a casa y fuimos directamente a la cama. Tuvimos un sexo muy cálido. Cuando terminamos pensé que la situación se podía complicar. Patrizia es muy independiente, pero lleva mucho tiempo sola y necesita un poco de cariño y calidez. Peligroso. No me interesa estimular el amor ni nada que se le parezca. Siempre hay sirenas cantando en las escolleras. Y me dormí enseguida. Quedamos rendidos como dos piedras. Soñé de nuevo con escaleras y andamios agobiantes y precarios, muy inseguros, que se deshacen. Y yo tratando de escalar pero no hay nada sólido y se hacen trizas. Me parece que todo transcurre en Centro Habana. El sueño se convirtió en una pesadilla incesante, con laberintos y escaleras apestosas a excrementos y orina, puertas cerradas impenetrables y más obstáculos. Agobiante. Desperté asustado y con la boca reseca y amarga. Supongo que el alcohol me hace sufrir estas pesadillas. Recordé que solo había tomado un poco de vino. Bueno, da igual. Fui a la cocina a tomar agua, oriné y regresé al dormitorio a mirar por una ventana amplia que da a un patio interior. Es un parking interior, vacío. No hay ni un auto. Y tiene unos pocos bancos y árboles pelados en un extremo. Tres faroles dan una luz amarilla sobre todo aquello. Una luz difusa y escasa, un poco de niebla, cae una llovizna leve y fría. Hay un cadáver de bicicleta encadenado a un poste. Está oxidada y sin gomas. Debe llevar muchísimo tiempo abandonada. Aquella soledad silenciosa y fría, con una luz tan extraña, impregnó mi espíritu y me tranquilizó. Dentro de mí una voz me repetía: «No esperes nada. Te has metido en un laberinto mortal y estás muy tenso, pero puedes encontrar la salida y alejarte. Todo lo que hay es el infinito. No aspire a nada más. Relájate y sal del laberinto.» Cerré los ojos para grabar esas frases en mi mente. «Relájate y sal del laberinto.» Creo que es la esencia de toda mi vida. Siempre. No solo ahora. Estoy perdido y confundido en un laberinto y no entiendo lo que está pasando. Eso es lo peor: que no entiendo. Salir del laberinto. Ese es mi objetivo. La noche y el pánico. La noche y el miedo. La noche y estar perdido en la incertidumbre, muy lejos de casa. Por lo menos soy dos. O muchos más. Los pasadizos oscuros me pierden en el infinito. Y me extiendo. No sé qué tiempo me llevó tranquilizarme. Una hora tal vez. Más. A veces tengo esos ataques nocturnos de pánico y ansiedad. Entonces me repito, como un mantra: Eres estoico y frugal, no tengas miedo. Eres estoico y frugal. No necesitas nada. Sigue adelante. Despacio y sin miedo. Y poco a poco me relajo y regreso a la serenidad. Al fin volví a la calidez de la

cama y me pegué a Patrizia, desnuda y tibia. Cuando desperté hacíamos el amor. Ella encima, muy concentrada en lo que hacía. Yo quería ir al Museo del Vaticano y la Capilla Sixtina. Así que desayunamos y nos fuimos, cada uno por su lado. Ella tenía trabajo. Montaban una enorme retrospectiva de Rauschenberg en un gran centro cultural y se asombró de que yo me interesara «por esos viejos que tienen en el museo». «¿Hablas en serio? ¿Esos viejos? Esos viejos son la base de todo, Patrizia.» Me miró con una expresión desconfiada y algo furiosa: «Solo existe la modernidad y el presente. Lo demás es una ilusión que han inventado los historiadores del arte. Una estafa para gente inocente.» «Ohhh. ¿De quién es esa frase descabellada? ¿Nietzsche?» «Es mía. Tengo el copyright.» Nos echamos a reír, nos dimos un beso y salimos hacia el metro. El sexo relaja, no hay dudas. Estuve horas en el museo. Regresé varias veces a la Capilla Sixtina. En mi adolescencia quedé atrapado por Botticelli. Quizás algunos de sus cuadros me recordaban los cómics, que en esa época leía por toneladas. No sé. En algún momento, de una firma impresora de New York, me mandaron un paquete de postales con reproducciones de Brueghel y también me atrapó. Quedé fascinado por sus complejas narraciones de gente plebeya haciendo algo. En el fondo es lo que me interesa: gente vulgar que se mueve como gusanos para trabajar, para copular, comer, tomar vino, caminar en la nieve, bailar y divertirse. Son personas pobres, aldeanos que viven en un laberinto ciego. Un laberinto sin entrada ni salida. Solo la confusión. No tienen nada mejor ni peor adonde ir, pero mantienen obstinadamente la ilusión, la esperanza. Se ríen a pesar de todo. Mantienen la sonrisa y actúan como simples animalitos. La elegancia atildada de Botticelli y la vulgaridad de Brueghel. Ambos son profundamente humanos. Son dos extremos. Brueghel siente amor y piedad por su gente fea, patizambos, locos, enanos, gordos, ciegos, torpes, tontos. Copulan, orinan, cagan, comen, lloran, corren asustados, se les ve medio perdidos en un bosque, bailan dando saltos torpes, pero no hay desprecio. El pintor no se coloca encima ni lejos. Es gente imperfecta. Brueghel los ve como iguales, con una gran compasión. Botticelli es todo lo contrario. Busca la belleza y la perfección de un modo obstinado y por esa vía sacraliza también al ser humano. Después se sumaron otros intocables a mi pequeña colección privada: Vermeer, Chagall, Magritte, y unos cuantos más. No sé cuánto tiempo estuve allí, mirando cada cuadro muy despacio. Para comprender mejor el *Laocoonte*, el *Apolo de Belvedere*. Todo, sin prisas. Es el arte

heroico y religioso, que no me gusta tanto como todo lo que vino después. Antagónico con estas piezas, casi todas sacras. Fue necesario pasar por esto para seguir adelante y acercarnos más al ser humano a medida que tomamos distancia de los dioses y santos. En Brueghel el Viejo, por ejemplo, no hay asco ni aversión, tampoco hay amor y generosidad sin límite. Hay aceptación y objetividad pragmática. Parece decirnos: «No hay que embellecer nada. Olvidemos el canon. Las cosas como son.» Hay equilibrio en el desasosiego de sus personajes. Los niños que juegan, los constructores de la Torre de Babel, los ciegos en el bosque nevado, los borrachos en la boda. Es un mundo sin Dios. No hay iglesias ni orden ni simetrías. Solo gente caótica, como pequeños grupos de animales que se mueven incesantemente pero no saben bien adónde se dirigen. Solo improvisan y se desgastan. Brueghel no mantiene distancia, se mete adentro de la historia que nos cuenta. Estoy tan cerca de él que lo siento como si fuéramos vecinos y amigos. La vida era lenta entonces pero no lo sabíamos porque no teníamos referencias de vidas vertiginosas. Nadie tenía en sus casas relojes ni calendarios. Ni espejos. Eran objetos de lujo demasiado caros. Yo era zapatero o sastre y por las tardes a veces nos veíamos para un trago, fumar juntos y hablar un poco. Lo admiraba en silencio. Por pudor no le confesaba nunca mi admiración sin límites. No teníamos conciencia de que la lentitud, el silencio y la precariedad gobernaban nuestras vidas. Me gusta creer que en una vida anterior fui ese zapatero, amigo y vecino de Brueghel, en Bruselas. Él vivía con su familia en el 132 de la Rue Haute. Y yo un poco más abajo. Por la tarde Patrizia me regaló un libro bellissimo con reproducciones del Museo Vaticano. Un libro caro. Lo había robado para mí en una librería. Me sonreí por su ocurrencia y le dije: «No debiste hacerlo, si te cogen...» «Nada. No pasa nada. ¿Tú crees en la propiedad privada?» Me provocaba, pero yo estaba ya de regreso con esas historias de política anarquista que al final siempre evoluciona – involuciona– a la misma mierda. Guardé silencio. «También robo chocolate en los supermercados.» «Eres un poco cleptómana, ¿no?» «No. Soy antisistema. No te imaginas qué opresivos son estos gobiernos de países ricos. No te imaginas.» También me tenía otro regalo: el catálogo de la exposición de Rauschenberg que montaban en una galería en el centro. Ella se ocupaba de prensa y relaciones públicas. La inauguración sería en enero. Ahora se tomarían unos días de descanso. Decidimos irnos al día siguiente para D., su pueblo natal, en los Alpes italianos, cerca de Bolzano y de Cortina

d'Ampezzo. «Allí iba Hemingway a esquiar, con su primera esposa», le dije. «Sí, él y muchos más. Todos los famosos y ricos van allí cada invierno. Pero van a Cortina no a mi pueblo.» Pasaríamos el Fin de Año con su familia, que tiene allí una pequeña granja con 27 vacas. Patrizia había sido campeona regional de esquí de fondo. Lo dejó cuando comprobó que no avanzaría más. Es decir, que no llegaría a campeona de Italia, ni mundial, ni olímpica. Entonces abandonó aquellas montañas y se fue a Trento, trabajó de camarera en hoteles, pero aquello no era lo de ella. Tenía un plan B: Se fue a Roma, se matriculó en la universidad, aprendió un poco de español (ya sabía inglés) y se fue a América Latina. Me enseñó fotos de esa época. Se metió en líos con drogas. En algunas fotos parece una prostituta, con el pelo rubio y mucho maquillaje. Pero no quiere entrar en detalles. A duras penas logró dejar todo eso atrás y reiniciar su vida. Ahora solo fuma mariguana o hachís. No se siente orgullosa de aquella etapa de búsqueda y exploración. Y mantiene todo en reserva. No quiere darme detalles, y la entiendo. De todos modos, es una mujer complicada. Al parecer tengo una retribución kármica que me lleva a encontrar mujeres de vidas intensas, o infernales, o con un exceso de testosterona. He tenido algunos amores con mujeres más estables y tranquilas pero al final siempre sucede algo, me aburren, y me voy. Me ahorro los detalles porque es una historia larga. Este no es el lugar para abundar en semejante catálogo. Es el tema más escabroso de mi vida y aún me queda cierta reserva de pudor. Nos fuimos en tren. Me sentí feliz y relajado en cuanto subimos y nos acomodamos en las butacas, yo junto a la ventanilla para ver mejor el paisaje, y dejamos atrás a Roma. Me agobian las antiguas ciudades europeas. Tienen tanta historia, batallas campales, reyes, luchas, imperios en alza y en baja, y más guerras, fronteras que van y vienen en medio de ríos de sangre. Estudiar historia en Cuba es simple: quinientos años de lucha contra colonos e invasores, devastación, dictaduras, patriarcado, falocracia, un exilio continuo e importante desde el siglo XIX. Ni un minuto de democracia y libertad. Todo muy heroico pero más bien breve y sencillo. Sin embargo en Europa los vaivenes son terribles y prolongados. Una historia muy cargada de sangre. Una sucesión infinita de emperadores triunfadores o perdedores, batallas, muertes, construcciones de castillos y fortalezas, mejoramiento incesante de la artillería y de los instrumentos de muerte, todo muy macho. Una historia terrible pero cargada con tanta testosterona que nubla la vista. No puedo evitar pensar una vez más que lamentablemente

somos unos depredadores salvajes, locos y sanguinarios. Y que el proceso civilizatorio se ha desarrollado a pesar de nosotros y no tanto gracias a nosotros. Me aturde esta ciudad tan pomposa, con tantos edificios, plazas, fuentes, señores a caballo y demostraciones de poder.

Me escapo a la Naturaleza simple. Cuando viajo, a veces, no siempre, me sucede algo parecido a los sentimientos de W. G. Sebald: «... cuando voy de viaje no encuentro placer en nada, me quedo desmedidamente decepcionado de todos los monumentos y, como acostumbro a decir, mejor hubiera hecho quedándome en casa con mis mapas y mis planos.» Quizás se trata solo de no esperar demasiado de los lugares lejanos. Esperar mucho es una actitud de aldeano frenético. Idealizamos algunas ciudades (Roma, París, Londres, New York, Praga, etc.), las convertimos en mitos. Solo guardo momentos. Por ejemplo, es indescriptible estar frente al *David*, de Miguel Ángel, en Florencia. O pasear relajadamente en un *vaporetto*, una fría y gris tarde de febrero por la laguna de Venecia, hasta desembarcar en Murano y en las otras islitas. O asomarme al Gran Cañón del Colorado. O recibir un masaje con los pies de una prostituta tailandesa en Ámsterdam y después dejar que me masturbe con unas cremas especiales que me hacen sentir mi pene al triple de su tamaño y grosor y me transportan al cielo. Y así. Tengo una estimulante colección de momentos perdurables en mi memoria. Algo muy privado. Creo que no soy tan brillantemente neurótico como Sebald. Años después de lo que cuento, hacia 2014 tal vez, empezaron a aparecer en las paredes de estas ciudades europeas unos pequeños grafitis: «Tourist, go home». La gente del lugar se siente molesta por la invasión de turistas y protestan. Algunos se benefician. Los dueños de hoteles, restaurantes, bares, hostales, los taxistas, los que trabajan con los turistas. Pero la enorme mayoría de la gente se siente perjudicada. Casi siempre mi memoria solo guarda momentos intrascendentes. Pequeños instantes. En Leningrado, por ejemplo, estuve años preparándome para visitar el Hermitage. En La Habana compré una guía, en español. Y cuando al fin, en 1985, estuve en esa ciudad, fui al museo y sabía exactamente lo que quería ver. Caminé tanto y vi tanto que no recuerdo nada. Bueno, sí, al final de mi recorrido recién habían abierto dos salas con una enorme cantidad de piezas de Picasso. En un pasillo estrecho colocaron apresuradamente, y mal porque no había espacio para alejarse y mirar, dos grandes cuadros de Kandinsky. Hacía poco lo habían aceptado de nuevo, tras setenta años de ostracismo, gracias a la Perestroika que Gorbachov impulsaba

en ese momento. Después salí afuera extenuado. El lago Ládoga se descongelaba y enormes trozos de hielo, con crujidos ensordecedores, descendían velozmente por el río Nevá hacia el Báltico. Un espectáculo fascinante y grandioso. Miré aquello unos minutos pero ya no podía más. Por diez kopeks compré dos empanadillas de carne a una señora muy gruesa que tenía un carrito blanco. Estaban calientes y deliciosas. Me senté en un banco, de espaldas al Nevá, y me quedé dormido dos horas. Cuando desperté no me habían robado el reloj ni nada. Y me había recuperado, solo que me enfrié mucho y me dolía la garganta. Así que del museo recuerdo poco, después de cuatro horas de recorrido, pero conservo en mi memoria perfectamente lo que pasó después, al abandonar el edificio. Sí, mi colección es muy bonita y podría denominarse «Grandes Momentos Intrascendentes de la Humanidad». La conservo con mucho cariño. Ahora nos íbamos a Los Alpes. Disfruto cuando los trenes entran o salen de las estaciones, lentamente, entre una enorme maraña de líneas, patios extensos, con trenes en desuso, cubiertos de grafitis, que esperan ser desguazados y otros que entran a los lavaderos y salen relucientes. Después el tren pasa por las traseras de las casas de los arrabales y uno ve la intimidad de la gente, lo más sucio. Al fin entra en los campos y aumenta la velocidad. Los campos muy cuidados y sin nadie a la vista. Solo casitas aisladas o pequeños caseríos. Gente que vive apartada. Patrizia se quedó dormida casi al salir de Roma. Y lo agradecí. Cada vez necesito más el silencio y la soledad. Y actuar a mi libre albedrío. Rechazo la estabilidad continua y el orden prefijado. Siempre invento pretextos para alejarme un poco de la gente y tomar distancia, lo cual invariablemente me lleva a ciertas actitudes egoístas. Con los años he aprendido a aceptar esas posturas y no formar una tormenta por mis imperfecciones. No soy un santo, me digo a mí mismo. El tren hizo unas pocas y breves paradas. Bajamos en Bolzano, esperamos media hora y subimos a otro. Al fin llegamos a D., el pueblo de Patrizia, en medio de las montañas y bajo una nevada copiosa. Es bonito y pequeño, con poco más de tres mil habitantes. Entramos al bar de la estación y Patrizia llamó a su hermano para que nos recogiera. Llegó en quince minutos. Tenía un camión muy viejo pero duro y poderoso. Después que Patrizia nos presentó le pregunté enseguida por el camión. Para mí era una novedad absoluta. Conozco algo sobre el tema. Sobre todo si son camiones o autos de marcas americanas. Muy orgulloso, me contestó que era un camión alemán. Un Opel Blitz de seis cilindros, de 1942, usado por el

ejército alemán y por el italiano en la guerra. Él mismo hacía las reparaciones y funcionaba bien en las montañas gracias a que tenía tracción en los dos ejes. Cabíamos los tres en la cabina, un poco apretados. Entramos por un camino estrecho en medio de un bosquecillo. Tenía las cadenas puestas y se abría paso con decisión entre la nieve que subía de nivel continuamente. En veinte minutos llegamos a la granja, situada en un valle intramontano y cerca del pueblo. Tanto frío me hacía sentirme bien, como más ligero de peso y con más profundidad respiratoria. Algo contradictorio porque la altura allí, 1.256 metros sobre el nivel del mar, me haría respirar peor. Tenían una casa muy amplia, de madera, con dos plantas. Muy similar a las de los vecinos. Dedicaban diez habitaciones para alquilar a los turistas. A mí me dieron una habitación pequeña, con un baño compartido, pero muy agradable. Disponía de un balcón amplio y una vista increíble a las montañas. Miraba aquel paisaje y no lo podía creer. Parecía una tarjeta postal. Los padres de Patrizia, ya muy ancianos, más el hermano, su mujer y dos hijos vivían del alquiler de aquellas habitaciones, y del queso que producían gracias a 27 vacas de buena raza lechera. Tenían que ser 27. Ni una más ni una menos. Superstición ancestral de la familia. También tenían algunos negocios de maderas, según vi al transcurrir de los días. En algún momento, mientras cenábamos una *fondue* de un queso artesanal producido por el padre, se promovió la conversación sobre un tipo de hongos comestibles que querían empezar a cultivar. Disponían de un pequeño terreno en la montaña y allí había cuevas aptas para cosechar estos hongos. Creo recordar que eran *Ganoderma lucidum*. No me interesó el tema, después de todo. A veces soy un poco obsesivo y en ese momento tenía una idea fija: quería ascender la montaña hasta el centro de esquí. Había que subir en un funicular. Es decir, calzarme unos esquís y subir sentado en un banco de madera pintado de verde oscuro, donde caben dos personas. Y ascender colgando, creo yo que peligrosamente, de un cable de acero. Una vez en la cima uno salta a la nieve y hace lo que puede sobre los esquís hasta que, gracias a la ayuda de los bastones, logra lanzarse montaña abajo, siguiendo rutas marcadas con banderolas, como todos vemos en la televisión. Solo de pensar en esa posibilidad me daba un ataque de vértigo y pánico. Me aterran las alturas. Así y todo yo insistía en subir a la cima de la montaña. ¿Alimentar mi paranoia? ¿Provocar al miedo? ¿Retarme? No sé. Quizás todo eso y más. Al día siguiente nos fuimos temprano Patrizia y yo. Cogimos un autobús, hicimos un trayecto de una

hora. Al pie del funicular lo pensé mejor y no quise calzarme los esquís. Patrizia insistió y me dijo: «Haces el ridículo. Si no vas a esquiar, ¿para qué has venido?» «Para mirar el paisaje. Nunca he estado en la cima de una montaña nevada. Déjame tranquilo.» Ella se sonrió y guardó silencio. El ridículo lo hice cuando llegamos a la cima. Saltamos a la nieve. Ella, con sus esquís, muy bien. Pero yo me hundí hasta las rodillas en la nieve blanda. Con mucho trabajo fui caminando hasta un bar-restaurant cercano. Yo era el único estúpido hundido en la nieve, y tratando de caminar haciendo un esfuerzo sobrehumano. Todos me pasaban por el lado esquiando y contoneándose maravillosamente. Me tomé un grog caliente. Estaba empapado de las rodillas a los pies y me podía resfriar. Mientras, a través de la ventana, veía a Patrizia que, con elegancia y rapidez, se ejercitaba un poco. Ya iba por el segundo grog caliente cuando ella vino a hacerme compañía. Se rió a carcajadas. Yo tenía un aspecto deplorable y el ánimo decaído. Me deprimía ser tan cobarde y ridículo. Reconozco que quiero comportarme siempre como Supermán. Y ganar. No soporto perder. Me enfermo cada vez que pierdo, actitud imbécil y arrogante, ya lo sé. Estaba de mal humor. Salimos a la terraza. El paisaje era imponente con todas esas montañas enormes cubiertas de nieve. Me asusté un poco y logré controlar un nuevo ataque de pánico (¿agorafobia?) para que Patrizia no me viera en semejante actitud tan poco varonil. Sin pensar le dije en voz alta: «Soy un hombre del calor, el sol y el mar, me gusta nadar y bucear.» Ella me miró, asombrada. No entendía por qué yo decía aquella tontería. Mis deportes preferidos siempre han sido los kayaks, la natación y el boxeo, en ese orden. Patrizia se calzó de nuevo los esquís y se alejó. Yo, solo ante aquel panorama impresionante y único, me dediqué a recordar, como un inventario, las veces que he estado a punto de morir. De niño, en dos ocasiones, me precipité corriendo a cruzar la calle sin mirar. Y me di de bruces contra un carro que pasaba. Las dos veces caí bajo los autos. Y me salvé sin heridas. Esto originó graves ataques de nervios en mi madre, que iba conmigo en las dos ocasiones. Recuerdo perfectamente que en la primera ocasión el carro era un Plymouth negro de 1940 o más antiguo aún, quizás de 1937. Yo tenía apenas cuatro años o menos pero aún, en mi memoria, puedo ver perfectamente aquel carro. El otro, ya tenía yo unos diez años, era un Buick de los cincuenta pero no recuerdo exactamente el año. Heredé de mi padre la pasión por los carros americanos. Otra vez, ya adulto, estuve navegando en pequeñas lanchas de

remos en el Golfo de México, para ir de un barco bonitero a otro y hacer entrevistas. Yo era periodista de radio. Lo hice varias veces en una tarde hasta que un marinero me alertó: «Es muy peligroso lo que haces, la mar está gruesa, mira los tiburones que dan vueltas alrededor de los bonitos. Si caes al agua no dan tiempo a nada. Durarías menos de un minuto.» Miré y en efecto eran unos tiburones negros gigantes, de unos tres metros de longitud. En otra ocasión me alejé de la playa nadando fácilmente hacia el norte. Había viento sur que me empujaba. Cuando estuve bien lejos no podía regresar porque el viento, muy fuerte, me impedía avanzar hacia la playa. Entré en pánico. Por suerte reaccioné y regresé nadando por abajo, submarino. Además he tenido dos accidentes de carretera. Los dos bastante brutales, aunque sin ocasionar muertos. En uno, yo conducía. Había combustible diésel sobre la carretera, patiné y me precipité con mi jeep Toyota al fondo de un barranco (unos quince metros de profundidad) y llevaba cinco pasajeros. Solo tuvimos algunos huesos partidos y destrozos en el jeep. En el otro accidente, también en un jeep, regresábamos un grupo de seis, borrachos, de una pesquería en el Cabo de San Antonio, en el extremo oeste de Cuba. Nos proyectamos contra un bus escolar y nos lanzó hacia la cuneta. Por suerte no dimos vueltas porque nos detuvieron unos árboles de eucalipto. Unos cuantos heridos y el susto. En otra ocasión, como ya he contado antes, tuve un shock proteico que me mantuvo más de una hora «técnicamente muerto» al tener la presión arterial en 40 con 40. Me salvé no sé cómo. Así que, según mi cuenta, en siete ocasiones he estado al borde de la muerte. La Parca se me ha acercado demasiado pero en el último momento ha decidido no abrazarme y dejarme un poco más en este valle de lágrimas. En Cuba los santeros y las adivinas siempre me han dicho que me protegen dos espíritus «muy bien plantaos»: un negro del monte, muy fuerte, y un indio astuto y esquivo. No sé. Lo único cierto es que la vida y la muerte son un misterio impenetrable. Un hermoso y poético misterio. Y por consiguiente se queda abierto eternamente. Patrizia regresó. Subimos de nuevo al funicular y bajamos. Yo aterrado por la altura. Y medio congelado por la ropa húmeda. Patrizia, muy divertida a mi costa, me hizo fotos. Disfruté esa excursión a pesar de todo, pero me quedó claro que no voy a repetir la experiencia. Lo más difícil en la vida es reconocer nuestros límites. Cuando era muy joven y arrogante me convencí de que podía actuar siempre a fondo, sin límites, sin medir las consecuencias. Y que todo saldría bien porque «tenía» que salir bien. Si lo hacía yo, no podía salir

mal. El éxito lo daba por sentado. Exceso de confianza en mí mismo. Siempre tenía la posibilidad de regresar al punto de partida. Esa forma, ciegamente positiva, o muy arrogante, de enfocar mi vida me llevó a tener éxito casi siempre en todo lo que emprendía. Y también a tener algunos fracasos estrepitosos. Actuar por impulso. Guiado sobre todo por la intuición y por cálculos rápidos. Después, con los años, uno se transforma y gana en precaución y paciencia. A medida que pierdes fuerza e impulso ganas en astucia y previsión. Sospecho que uno se pone un poco miedoso. Es una ley de la vida. Aquel ascenso a los Alpes fue toda una lección de humildad. Nunca supe qué significaba esa palabra. La relacionaba con cobardía, humillación, limitaciones. El aprendizaje de la vida es lento y doloroso. La casa familiar de Patrizia y el establo se incendiaron y se destruyeron totalmente cuando ella era una niña. Pasaron algunos años mal hasta que lograron construir otra aún más grande, con diez habitaciones para alquilar a los turistas, y, como siempre, adosada al establo donde permanecen las vacas todo el invierno. La madre de Patrizia es una anciana apacible y silenciosa que controla todo suavemente. Su padre es alcohólico y a veces pierde el tino. La noche de Navidad la madre organizó, después de la cena, una procesión por toda la casa y el establo, para bendecirlo todo, incluido el ganado, por supuesto. Una peregrinación de agradecimiento. No había mucho que hacer. Caminar hasta el pueblo D. Unas caminatas de media hora. Pasear por la orilla del lago Dürrensee, la iglesia, un pequeño museo de la última guerra, y poco más. Demasiado frío. Al final cada paseo termina tomando algo caliente en un bar. Por las tardes íbamos a una sauna en un hotel. Patrizia conocía una entrada de servicio por atrás que nos conducía directamente al gimnasio y la sauna. Ella siempre tan lista. Ahorramos algún dinero con ese método. Y unas cuantas veces nos encontramos con amigos de su infancia, para beber unas copas. Su padre, un hombre plácido y sonriente, intentaba siempre conversar conmigo y beber vino o grappa incansablemente. Patrizia me traducía sus historias, que invariablemente versaban sobre temas de caza en el bosque y de cómo cuidar las vacas para que produzcan leche de calidad incesantemente. Era un método preciso: nueve vacas paridas y en plena producción, otras nueve en gestación, rumiando apaciblemente, y las nueve restantes descansando un poco y recuperándose para ser inseminadas con un semen de alta calidad. Fue soldado del ejército de Mussolini en la Segunda Guerra Mundial. Le pregunté dos o tres veces. Quería que me contara algún

detalle. Su rostro cambiaba de color, se ponía tenso, cenizo, y no contestaba. Se recuperaba enseguida, sonreía de nuevo y la emprendía, tragando aguardiente, con nuevas historias sobre las vacas y el queso. Era un zorro astuto. O quizás solo quería olvidar. La vida campestre no tiene nada de idílica ni de romántica. Eso es un invento de la literatura. Quizás empezó con *Dafnis y Cloe*. Es aburrida y repetitiva y nada más. Lo más notable fue la inolvidable cena del 31 de diciembre, en un restaurante de superlujo instalado en un antiguo castillo, cerca de Cortina d'Ampezzo. El gerente del negocio era un hermano de Patrizia. Todo un hombre de negocios sonriente, efectivo y pragmático. Nada que ver con Patrizia, como suele suceder entre hermanos. El hermano campesino nos prestó un pequeño Fiat y subimos. Casi una hora para recorrer 32 kilómetros por una carretera estrecha de montaña. Medio cubierta de nieve. Y Patrizia, impetuosa como una flecha hacia arriba. Yo iba con los cojones en la garganta, pero contra todo pronóstico llegamos bien. Al fin apareció ante nosotros el castillo enorme, iluminado y hermoso como en un cuento de hadas. Casi todos los asistentes eran alemanes, escandinavos, austriacos, suizos. Muy elegantes. Todos los hombres en smoking o con traje y corbata, menos yo, por supuesto. Las mujeres con vestido largo y guantes. Todo tan lujoso que Patrizia y yo parecíamos unos camioneros. Supongo que nos permitieron entrar porque éramos invitados del dueño. La comida excesivamente variada, abundante y exquisita. Desde ostras hasta faisán. Y champagne solo del mejor. Desde la terraza la vista era impresionante. A las 12 de la noche miles de fuegos artificiales iluminaron el cielo. Cataratas de colores y luces. Empezaba 1999. Para mí con incertidumbre. Patrizia me dio un beso prolongado y profundo que me animó. Todos sonreían. Yo también. Un cuarteto de cámara dejó de interpretar villancicos y comenzó con unas canciones ligeras para que todos bailaran. Patrizia y yo nos tomamos unas dosis de whisky y bailamos también. Bebimos y bailamos más. Y al fin nos fuimos casi a las tres de la mañana. «Creo que has bebido demasiado para conducir.» «Estoy bien. Y no soporto más a esta gente. Son unos pedantes.» Tomamos un café fuerte y emprendimos el descenso. Por cierto, la cena fue un regalo de Navidad del hermano de Patrizia. Era demasiado cara. Llegamos a casa sin tropiezos y Patrizia tranquilamente se fue a mi habitación y nos quedamos dormidos en dos minutos. Al día siguiente despertamos al mediodía. Abrí los ojos y estuve un buen rato intentando olvidar mi erección matutina habitual mirando un cuadro colgado frente a mi cama: una copia

impresa del famoso cuadro de Napoleón cruzando el monte Grand-Saint-Bernard encima de un brioso caballo blanco. Es un cuadro muy reproducido de Jacques-Louis David. Existen cinco versiones, y es una gran mentira. En realidad Napoleón Bonaparte cruzó Los Alpes en 1800 montado en una mula, pero encargó el cuadro para emular a Aníbal y a Alejandro Magno, y quedar mejor en la posteridad. En 1850, Paul Delaroche pintó otra versión más realista donde vemos a Napoleón con un rostro fatigado encima de una mula. También había reproducciones de paisajes de Los Alpes. En los pasillos y por todas partes. Paisajes de hermosas montañas y arroyuelos deliciosos, vacas lecheras, mujeres, escenas pastorales de niños jugando en jardines idílicos. Pero en mi cuarto solo teníamos a Napoleón heroico en su caballo blanco. Patrizia despertó y tuvimos un largo romance. Quedamos extenuados. Creo que nos dormimos de nuevo. Cuando despertamos definitivamente eran las tres de la tarde. Hablamos de su hermano, el gerente del restaurante. «Es muy rubio y con ojos azules. Tu otro hermano, el campesino, también es rubio... sólo tú... no pareces...» «No te esfuerces, Pedro Juan. Mi madre me dijo hace años: “Patrizia, por aquí pasaban gitanos. Había uno, joven, muy hermoso. Se llamaba Gyula. Puede ser tu padre. Pero mejor es que olvidemos. Es historia pasada.” Y ahora no sé para qué te cuento esto. Olvídalo, por favor, no tiene importancia.» Ya no quedaba mucho más que hacer. Decidí regresar a Roma después de cinco o seis días de montañas y nieve. La escasez de frutas y vegetales (son demasiado caras) y una dieta a base de pan y queso me tenía mal y con estreñimiento. Patrizia se quedaría un poco más. En la víspera de mi partida, por la tarde, nos sentamos en la cocina Patrizia, su madre y yo. Tomamos un café. La vieja, arrebujada en una manta, le pidió a Patri que tradujera. Y así, sin preámbulo, me dijo: «Tú tienes miedo de regresar a tu país. ¿Sabes la fecha exacta de tu vuelo?» «Sí. Regreso desde Madrid el 11 de enero.» «No tengas miedo. Yo voy a ir contigo en el avión. Todo va a salir bien.» Terminamos el café, Patri me invitó a pasear un poco por los alrededores y me dijo: «Mi madre tiene algo de bruja. Y yo también.» No pregunté nada. Al día siguiente regresé en tren a Roma. Me quedé unos días solo en el apartamento. No tenía nada que hacer. No tenía concentración suficiente para emprender el texto del libro de fotos de Tailandia. Así que fui a Villa Borghese. Ver un poco de cuadros de los grandes clásicos y después caminar por los jardines. Caminar. En silencio. Caminar siempre, observando a la gente. En Roma, en ese invierno, encontré esas mujeres de perfil

distinguido y cuellos largos que Botticelli pintaba en el Quattrocento. Caminaban por la calle, elegantes y distinguidas, mezcladas entre gente vulgar y mediocre. Cuando Patrizia regresó el 3 de enero tuvimos sexo desenfrenado durante varios días. Es lo que más recuerdo. Demasiado cálido y cariñoso. Intenté parar aquello porque no quería hacer daño, aunque no hablamos mucho. Nada de confesiones. Creo que los dos sabíamos que no podíamos entregarnos totalmente. No había futuro. Solo presente. Una tarde, después de una hora en la cama, me dijo: «Ven, quiero que veas esto.» Me enseñó unas fotos grandes que guardaba en una caja. Era horrible. Una secuencia de 16 fotos. Los últimos estertores de la muerte en una mujer ya mayor, acostada en una cama de hospital. «Es mi tía Angélica, ya en el momento de la muerte. Murió de cáncer. Hace un año.» No quiero recordar aquellas fotos. Demasiado brutal. Los últimos segundos de la vida. Le dije: «Me recuerdas a Diane Arbus, que hacía lo que fuera necesario con tal de conseguir una foto diferente y dura. Y ya sabes que terminó cortándose las venas en una bañera, hundida en el agua.» No me contestó. Patrizia no respeta los límites. O no sabe dónde están los límites. Quizás yo soy igual que ella. Tampoco respeto mis límites y me excedo siempre. Más allá de la línea oscura. En La Habana, en una discoteca, Patrizia metió la mano con una pequeña cámara Canon ultracompacta entre las piernas de una muchacha negra que bailaba desafortunadamente. Solo para hacer una foto. Cuando se disparó el flash la muchacha vio que Patrizia, a sus espaldas, tenía su mano entre sus muslos abiertos y reaccionó con agresividad: «¡Oye, tortillera, ven acá que te voy a romper la cabeza, descará!» Ya Patrizia y yo corríamos, llegamos a la puerta y nos alejamos rápido. Es una foto extraña: los panties blancos de la chica, donde se marca una vulva muy grande, los pelos, demasiado abundantes, salen del panti y se ve bien cómo asoman en las ingles, sus muslos negros y una falda muy corta de una tela de flores amarillas y rojas. En aquel tiempo ella preparaba un libro sobre La Habana nocturna. Cada noche invitaba a unos cuantos amigos recién conocidos. Compraba un par de botellas de ron, ella pagaba el taxi además de polvo o mariguana, lo que ellos consiguieran, y se lanzaban en una orgía. Patrizia les daba la cámara y les pedía que hicieran fotos. Después, en algún momento, ella cogía la cámara y hacía más fotos. Al final usaba las imágenes en las que ella no estaba o aparecía de espaldas. Son fotos tremendas. Se atrevió demasiado y durante muchos años no volvió a Cuba. Ahora guardó la caja

con las fotos de su tía y me dijo: «Vivo igual que tú, Pedro Juan, al límite. ¿Sabes qué has hecho con tu libro? Poner a los cubanos frente a un espejo y no les ha gustado la imagen que han visto. Así que no esperes premios ni recompensas ni aplausos. Solo espera más problemas y disgustos. No tenemos elección. Somos así. Unos provocadores. Vocación de antropólogos implacables. Soy una kamikaze, como tú, y me llevó mucho tiempo llegar a este punto. Estoy dispuesta siempre a estrellarme con mi carga de bombas. No sé vivir de otro modo. No quiero vivir de otro modo.» Entonces abrimos una botella de vino blanco. Y me contó detalladamente su vida. Cuando supo que nunca llegaría a campeona nacional de Italia, medallista olímpica o mundial de esquí de fondo dejó las montañas, vino a Roma, aprendió un poco de español y se fue a América del Sur. Quería conocer y experimentar todo en carne propia. Casi sin dinero, vivió con gente pobre, en favelas, y se hizo puta para poder vivir y para pagar la droga. En poco tiempo se enamoró de un tipo que hábilmente le hacía creer que era brujo y tenía poderes mágicos. Todo era un montaje. Ese tipo la llevó a traficar con drogas hacia Europa. Lo hizo varias veces hasta que la atraparon. Sus padres le pagaron un abogado excepcional que logró sacarla de la cárcel. A pesar de todo mantenía su inusual belleza gitana y su sonrisa cautivante y felina. Patrizia es una pantera metida en un cuerpo de mujer. Un hombre de las altas finanzas de Roma se enamoró de ella perdidamente. Se casaron y él la hacía vivir como una reina. Pero ella no podía tener hijos, ya que había padecido de sífilis bastante grave y los hijos podían salir anormales. «Lo cierto es que tanta comodidad es muy aburrida. Comprobé que no me gusta ser rica y vivir como una gata dormitando siempre en un sofá. No puedo. Necesito luchar.» El matrimonio entró en picada porque el adinerado señor quería hijos de todos modos. Al fin la dejó y se casó con una muchacha joven y complaciente que en pocos años parió tres hijos. Cuando se quedó sola estuvo descontrolada algún tiempo hasta que consiguió este apartamento y un trabajo estable. Entonces quiso trabajar en su sueño de toda la vida: ser una fotógrafa profesional. Destinó un buen dinero a comprar equipos de primera y se dedicó a la fotografía y a cultivar la soledad. Llegados a este punto la botella de vino se había vaciado. Buscó una caja de fotos que tenía una etiqueta grande: *Morgue*. «Mira esto. Son doscientas fotos en una morgue de Roma. Pero, claro, no encuentro editor. En realidad, tengo que reconocerlo, me aterra la muerte. Mejor es decirlo con claridad: tengo miedo del final y de la muerte, y de ponerme vieja

y fea.» Patrizia no deja de sorprenderme. Es inagotable. Abrí la caja y fui mirando cada foto, una a una y en silencio. «No me preguntes cómo, pero convencí a un empleado. Las hice de madrugada, en su turno, durante casi dos años.» Son fotos tan violentas que no pude verlas todas. Cerré la caja y me preparé un whisky con hielo. Me ahogaba allí dentro. Sentí un ataque de claustrofobia y le dije: «¿Tú estás loca o qué te pasa? Nadie te va a publicar un libro con estas fotos. Esto es horrible, Patrizia, ¿no te das cuenta de que no tiene sentido hacer esto? No quiero verlas de nuevo, por favor. Además, no tiene sentido un libro así. Vamos a dar un paseo y no me hables más de ese proyecto.» Salimos en silencio y fuimos a parar a una zona de clubes, porno shops y putas, cerca de su casa. Había mucho frío. Nos metimos en un club, nos sentamos a una mesa y enseguida vinieron dos chicas desnudas. Hablaban inglés. Eran rusas o ucranianas, no entendí bien. Yo no quería nada. Aquellas fotos me habían dejado asustado y confundido. Y molesto. Irritado. Me llenaron de angustia. Pedí un whisky con soda y me dediqué a mirar a las strippers que bailaban en la pista. Eran muchas. Hacían striptease de dos en dos. Se desnudaban una a la otra. Patri se fue con una hacia las cabinas que están atrás, pegadas a la pared, y corrió la cortina. Diez minutos después regresó a la mesa y me dijo: «No se dejó besar ni nada. Son demasiado frías las rusas.» Salimos de aquel antro y desandamos el camino. En la casa preparé un ron con cola, a ella le bastó con un porro. Cogió un cuchillo de la cocina, le sacó filo en una piedra, trajo la cámara, me la dio, y me dijo: «Hazme unas fotos». Y se tasajeó los brazos. Fríamente. Le detuve la mano: «¿Por qué haces eso? ¿Estás loca?» Me miró de un modo muy extraño, con odio: «Mañana te vas y de nuevo me quedo sola. Esto es una mierda. No me gusta quedarme sola.» Logré quitarle el cuchillo de las manos. Me pidió que hiciera fotos de ella, con la sangre. Con los dedos se abría las heridas para que sangraran. Yo no sabía qué hacer. «Patrizia, por favor, haz esto cuando estés sola pero no me impliques a mí, no es justo que me enredes en todo esto.» Me dijo algo muy sucio en italiano. No lo entendí pero sé que era sucio. «Habla en español, por favor.» «Eres un pendejo y un maricón. Me manipulas y después huyes.» «¿Yo? Yo no te he manipulado jamás. ¿Para qué? Tenemos las cuentas claras. ¿Qué te pasa?» «Quiero llorar pero no tengo lágrimas.» Se preparó otro porrito y nos quedamos en silencio unos minutos. «Estoy demasiado sola. Haz las fotos. Ahora.» Le hice las fotos. Hay dos o tres muy buenas. Ella con los brazos en alto sucios de sangre, la

sangre ya un poco coagulada, con el porrito en los dedos y soltando humo, una nube densa de humo cubre parte de su cara, los ojos muy negros y cansados, con unas grandes ojeras. Me gustan. Al fin me relajé: «Me gustaría dejar todo atrás, Patrizia, y empezar desde cero. No es que me gustaría, es que lo necesito.» «No se puede. Eso solo lo puede desear un *cazzone*, un estúpido. Nada se queda atrás. Por eso la gente se suicida cuando no puede más.» «Pienso que todavía me queda mucho por hacer y me reanimo.» «Otra imbecilidad, Pedro Juan. Nadie tiene nada que hacer. Eso de los proyectos. Mierda pura. No hay que hacer nada. Somos unos animales pretenciosos. Yo soy una pretenciosa y una estúpida. No hay nada que aprender. Me deprimó todos los días por esta soledad de mierda.» Cuando terminó de fumar se recostó en el sofá y cerró los ojos. Y me dijo, muy bajo: «Mi vida es absurda. No aparece un hombre que me guste y que sea inteligente. Es un fracaso.» Yo estaba un poco borracho y aquello me pareció demasiado absurdo. Y demasiado inconveniente. Solo era más estrés. Me fui al cuarto a mirar mi paisaje preferido del parquecito interior a través de la ventana. Me encantaba aquella desolación. Aunque añadía más melancolía y nostalgia a mi espíritu. La bicicleta arruinada en el poste, la luz amarillenta y débil en la niebla, todo rodeado por aquel edificio feo y bruto en la madrugada. Era un lugar vacío, frío y final. Me gustaba a pesar de todo. Patrizia vino hasta mí y me susurró al oído: «Enfrentar la libertad total y la muerte. Eso es lo mío. Necesito imprimir ese libro. No quiero hacer más fotos complacientes. Quiero encontrar la libertad total. Ahora necesito publicar *Morgue*. Después hacer las fotos de la libertad. Y ya. Listo. Me puedo ir. ¿Me entiendes?» «No. No quiero entenderte, Patrizia. Me das miedo.» «Yo sí te entiendo, Pedro Juan. Pero yo voy más allá. Mucho más lejos. Ya llegarás al mismo punto en que estoy yo ahora. ¿Te doy miedo?» «Sí, me das miedo. No sé adónde quieres llegar.» «Sí lo sabes. Quiero llegar más allá. Hacer las fotos que nadie hace. Y después irme.» Empezó a preparar otro porrito de hachís, pero no pudo más y lo dejó. Se acostó y se durmió en pocos minutos. Yo hice lo mismo. El 6 de enero regresé a Madrid. Ella insistió en ir al aeropuerto a despedirme. La sentí cálida como nunca antes. En pocos días se había acostumbrado a tener un hombre cariñoso a su lado. Nos despedimos llorando. Le di la espalda y me alejé hacia los mostradores de revisión de pasaportes. No se puede jugar demasiado tiempo con los sentimientos. En el fondo no éramos tan duros ni tan animales como queríamos ser. Pero estoy seguro de que no nos

soportaríamos mucho tiempo viviendo juntos. Así que no podía seguir añadiendo desastres en mi vida. Sentí un alivio, como si me quitara un peso de encima, cuando me guardé el pasaporte en el bolsillo y caminé hacia la sala de espera. Yo solo de nuevo. Sí. Recuerdo bien esa sensación de ligereza y sosiego interior. Adiós, Patrizia. La buhardilla madrileña me esperaba, helada, con su soledad perfecta. Esa soledad me fortalecía y me hacía sentirme bien porque allí yo era el único responsable de mi vida. De cada minuto de mi vida. Es una sensación que me fortalece. No recuerdo qué pasó en aquellos días de espera antes de subir al avión para regresar. Creo que no pasó nada. Me puse en *stand by* para relajarme y enfrentar lo que venía. En La Habana me aguardaba una prueba de fuego. Ante mí se abrían dos caminos: dar la espalda a todo, guardar silencio, alejarme y no escribir más. Convertirme en un escritor invisible. O, por el contrario, desplegar el papel estúpido de escritor de éxito, o al menos de moda, y dar entrevistas y viajar continuamente para estar siempre bajo los focos, como un payasito que vende algo. Eran dos opciones muy jodidas. Dos caminos mierderos. ¿Habría otro camino mejor? Sí. Lo había. Lo hay. Pero demoré años en encontrarlo. Creo que de algún modo en esos meses en Europa comencé el regreso. Un regreso vital. Había perdido aquella alegría ingenua, inocente, de la juventud. Ya no era el mismo. Ya no era el mismo machito tropical. Algo había desaparecido dentro de mí. La ligereza y la inocencia excesiva se esfumaron. Y desde entonces sé que la vida es un viaje en solitario. Dentro de unos años, cerca del final, traspasaré la línea oscura y seré un viejo loco y borracho, para ser coherente con mi vida. Aunque siempre me queda la esperanza de que no sea así. Un golpe al timón en medio de la tormenta y puedo cambiar el rumbo. Nadie sabe. Todo es imprevisible.

La Habana, 2017-2018

Edición en formato digital: junio de 2019

© imagen de cubierta, «Last Fourth», Hope Gangloff, 2017, cortesía de The Artist and Susan Inglett Gallery, Nueva York. Foto © Don Stahl, Nueva York

© Pedro Juan Gutiérrez, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4046-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

PEDRO JUAN GUTIÉRREZ

Estoico y frugal



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas